

SECCIONES

01

EDITORIAL

DESDE AMÉRICA

03

Desde México con horror,
por Carlos Díaz

05

Desde México con amor,
por Carlos Díaz

POLÍTICA Y ECONOMÍA

07

De la limosna a la justicia,
por Federico Velázquez
de Castro González

EDUCACIÓN

09

El pensamiento de un mono,
por Benito Estrella

13

Pacto de estado educativo-docente,
por Sixto Castañeira Fernández

PENSAMIENTO

18

Se questo è un prologo,
por Gonzalo Fontana

21

**El juicio del derecho y la
misericordia: una hermenéutica
jurídica desde la fragilidad humana,**
por Javier Barraca Mairal

OFICIO DE ESCRIBIR

26

**La colección LINCE-O y Padua,
la ciudad de los prodigios,**
por Antonio Colomer Viadel

31

Quinario Santo,
por Luis Alberto Henríquez Lorenzo

ANÁLISIS

Soledad

PRESENTACIÓN

34

Algunos solitarismos

CARLOS DÍAZ 35

Los españoles ante la soledad

ENCARNA AYUSO 37

Soledad, sentimiento de doble rostro

MARÍA MARTÍN 41

Esa soledades que nos acompañan

CARMEN GALLEGU ARANDA 47

Esa soledad que nos habita

CARMEN HERRANDO 54

La soledad, o el eco de un vocativo

LUIS FERREIRO 58

LIBRO DEL TRIMESTRE

Jesucristo. Soledad y compañía

LUIS FERREIRO 63

Editorial

ANDRÉS ORTIZ-OSÉS, ANTROPÓLOGO

Lo increíble

Lo increíble es negativamente lo que no se puede ni debe creer, lo inverosímil, lo no verdadero. Pero positivamente lo increíble es lo que se puede y debe creer, lo que parece mentira pero no lo es, lo que supera la mera creencia, lo más verdadero. Hoy en día el amor sería lo increíble en sentido negativo o escéptico y en sentido positivo o creativo, y como el amor se personifica en Dios, este es también lo menos creíble negativamente y lo más creíble positivamente.

Desde la «muerte de Dios» anunciada por Nietzsche, la divinidad es lo más increíble negativamente, porque se la considera en contraposición a nuestra humanidad y su libertad o liberación. Sartre llevará las cosas al extremo al concebir un Dios inmóvil o parálítico, que inmoviliza o paraliza nuestra movilidad con su mirada petrificadora, ob-

Continúa en la página siguiente →

viando que esta figuración alienadora no responde a la figura del auténtico Dios-amor sino a la del Dios-terror, incluso a la del diablo odioso u odiador.

Hoy en día tanto el amor humano como el amor de Dios resultan increíbles en su doble sentido negativo y positivo. Como Dios, el amor es visto con cierto escepticismo y al mismo tiempo con infinita nostalgia y melancolía. Sócrates y los griegos veían en el amor un duende casi divino, mientras que Jesús y el cristianismo veían en el amor al propio Dios. Pero hoy la cosa o cuestión se ha enturbiado, y el amor nos resulta algo divino y también diabólico, ambivalencia impura.

Se trataría de revisar el amor no tanto como algo increíble negativamente, sino como algo increíble y poderoso positivamente. Nietzsche y el vitalismo exigieron al amor una verificación vital o autoafirmativa, aunque el amor es donación. Marx y el marxismo exigieron al amor una verificación social o productiva, aunque el amor es gratuito. Freud y el psicoanálisis exigieron al amor una verificación psicológica o reproductiva, aunque el amor es creativo. La genialidad de Jesús de Nazaret está en afirmar la autoverificación del amor sin más exigencias externas, porque el amor es gracia gratuita y personal.

El amor es lo más sagrado que tiene el hombre en el mundo, lo único sagrado hoy en día, siquiera amenazado por su desacralización y profanación en cadena. Pero lo increíble hoy es que el amor existe y, aunque

desasistido, resiste hasta vincularse con lo sagrado y por tanto religioso. Que el amor es religioso significa que el amor es religador y no desligador, divino y no diabólico, a pesar de su peligrosidad. Es la peligrosidad de lo radical en medio de lo radicado o dado, la presencia de la trascendencia en medio de la immanencia.

El amor nos hace creer en lo increíble, y por tanto en Dios. Pero en Dios-amor y no terror, en un Dios que supera toda creencia o credo fundamentalista. Creer en lo increíble, como lo expone Unamuno, es crear lo increíble, frente al fundamentalismo de lo creíble, sea en un sentido clerical o sobrenatural, sea en un sentido natural o laical, secular o profano. La especificidad del amor hace que en torno a su creación o creatividad se apiñe tanto lo religioso como lo profano, tanto lo real como lo ideal, tanto el cielo como la tierra, hombres y mujeres. O el amor como ámbito de encuentro de santos y pecadores, a la búsqueda del sentido existencial increíble negativamente e increíble positivamente.

El amor es lo sagrado contemporáneo. Pero lo sagrado debe evitar por una parte su sacralización tabuizadora típica del fundamentalismo religioso, y por otra parte su desacralización o profanación típica del fundamentalismo antirreligioso o irreligioso. Pues el amor es la síntesis y la religación de lo celeste y lo terrestre, a respetar y cuidar como el último símbolo místico de nuestra humanidad.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN POR DOMICILIACIÓN BANCARIA

Fotocopie y envíe este formulario

Para enviar al Instituto E. Mounier (Melilla, 10 - 8° D / 28005 Madrid)

Nombre _____ Apellidos _____

DNI _____

Domicilio _____

Población _____ Provincia _____ C.P. _____

Correo electrónico _____

Banco o Caja _____

Domicilio de la entidad _____ C.P. _____

Código IBAN (International Bank Account Number) (escriba todos los números)

--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--

Importe: _____ €, que corresponden a (marque lo que corresponda):

☐ Suscripción a la revista *Acontecimiento* (4 números, 16,00 €)☐ Cuota de socio del Instituto Emmanuel Mounier (desde 35,00 €/año)(la cuota incluye la suscripción a *Acontecimiento*).

Para enviar a su Banco o Caja

Lugar y fecha _____

Banco o Caja _____

Domicilio de la entidad _____

_____ C.P. _____

Agencia N.º _____

N.º de cuenta _____

Sr. Director de la Sucursal:

Le ruego que, hasta nuevo aviso, se sirva abonar los recibos presentados por el Instituto Emmanuel Mounier con cargo a mi C/C o Libreta de Ahorros.

Firma: _____

Titular _____

Domicilio _____

Población _____ C. P. _____

Carlos Díaz

Miembro del Instituto E. Mounier

DESDE MÉXICO CON HORROR



Todavía estoy bajo el *shock* de los niños de ayer. Eran sesenta de 12 a 21 años, que estaban recluidos en el «correccional» (!!) hasta un año por problemas con las drogas, agresión, violencia e intentos de suicidio. Había niños tan tiernos y tan desvalidos como carentes de toda mínima referencia familiar y antropológica, que pese a todo me parecían vírgenes de Israel de vuelta de la enésima prostitución en el cuerpo y en el alma. Incluso estaba ante mí jugueteando un niño completamente subnormal, que ni hablar sabía, y que de vez en cuando me saludaba lleno de babas y chocando la palma de su mano y sus nudillos con los míos, un pobre inocente al que alguien había arrojado allá a paladas al camión de la basura, algo muy en coherencia con la concesión europea al todavía actual presidente de México Enrique Peña Nieto del premio Carlomagno de los Derechos Humanos. Por lo demás, el correccional no alcanza a ser apenas más que un piso pequeño de una sola planta si acaso con capacidad para un par de familias como máximo, donde están guardados con cerrojo y hacinados absolutamente, cual piojos en costura, sesenta niños y adolescentes, algunos ya de

veintiún años. Desde luego si no lo veo no lo creo, pues no es lo mismo contemplar estos espectáculos en una película, por dura que sea, que verlo *in situ*.

Cuando salí de ese infierno apenas me podía creer que hubiéramos cabido todos, algunos de pie y el resto acuchillados en el suelo maloliente, pues la precariedad bate allí todos los records que uno pueda concebir. Te preguntarás ¿y quién los cuida? Pues no los cuida ningún adulto, ningún guardia, ningún psicólogo, ningún médico, nadie, no hay dinero para esos lujos en este país surrealista. Nadie, excepto tres jóvenes-adultos que antes estuvieron allí encerrados por lo mismo, por problemas de drogas, y que trabajan sin cobrar dinero porque no quieren salir hasta no estar completamente recuperados, auténticos milagros que siempre se dan a pesar de todo; ellos se han convertido en «terapeutas» de los demás (su terapia sobre los nuevos, por desgracia, es la de la humillación y la culpabilización, y eso es todo). Ni que decir tiene que tampoco existen aquí ni sombras de talleres de aprendizaje de ningún oficio (como ya he dicho, no hay apenas lugar para sentarse), así que los encarcelados «corregibles» se hacen la «comida» ellos

mismos (el Gobierno les da la generosa cantidad de diez pesos por día —menos de medio euro— para todos sus gastos diarios, ellos pasan su hambre, y así están retenidos un máximo de un año hasta que les abran los cerrojos y sean vomitados de nuevo a la calle para volver a repetir el ciclo. La voluntaria que me invitó a visitarles (una persona muy especial, que recibe terapia de una amiga mía y que ya antes me había invitado también a visitar la cárcel de mujeres y a departir con las reclusas) es la que se encarga —sin cobrar nada ella misma— de llevar a quien pueda para que hablen allí, pongan alguna película, o cositas así muy de cuando en cuando. Lo inevitable es que en ese pórtico del infierno siempre de guardia, las 24 horas, el día entero, no puedan aprender nada bueno, ya que en ese inmundo cochinerito la única cosa gratis es soñar con salir de nuevo, idealizar a sus madres (padres parece que no tienen), cuando ellas los aceptan, y cuando además les aman. Todo esto, aunque a duras penas pueda imaginarse, adquiere sin embargo sus reales dimensiones cuando se lo tiene ante las narices, aunque quizá ni siquiera pueda comprenderse estando allí dentro, pues la verdad repugna y traumatiza (yo creo que enloquece) hasta el límite.

Se me pidió que les hablara de la esperanza, y la verdad es que tengo que hacer en estos casos de tripas corazón, pero después de mucho pensarlo se me ocurrió por fin leerles y explicarles durante dos horas el librito *Diez palabras clave para vivir con humanidad*, algo que les gustó tanto que me pedían que no me fuera, que querían estar siempre conmigo, pero a las dos horas en aquel cuchitril maloliente y lleno de piojos, casi sin aire respirable, ya me había agotado yo, pobre burguesito. Aunque la mayoría de ellos no sabían leer ni escribir, absorbían con su alma ca-

da parábola contenida en aquellas páginas, e incluso varios lloraban compulsivamente: «Quiero irme con mi mamá, me estoy volviendo loco». Aquellas palabras del maestro Figueredo, aquel testimonio del ciego que anima a su compañero, aquella narración del cantor con su guitarra en la cárcel, todo eso era respondido en cada momento con sollozos y solemne silencio. La angustia atenazaba mi garganta. Y al final me atrevía a decirles —porque así, de repente, me salió del alma: «Yo creo en Jesucristo, nunca nadie les va a querer a ustedes más, él es su esperanza, no le defrauden ni se defrauden a sí mismos». Y muchas de aquellas cabecitas agachadas asentían como si de repente sus rostros fueran iluminados por un fulgor desconocido para ellos. Y di también al mismo tiempo yo mismo gracias a Dios por haberme permitido conocerle a través de su Hijo. ¡Es tanto lo que puede hacer un creyente incluso cuando no puede nada y cuando no pasa de ser un burgués de mala muerte!

A la caída de la tarde, cuando abandoné el lugar, había vuelto a nacer, no al modo de la reencarnación orientalista tan de moda, sino con la simple encarnación de dos tacañas horas. No una sola vez, sino siempre y durante toda mi vida he comprobado lo que ahora trabajo como psicólogo: que da más fuerza sentirse amado que creerse fuerte, que sólo se posee lo que se regala, que hay en todo ser humano más cosas dignas de admiración que de desprecio si se le ama, que los pobres nos evangelizan, y que es verdad que Jesucristo ha resucitado en quienes se dejan resucitar.

A cuantos de vosotros me habéis enseñado esto os doy las gracias desde el corazón de este penal-correccional-gehenna en un lugar hediondo de Mazatlán, Sinaloa, México.

Carlos Díaz

Miembro del Instituto E. Mounier

DESDE MÉXICO CON AMOR

En maya, acaban de enseñarme una hermosa tarde mis alumnas y maestras del idioma maya en Mérida (Yucatán), ataviadas con sus bellísimos trajes regionales multicolores, que la expresión *tú eres mi yo* (*a laak 'en*) y *tú eres mi hermano* (*In láak' ech*) son equivalentes, y del mismo modo lo son *yo soy tú* (*Teene' teech*) y *yo soy tu hermano* (*Teene' a la'ak'en in souku'nech*). Coincidencias o diosidencias, lo cierto es que en el interior del penal de alta seguridad de Valladolid (Yucatán) he podido comprobar todo eso de algún modo al día siguiente, cuando un recluso de avanzada edad me hizo entrega de un cofre de madera por él mismo pulidísimo que, según confesión propia, estaba destinado por él a convertirse en la urna funeraria en la cual pensaba depositar sus propias cenizas después del crematorio. Si eso no es un gesto definitivo de fraternidad yo/tú, venga Dios y lo vea.

A pesar de todos los pesares, en este México hay todavía un lugar para estas cosas desde aquel día en que las escribiera el sabio señor de Tetzco Nezahualcóyotl (1402-1472):

Yo, Nezahualcóyotl, lo pregunto:
¿Acaso de veras se vive con raíz en la Tierra?
No para siempre en la Tierra:
sólo un poco aquí.
Aunque sea de jade se quiebra,
aunque sea de oro se rompe,
aunque sea plumaje de quetzal se desgarrar.
No para siempre en la Tierra:
sólo un poco aquí.

Percibo lo secreto, lo oculto.
¡Oh, vosotros señores!
Así somos,
somos mortales,
de cuatro en cuatro, nosotros, los hombres,
todos habremos de irnos,

todos habremos de morir en la Tierra...

Como una pintura
nos iremos borrando.
Como una flor,
nos iremos secando
aquí sobre la Tierra.

Como vestidura de plumaje de ave zacuán,
de la preciosa ave de cuello de hule,
nos iremos acabando...
Meditadlo, señores
águilas y tigres,
aunque fuerais de jade,
aunque fuerais de oro,
también allá iréis,
al lugar de los descarnados.
Tendremos que desaparecer,
nadie habrá de quedar.

Estoy embriagado, lloro, me aflijo,
pienso, digo,
en mi interior lo encuentro:
Si yo nunca muriera,
si nunca desapareciera.
Allá donde no hay muerte,
allá donde ella es conquistada,
que allá vaya yo.
Si yo nunca muriera,
si yo nunca desapareciera.

¿A dónde iremos
donde la muerte no existe?
Mas, ¿por esto viviré llorando?
Que mi corazón (*yóllotl*) se enderece:
aquí nadie vivirá para siempre,
aun los príncipes a morir vinieron,
Los bultos funerarios se queman.
Que tu corazón se enderece:
aquí nadie vivirá para siempre.

Por fin lo comprende mi corazón:
 escucho un llanto,
 contemplo una flor...
 ¡Ojalá no se marchiten!

No acabarán mis flores,
 no cesarán mis cantos.
 Yo, cantor, los elevo,
 se reparten, se esparcen.
 Aun cuando las flores
 se marchitan y amarillecen,
 serán llevadas allá,
 al interior de la casa
 del ave de plumas de oro¹.

Del respeto por nuestros hermanos del Nuevo Mundo da idea Ángel María Garibay (1892-1967), a quien el médico le dijo a los quince años que si entraba en el seminario se volvería loco, se hizo sacerdote y habló latín, griego, hebreo, francés, italiano, alemán, inglés, náhuatl y otomí: «Loco o no, aquí me tiene usted trabajando. El consejo que a mí mismo me di y que siempre he practicado ha sido el de que, si en vez de trabajar, descanso, más que enloquecer, me muero»². Luego, una vez ordenado sacerdote por amor a los más pobres, no quiso ir a estudiar a Roma, ni a varios países de Europa ni a Rusia y —como Kant— tampoco se alejó nunca de su ciudad natal, México. Otro motivo más para dejar en ridículo a los que presumen haber estudiado fuera de su país con tal o cual sabio y vuelven sin saber nada, aunque creyéndose sabios, eso sí. Las gentes sencillas con las que convivía y entre las que era misionero y pobre, decían de él: «Parece que este padre no ha terminado sus estudios, porque siempre lo encontramos leyendo

en sus libros, haciendo preguntas y tomando notas»³. Lo cual podía hacerlo gracias a las revistas y libros que recibía con las investigaciones más recientes. Este hombre sabio y bueno recuperó para las lenguas indígenas de forma especial las *huehuetlahtolli* o pláticas de los ancianos en náhuatl, dejando al descubierto a aquellos académicos que afirmaban que tales pláticas no existían: «La publicación de estas obras vino a desvanecer ya por completo la vieja objeción hecha desde el siglo XVI a fray Bernardino de Sahagún. Sostenían algunos que los textos y composiciones atribuidas a los antiguos mexicanos en realidad eran invenciones, si se quiere de gran valor literario, pero invenciones al fin. La respuesta del padre Garibay fue mostrar los documentos mismos y hacer ver la fidelidad de sus traducciones de los textos indígenas. Con una mirada burlona, acompañada de un chispazo de sus ojos de mirada profunda, comentaba Garibay estas objeciones con las siguientes palabras: «Ojalá que yo hubiera inventado estas composiciones, desgraciadamente sólo las he traducido»⁴.

Por si fuera poco, el padre Garibay no descansó hasta conseguir en beneficio del pueblo de San Martín de las Pirámides la introducción de agua potable; en otros lugares reunía también a los campesinos jóvenes para enseñarles diversas técnicas que podrían ayudarlos a mejorar sus cultivos y pequeñas industrias. Totalmente ajeno a la pedantería y al *cenaculismo* académico, vivía con profundidad y rigor la pobreza evangélica.

Esta era una actitud de los humanistas en su contacto con el nuevo Mundo. El franciscano Fray Toribio Paredes (Zamora, España, 1490/México 1569) decidió llamarse *Motolinía* en cuanto escuchó que así designaban los indios de Tlaxcala al pobre, al humillado y al doliente⁵.

1. León-Portilla, M.: *Humanistas de Mesoamérica I*. Fondo de Cultura Económica. México, 1997, pp. 27-31.

2. *Ibí*, p. 45.

3. *Ibí*, p. 49.

4. *Ibí*, p. 52.

5. León-Portilla, M.: *Fray Toribio de Benavente, «Motolinía». Sacrificios e idolatrías*. Fondo de Cultura Económica, México, 1997, p.3.

Federico Velázquez de Castro González
 Doctor en Ciencias Químicas

DE LA LIMOSNA A LA JUSTICIA

Hay determinadas épocas del año, especialmente el tiempo navideño, en el que nos volvemos más generosos y benevolentes, y, por tanto, más predispuestos a la caridad, tanto la cercana como la que solicitan las ONG, que aprovechan el momento para intensificar sus campañas. Aunque no sólo entonces: la frecuente presencia de comerciales callejeros de estas organizaciones, nos invitan al apoyo económico de todo tipo de causas humanitarias, desde la salud al desarrollo.

En principio, parecería muy loable sustentar proyectos solidarios, realizar apadrinamientos, incorporarse al voluntariado..., de no ser porque no suelen preguntarse las causas que han conducido a este perfil desigual entre países, regiones e incluso barrios de la misma ciudad. ¿Por qué por nacer en determinadas zonas se corre diferente suerte? Hacer caridad (vamos a utilizar este término para referirnos a aquellos apoyos que no cuestionan la raíz del problema), puede parecer la mejor opción para aliviar las necesidades inmediatas de nuestros semejantes, sin embargo, su alcance queda muy limitado si no realizamos el esfuerzo de cuestionar la desigualdad.

Utilizamos habitualmente el término «pobre» para referirnos a los países y áreas menos favorecidas del planeta, aunque el término correcto es el de *empobrecido*. Algunos de los Estados habitualmente incluidos en las posiciones más bajas de la lista de desarrollo, son inmensamente ricos si atendemos a los recursos naturales, sean de su subsuelo como de su superficie. Ha sido la codicia de los países ricos (es decir, *enriquecidos*), unida a la corrupción de las élites locales, las que ha sumido a los pueblos en la miseria, ante la mirada indiferente o cómplice de los países del Norte. En estos casos, trasladarles limosnas o contribuir a pequeños proyectos, arregla muy poco, porque las necesidades son mucho mayores y porque se precisan soluciones definitivas. Y lo peor es que puede dejar tranquilizadas muchas conciencias, que no han sabido o querido llegar hasta la raíz de la desigualdad.



Pensemos en el caso de Haití, un país arrasado una y otra vez por desastres naturales y donde las ONG (y con ellas el apoyo de la sociedad civil de los países desarrollados) se han volcado, aparentemente, detrás de cada suceso. ¿Se ha logrado mejorar la situación? Quizás para lo más inmediato (tiendas de campaña, mantas, alimentos) y con muchos matices, porque no siempre se ha garantizado la distribución ni la seguridad. Sin embargo, hasta que por parte de las Naciones Unidas, los gobiernos y otros Organismos Internacionales no exista una voluntad decidida de realizar construcciones sólidas, dentro de un plan urbanístico digno, no habrá una solución definitiva. Porque no se remedia con pequeñas aportaciones particulares, sino con un porcentaje significativo (recuérdese el 0,7% del Producto Interior Bruto al que se comprometieron los gobiernos en la Cumbre de Estocolmo de 1972), que permita impulsar verdaderos proyectos de desarrollo sostenible.

Mientras que la solidaridad quede restringida a opciones personales, el sistema dormirá tranquilo, pues verá cómo los pobres que genera tienen quien les socorra, y además sin cuestionar el porqué de la pobreza. Hoy, que disponemos de información abundante sobre la situación en el mundo, es el momento de interrogarnos honestamente por la raíz de las diferencias sociales. No será difícil, entonces, encontrar junto a la corrupción, un comercio desigual, que fija los precios de las materias primas lejos de los países de origen, que coloca barreras y aranceles a sus exportaciones, que les impone monocultivos y destruye su diversidad y recursos, que retiene las patentes, o que traslada fábricas a los países del Sur para pagar salarios ínfimos e imponer duras condiciones de trabajo. Una voluntad decidida de terminar con la pobreza llevaría a generar unas condiciones de intercambio justas, la reducción/supresión de su deuda y la restitución de nuestros saqueos coloniales y postcoloniales. La aplicación del 0,7% (que hasta la fecha sólo cuatro países llevan a cabo) y las tasas a las transacciones financieras y especulativas (Tasa Tobin) podrían ayudar a disponer de cantidades suficientes para acometer, junto a adecuados planes de formación, definitivos proyectos de desarrollo integral.

La erradicación de la pobreza debe ser hoy la principal tarea para todo hombre o mujer de buena voluntad. Es un problema político, y aunque este término no resulte atractivo para muchos, el ser humano es «político» por naturaleza, y renunciar a esta dimensión comunitaria es negar parte de su esencia. La tarea, por tanto, será la de apoyar a organismos y programas cuyo eje sea la justicia. Hoy sí sabemos cómo se puede terminar con la pobreza (cosa que no siempre fue posible), tenemos recursos y tecnología, y lo «único» que falta es voluntad. Tengámoslo en cuenta cuando ejercitemos nuestro derecho al voto, pues no todas las opciones son iguales: votemos a quien, decididamente, se comprometa con los pobres. Nuestras nuevas autovías y trenes de alta velocidad pueden esperar, y buena parte de los gastos militares podrían tener mejor destino.

Y paralelamente, extendamos una cultura de auténtica solidaridad con los desfavorecidos. Las ayudas inmediatas pueden resultar necesarias en algunas ocasiones, pero que no empañen el problema de fondo, el establecimiento de mayores cotas de justicia que nos hagan más dignos y refuercen la fraternidad entre las personas y los pueblos.

Benito Estrella

Profesor de literatura, doctor en Pedagogía y escritor

EL PENSAMIENTO DE UN MONO

|

Sobre la base de la apertura primordial al mundo que entiendo habita en cada ser humano —tal como se manifiesta especialmente en los niños y que compartimos en cierto modo con los animales sin confundirnos con ellos— quiero sostener las reflexiones siguientes. Se trata de cuestiones sobre las que he venido meditando a lo largo de mi vida como docente, pues a mi entender laten como fondo de la crisis actual de la educación. Entiendo que es desde ese fondo primordial desde el que es necesario abrirse al problema de la relación educativa, la relación entre uno que enseña y otro que aprende, entre un Yo y un Tú que se miran ora hostiles, ora indiferentes, ora comprendiéndose en el misterio mismo de la relación.

El que tome como referencia a un animal, un mono, no debe entenderse bajo ningún concepto como una alusión a la degradación progresiva que presentan las conductas de los niños y jóvenes de ambos sexos en nuestras aulas, de las que ellos en modo alguno son culpables; ni tampoco me refiero a esa mistificación por la que algunos cuanto más creen conocer al ser humano más aman a su mascota. Pretendo situar mis reflexiones en el origen mismo del problema educativo, que es la indeterminación del «ánima» de un ser humano, un ser que ha de ser por fuerza educado si quiere llegar a serlo realmente. El ser humano es una potencialidad, no una realidad. Y la llamada a su plena realización se lleva a cabo precisamente desde su parte más genuina e indeterminada, si podemos hablar así, que es el «ánima». Es decir, desde su animalidad constitutiva, desde el *pathos* esencial de un sentir que, en el caso del hombre, siente que siente. Ahora se hace generalmente desde su parte mental, más concretamente, desde esa parte mental de carácter instrumental que se pone siempre al servicio de los intereses del ego, tanto en su forma individual como colectiva. Las relaciones que se establecen —con las cosas, con los hombres, con el mundo, con



lo trascendente— no sólo producen una cosificación en los objetos-sujetos de relación —que no se ven como objetos de cuidado, sino como territorio colonizable o piezas de caza—, sino que las propias relaciones se vuelven funcionales y mercantiles, de manera que hasta el mismo Dios puede convertirse en un objeto funcional religiosamente al servicio de intereses egotistas, valga la paradoja.

Este uso instrumental de la mente humana es espolado por una formación excesivamente orientada a la especialización académica o laboral, estimulada por un contexto, el actual, de una absurda competitividad contradictoriamente basada en el igualitarismo. Pues todo depende del lugar en el que coloquemos nuestras reivindicaciones de igualdad y de justicia. Como ha dicho Martin Buber: «Según su forma de decir Yo se decide el lugar al que un ser humano

pertenece y a dónde conduce su trayectoria. La palabra Yo es el verdadero *schibboleth* de la humanidad»¹. Porque una cosa es la igualdad y otra el igualitarismo.

En este contexto, la excelencia ejemplar que se le exige a Sultán, el mono enjaulado del que hablaremos a continuación es la de ser más eficaz: así ascenderá en la jerarquía de la horda depredadora. Que todos somos iguales viene a decir que todos somos objetos de depredación, bien para el mercado, para la política, para la propaganda, para la razón instrumental que puede convertir a un ser humano en una cobaya, de la misma manera que se hace con los animales del laboratorio, pues, como dijo Horkheimer, la lógica que justifica la explotación de la naturaleza es la misma que justifica la explotación del hombre por el hombre.

La observación del comportamiento del animal en cautiverio ha servido muchas veces de base para establecer sugestivas comparaciones entre la sociedad humana y los animales. Nuestra sociedad, con su complicado ordenancismo, se parece mucho a un zoo con disimuladas jaulas artificiales. Esto es lo que llevó a Desmond Morris a hablar del «zoo humano» y del «mono desnudo»². Entre el animal y el hombre ¿hay una diferencia sustancial, un salto cualitativo o sólo una diferencia de grado? Para tomar conciencia de esta realidad vamos a intentar entrar en la conciencia de un animal, si es que la tiene. ¿Por qué un animal? Pues porque como ha dicho también Martin Buber, el animal comparte con el hombre el misterio del encuentro desde el lugar del balbuceo, que está antes del lenguaje, antes de la aventura humana

de la cultura, de las herramientas; es decir, desde el lugar de la impotencia primordial³. Por eso Sultán, el mono del que nos habla Coetzee, nos mira a los humanos interrogándose, no ya por nuestra humanidad, cuyo rastro parece irse borrando en nuestro mundo, sino por la animalidad inteligente que compartimos con él, el mono, más allá de la cual está el monstruo. Y son su impotencia, inocencia e indefensión, tan próximas a las de los niños, las que hacen del texto de Coetzee todo un manifiesto.

Se trata de los experimentos que el etólogo Wolfgang Köhler llevó a cabo en Tenerife sobre la inteligencia de los monos⁴. Coetzee los recrea con otra mirada distinta, no con la del científico especialista, sino con la mirada franciscana del congénere, la de la hermandad entre las criaturas, la mirada del que sabe ponerse en lugar del otro. Admito que la cita es larga; pero muy sustanciosa⁵. Y da qué pensar.

SULTÁN EN LA JAULA ⁶

Sultán está a solas en su jaula. Tiene hambre: el suministro de alimentos, que antes le llegaba con regularidad, ahora se ha cortado de forma inexplicable. El hombre que antes le alimentaba y que ahora ha dejado de hacerlo tiende un alambre sobre la jaula, a tres metros del suelo, y cuelga allí un racimo de plátanos. Introduce en la jaula tres cajones de madera. Desaparece y cierra la puerta, aunque debe de rondar por los alrededores, ya que su olor está presente.

Sultán sabe que ahora debe pensar. Es lo que se espera de él. Para eso están ahí los

1. Buber, M.: *Yo y Tú*. Caparrós, Madrid, 1998. 3.ª Ed. Pág. 60. Esta palabra hebrea, *schibboleth*, que hace referencia a una especie de contraseña o fórmula de identificación, denuncia, al ser pronunciada, a aquellos que niegan su hermandad, denuncia su condición de extraños que reniegan de un origen común. Dice Paul Celan en un poema titulado *Schibboleth: Junto con mis piedras, crecidas en el llanto detrás de las rejas, me arrastraron al centro del mercado, allí donde se despliega la bandera, a la que no presté juramento*.
2. Morris, D.: *El zoo humano*. Plaza & Janés. Barc, 1972. Ib. Id.: *El mono desnudo*. Círculo de Lectores. Barc, 1969.
3. Buber desarrolla esta idea del encuentro inocente y primordial a partir de su experiencia con la mirada de un gato. (Buber, M.: op. cit. Pág. 85).
4. Pinillos, J. L.: *Principios de Psicología*. Alianza Universidad, 1975. «Inteligencia instrumental». Págs. 437-439. También Max Scheler hace referencia a estos experimentos de Köhler: «Köhler atribuye acciones inteligentes muy sencillas a los animales de sus experimentos; y con plena razón a mi juicio» (Scheler, M.: *El puesto del hombre en el cosmos*. CPSIA. EE. UU. 2016. Pág. 18).
5. Coetzee identifica aquí pensamiento *práctico* y pensamiento *instrumental*. Creo que hay diferencia entre ambos conceptos. La «razón práctica» es para mí la *phrónesis* aristotélica —la *prudencia* cristiana—; la «razón instrumental» la entiendo en la línea de Horkheimer (Horkheimer, M.: *Crítica de la razón instrumental*. Trotta. Madrid, 2002).
6. Coetzee, J. M.: *Las vidas de los animales*. Mondadori, 2001. Págs. 32-35.

plátanos. Los plátanos tienen por objeto hacerle pensar, acicatearle hasta los límites de su capacidad de pensamiento. Ya, pero ¿qué es lo que uno ha de pensar? Y piensa, por ejemplo: ¿Por qué me quiere matar de hambre? Piensa: ¿Qué he hecho? ¿Por qué he dejado de agrada-
 le? Piensa: ¿Por qué ya no quiere esos cajones? Sin embargo, ninguno de estos pensamientos es el correcto. Ni siquiera es correcto un pensamiento bastante más complejo; por ejemplo: ¿Qué es lo que le pasa, qué idea desacertada se ha hecho de mí que le lleva a pensar que me resultará más fácil alcanzar un plátano que cuelga de un alambre, y no un plátano que deje en el suelo? El pensamiento correcto es otro: ¿Cómo se utilizan los cajones para alcanzar los plátanos?

Sultán arrastra los cajones hasta ponerlos debajo de los plátanos, los apila uno encima de otro, sube a la torre que ha construido y coge los plátanos. Piensa: ¿Ahora dejará de castigarme? La respuesta es: No. [...] Pasará hambre hasta que los aguijonazos sean tan intensos, tan insufribles que se vea obligado a formular el pensamiento adecuado: a saber, cómo conseguir los plátanos. Esta es la comprobación límite de la capacidad mental del chimpancé. [...]

En cada nueva ocasión, Sultán se ve obligado a formular el pensamiento menos interesante. De la pureza de la especulación (¿Por qué se comportan los hombres así?) se ve implacablemente impulsado hacia un raciocinio inferior, práctico, meramente instrumental (¿Cómo se utiliza esto para conseguir aquello?), y también a una aceptación de sí mismo en cuanto organismo primario cuyos apetitos necesita satisfacer. Si bien la totalidad de su historia, [...] le lleva a formularse preguntas sobre la justicia del universo y el lugar que en ella ocupa esa colonia penitenciaria, un régimen psicológico diseñado con todo esmero lo aleja de la ética y de la metafísica y lo conduce hacia el terreno más humilde la razón práctica. De alguna manera, a medida que avanza palmo a palmo por este laberinto de constricciones, de manipulaciones y de dobleces, debe comprender que

bajo ningún concepto puede tirar la toalla, ya que sobre sus hombros descansa la responsabilidad de representar la simiedad. El destino de sus hermanos y hermanas pudiera estar determinado por el grado de excelencia con que se conduzca él.

II

¿Cuál es el pensamiento correcto? ¿Cómo debemos usar nuestra razón los humanos del siglo XXI? ¿Qué idea nos hacemos hoy del buen salvaje de Rousseau? ¿Cómo nos representamos hoy los seres humanos la humanidad? ¿Con qué grado de excelencia? ¿Cómo y desde qué lugar o perspectiva nos interpelamos unos a los otros? ¿Nos miramos cómo objetos ajenos de observación curiosa, investigación y utilización rentable para la Máquina? ¿O cómo hermanos que buscan juntos su destino?

La razón, en su proceso histórico de objetivación de la naturaleza a través de la ciencia, ha objetivado también las relaciones personales y las ha convertido en relaciones instrumentales por las que unos nos utilizamos a los otros según el interés de cada cual. Y al mismo tiempo, ha objetivado también nuestra propia vivencia de sujetos, las relaciones con uno mismo, con nuestro interior. Nuestros deseos y anhelos —de felicidad, de justicia, de trascendencia— son así reprimidos en nombre de conceptos abstractos e ideologías ajenas a nuestro vivir. La razón instrumental impone su explotación a una naturaleza que, como los monos de Köhler, es muda e indefensa, a la vez que ella misma no sabe dar cuenta del daño que inflige. Maneja un discurso ciego y sordo que no sabe nada de sus repercusiones *ilocucionarias* —las intenciones autoconservadoras, egoístas, que alberga ese discurso— y sus implicaciones *perlocucionarias* —la resistencia que, con sus propias leyes, impone la naturaleza, incluida la del ser humano, y que trascienden a la objetivización llevada a cabo desde la razón instrumental—. Pues los discursos, aunque están hechos con palabras, producen a la postre los hechos que anidan en nuestras intenciones.

El pensamiento instrumental condiciona hoy todo proyecto humano y lo pone al servicio de la Máquina. Y se manifiesta de manera particularmente evi-

dente en el caso de la educación. ¿No se ha convertido la institución educativa toda en una especie de gran zoo con (j)aulas de entrenamiento, experimentación y exhibición? ¿No se ven tanto los profesores como los alumnos de las aulas impelidos a rebajar su capacidad intelectual y humana en razón del pragmatismo de la supervivencia que impone la propia institución —con sus currículos, exámenes y notas, horarios, etc.—, mediatizada por los intereses particulares del poder de turno? ¿No se constituyen los despachos de la política educativa en el brazo del experimentador orwelliano que concita la Máquina? ¿No se nos condiciona también, como a los monos, mediante el discurso imperante del «no somos nada más que...» y lo políticamente correcto y se nos cercena así nuestra propia capacidad de imaginar otros mundos mejores del que tenemos?

«Sultán sabe que ahora debe pensar», dice Coetzee; pero ¿cómo tiene que pensar? ¿Quién decide y cómo qué es un pensamiento correcto? ¿En qué dirección se orienta el anhelo de justicia y perfección que todo pensar trata de expresar? ¿Cómo puede ayudar Sultán a sus hermanos y hermanas? ¿Cuál será su destino y el de sus congéneres? Y nosotros ¿podremos recuperar todavía la pureza de un pensamiento que se piensa a sí mismo y se pregunta por lo que *es* y lo que se *debe* hacer como nuestro distintivo humano? ¿Podremos, a pesar de nuestro cansancio y decrepitud, abrir una vía de retorno a ese desempeño humanístico de

primer orden que es «eternizar al hombre» concreto, aquello que cada cual lleva genuinamente en su interior? ¿Es posible todavía ese milagro?⁷

Dice el personaje de Benina en la novela *Misericordia* de Galdós: «Crea usted, amigo Ponte, que ya me habría vuelto tonta de remate, si Dios no me hubiera dado la facultad de figurarme las cosas que no he visto nunca»⁸. ¿No nos estaremos volviendo tontos de remate? Quizá sea el cuerpo, lo más cercano del alma —ánima—, en lo que tiene de visible y a la vez lo que tiene de invisible, lo que mejor ponga en evidencia las contradicciones que plantea hoy nuestra sociedad en los lugares de acogida de las que parece renegar ahora. ¿Acaso no sabe hoy nuestro cuerpo, de forma más o menos consciente, que no es bien acogido? Y lo expresa de múltiples maneras que no son sino la resistencia que nuestra naturaleza más íntima opone al programa que nos lleva a ser triturados por la Máquina. Porque la mente puede manipular y ser manipulada ciertamente; puede hacerlo y además tiene tendencia a ambas cosas. El cuerpo no; lo único que pide, especialmente si tiene alguna clase de malformación, estigma o diferencia, es ser acogido misericordiosamente —en cordialidad con sus miserias, las que tenga, pues todos tenemos alguna—. Es verdad que el cuerpo puede ser mutilado, operado, torturado; pero siempre opondrá la resistencia de su dolor a esas manipulaciones; y su grito de dolor acabará haciéndose oír antes o después, pues no podrá ser acallado.

7. Steiner, G.: *Los libros que nunca he escrito*. Siruela, 2008. Cuestiones educativas. Págs. 145-183.

8. Pérez Galdós, B.: *Misericordia*. Akal, 2003. Capítulo XVIII. Pág. 195.

Sixto Castañeira Fernández
Profesor de Lenguas Clásicas

PACTO DE ESTADO EDUCATIVO-DOCENTE



1. INTRODUCCIÓN

Cuando se habla de un sistema educativo, no se hace referencia únicamente a un problema pedagógico, cómo articular valores y conocimientos para que los alumnos alcancen el mejor desarrollo posible de sus potencialidades positivas; existe también un problema técnico, organización de los cursos, grados, modalidades, títulos, para que el sistema educativo promueva a todos los alumnos y los oriente según sus capacidades. Estos problemas los resuelven equipos pedagógicos y técnicos que anticipan las necesidades futuras de los alumnos. Pero existe un problema filosófico previo: contestar a la pregunta ¿qué es el hombre? ¿cuál es su origen y su destino? ¿qué sentido tiene la vida humana? La respuesta a estas preguntas es la premisa insustituible en toda filosofía de la educación, pues se trata de la persona humana

y no se puede educar sin un ¿para dónde?, sin un ¿para qué? La respuesta determina qué imagen ideal de perfección humana se debe pretender alcanzar y qué valores deben ser potenciados y qué contenidos y prácticas de conocimiento deben ser escogidos en cada momento histórico.

La imagen ideal del hombre necesita una luz, la luz de la razón, para ser vista e imaginada, y la educación tiene que alumbrar esa imagen, estimulando las potencialidades que acercan al hombre a la imagen ideal y reprimiendo las potencialidades negativas que lo deforman.

2. EL HUMANISMO

Cicerón desarrolló al máximo el humanismo romano y describió el concepto de *humanitas* como la

capacidad del conocimiento de la cultura, por medio del cual el hombre consigue la máxima perfección como hombre y celebra su verdadera naturaleza. El conocimiento de la cultura es exclusivo del hombre, por tanto, la *humanitas* es una cualidad del hombre, de todo hombre. Relacionadas con la *humanitas* están las *humanitates*, las humanidades; el hombre, al nacer, es potencialmente humano y el camino de la humanización está en la educación: el conocimiento y cultivo de las humanidades, disciplinas propias del hombre libre y que hacen libre al hombre: las artes liberales. Para los griegos, y para Cicerón, el aprendizaje de oficios, las artes utilitarias, no formaba parte de la verdadera *paideia*, de la verdadera educación. El conocimiento de las humanidades, lengua, literatura, poesía, política, matemáticas, aportan la cultura en círculos cada vez más amplios: el círculo del *litterator*, del *grammaticus* y del *rhetor*. La retórica era «un arte utilitaria», pero la formación del orador no debía reducirse al aprendizaje de recursos retóricos y repetición de discursos en el aula, sino que debía estar acompañada por el estudio de las humanidades, filosofía, historia, poesía, música, etc. *Orator inops humanitatis* era un «orador falto de cultura», falto de humanidad.

La cultura por excelencia era la cultura griega, por lo que Cicerón, con su talento filológico, fue capaz de transformar la lengua agrícola latina en una lengua de cultura en la que se podía estudiar toda la cultura griega, creando una terminología en latín, traduciendo con libertad, criticando, seleccionando, divulgando las doctrinas que dan solución a los problemas vitales del hombre: los problemas morales, cómo debe comportarse el hombre, el bien y el mal, el conocimiento de la verdad, pero nada de teogonías, cosmogonías, etc., ajenas al espíritu práctico de los romanos. La gramática griega fue el modelo a partir del cual se desarrollaron todas las gramáticas. El mundo occidental usa las palabras de Cicerón: cultura (*cultura animi*), dignidad (*dignitas hominis*), etc., o tomadas directamente de la lengua griega.

Cicerón creó un sistema educativo para que Roma, con el latín como lengua vehicular universal, hiciera posible que los pueblos del orbe recorrieran el mismo camino de la humanización y tuvieran una misma patria: la *humanitas*, todos los hombres uni-

dos por la misma cultura, el humanismo. Por eso Cicerón es considerado uno de los padres de la cultura occidental.

El conocimiento de las humanidades tiene una proyección educativa cuando se orienta al crecimiento humano, a hacer libre al hombre, sin ningún interés económico; también puede recibir una orientación, incluso, deshumanizadora. «Una educación sectaria, como una enseñanza de la Historia sin rigor y sin verdad con una deformación del pasado y del presente, ofrecida desde los ciclos educativos» —escribe Juan Van-Halen— produce una deformación de los alumnos. Una educación bilingüe, impuesta a todos los alumnos, no está orientada al crecimiento humano, sino al prestigio del centro o a un futuro laboral hipotético en la creencia de que «sin inglés no hay futuro».

Las humanidades tienen también una proyección profesional, orientada al desarrollo económico, a proporcionar los profesionales, los «recursos humanos» que el sistema económico necesita. En un sistema de enseñanza humanista la proyección profesional no puede reducirse a un conocimiento particularizado y práctico de la disciplina concreta; es necesario un enfoque humanista, pues todos los movimientos artísticos, literarios, filosóficos, musicales, etc., están comunicados y son más importantes los enlaces y las representaciones mentales que la enumeración de particularidades, aportando a la especialidad un saber humanístico.

3. EL HUMANISMO CRISTIANO

El cristianismo, asumiendo la herencia de la creación cultural grecolatina, el humanismo, como la mejor preparación evangélica, aportó una fe, una doctrina moral y una cultura cuya difusión originó la civilización occidental, que defiende la libertad, la responsabilidad moral de la persona y la fraternidad de la que se deriva la esperanza de una vida trascendente.

El cristianismo es el acontecimiento espiritual más importante de la historia de la humanidad: Dios se hace hombre. Comienza la celebración de la Navidad. Se abre un nuevo horizonte, una patria espiritual: la fraternidad. Dios creó al hombre a su imagen y semejanza: todos los hombres somos hermanos,

porque somos hijos de Dios. La fe, la esperanza en la vida eterna y la caridad, el amor fraterno, conforman el ideal de perfección humana en el mundo occidental: el humanismo cristiano identifica, unifica a los pueblos y da sentido a la vida de los hombres por el poder del amor fraternal.

La Universidad de Salamanca, cuyo octavo centenario acabamos de celebrar, tenía en su escudo el lema, escrito en letras griegas: «Los reyes con la enciclopedia y ésta con los reyes». La en-ciclo-paideia es la educación en círculos de Cicerón; cada alumno escogía una disciplina para su proyección profesional, pero recibía una educación teológica, dialéctica, leyes, etc.; una educación humanista, para no formar médicos, ingenieros, técnicos, etc., «faltos de cultura, faltos de humanidad». La enciclopedia estuvo vigente en las escuelas hasta el siglo XX.

Jovellanos funda el Instituto de Náutica y Minerología, con una orientación eminentemente práctica, pero no se olvida de desarrollar en los alumnos la capacidad de disfrute intelectual y del gusto literario (*sapere*). En su «Oración sobre la necesidad de unir el estudio de la literatura al de las ciencias», lo expresa con estas palabras: «El árbol de las ciencias se corona con la noble filosofía y se sublima con la augusta religión». No es suficiente aprender a hacer: conocimientos concretos, prácticos y de inmediata aplicación; una enseñanza práctica de calidad necesita propiciar la apertura de la mente a realidades intangibles: estudios literarios, filosóficos, históricos, etc., que afectan al crecimiento personal, humano, social, espiritual.

4. EL NUEVO ORDEN MUNDIAL

Hasta el año 1989 estuvo vigente el modelo ideal del humanismo cristiano, la revolución espiritual más importante de todos los tiempos; a partir de ese año no se indica de modo explícito el modelo. El Nuevo Orden Mundial impuso el laicismo radical, declarando al cristianismo como culpable de todas las guerras y la raíz de todos los males: queda abolido el cristianismo. El laicismo quiere eliminar del espacio público toda religión, pero directamente se dirige contra el cristianismo que tiene vigencia en el mundo occidental. «Hallar una respuesta satisfactoria

al sentido de la vida —afirma Einstein— es ser religioso». El laicismo quiere ocupar el espacio público, pero es una respuesta religiosa negativa al sentido de la vida, tan particular como la del cristianismo que da una respuesta religiosa afirmativa; como el que decide invertir y el que decide no invertir ambos toman una decisión económica. El laicista prescinde de Dios en su vida, da la espalda a Dios, vive como si Dios no existiera, pero el que prescinde de alguien es consciente de alguna manera de su existencia, que considera un estorbo para su libertad (esclavitud); quien ha conocido a Dios, no puede volver al paganismo.

El Nuevo Orden Mundial promueve leyes que nos vuelven a un neopaganismo: ideología de género, aborto como derecho, eutanasia, relativismo práctico, etc. Es una vuelta a la barbarie que habita en el interior de cada hombre.

5. RAÍCES CRISTIANAS DE EUROPA

La Unión Europea (Tratado de Lisboa, 2007, en donde se trata de la base cultural y moral de la Unión) no hace mención a las Iglesias ni un reconocimiento de las raíces cristianas de Europa, es decir, declara la neutralidad de la unión sin una base cultural, moral y religiosa común. Es más, hace referencia a la herencia cultural, religiosa y humanista de Europa «como un recuerdo del pasado», es decir, la muerte del humanismo cristiano; una Unión Europea sin raíces, sin identidad cultural, sin alma; la Unión Europea no se ocupa de las «necesidades del alma» de sus ciudadanos, los cuales son considerados instrumentos para el desarrollo económico y el consumo (una parte, consumidores imperfectos). Unos ciudadanos sin patria, pues los pobres económicamente quedarían privados de patria, pues ésta no es un lugar geográfico, sino un territorio espiritual, moral y, por tanto, religioso.

6. LA ILUSTRACIÓN

Los ilustrados buscaban una luz para esclarecer las relaciones humanas; esa luz era la razón, una razón no sometida a poderes superiores. Consideraron que con la razón y el Derecho era suficiente; pero el derecho depende de la voluntad del legislador y

puede ser justo e injusto y ambos son igualmente derecho; la ética no puede ser reducida a derecho. Rompieron con la tradición, dejando sin tierra firme las creencias y convicciones vigentes. Pero después vino la Revolución y el Terror; y después los filósofos de la «muerte de Dios», Nietzsche y Marx, con sus dramáticas consecuencias, la pretensión totalitaria marxista, continuada por la otra barbarie comunista. La fórmula cristiana «libertad, igualdad, fraternidad», con la muerte de Dios, queda sin el fundamento que da sentido a estos valores. La escuela de S. Freud, quien prescinde de Dios y cree que la religión debe ser reemplazada por la ciencia, es la corriente seguida por la neurociencia.

7. LA NUEVA ILUSTRACIÓN

Una nueva generación de científicos ilustrados sustituye al partido de los filósofos y, como ellos, rompe con la tradición humanista cristiana; sólo tiene valor la racionalidad de la ciencia, sometiendo toda la realidad al análisis exclusivo de la razón. Siguen defendiendo los «derechos humanos», con tal de que no se les pregunte por qué, pues éstos se basan en la fe y no en la racionalidad científica. En 1948 los «pueblos de las Naciones Unidas han reafirmado en la Carta su fe en los derechos fundamentales del hombre, «en la dignidad y el valor de la persona humana...», es decir, «la libertad, la justicia y la paz... tienen por base el reconocimiento de la dignidad intrínseca... de todos los miembros de la familia humana». El asombro ante el misterio de la realidad de una vida humana es el origen de la religiosidad y a ese misterio que hay en la vida humana le llamamos «dignidad», decimos que tiene «dignidad» y de esa dignidad esencial se derivan unos derechos que calificamos como «derechos humanos». Sin la fe en la dignidad de la persona humana, nuestra vida solidaria, llamada a encarnar los valores más elevados y exigentes de moralidad, quedarían sin justificación. Las opiniones de los científicos ilustrados se universalizan como la difusión de las ideas de los filósofos ilustrados entre los alfabetizados. Si admitimos que «todo es física y química», la naturaleza humana se diluye por la brecha de la evolución darwiniana; si el hombre se reduce a lo biológico y se niega su dimensión espiritual, es un animal más y no

tiene «dignidad esencial». Si se afirma que «la libertad es una ficción», se niega la responsabilidad moral de la persona, triunfo del ideal cristiano.

López Otín, investigador del genoma humano, afirma: «El que espere encontrar algo divino en el hombre se equivoca». En su «acelerador de partículas» no encuentra la imagen de Dios.

Un equipo de pedagogos, filósofos y científicos trabaja en el proyecto de «La superciencia de la evolución cultural», paralela a la evolución darwiniana, para crear un sistema educativo científico, que debe ser seguido por todos: la evolución de la materia y la evolución del espíritu.

Quieren convencernos de que no somos libres. «En las circunstancias más adversas —afirma Victor Frankl— el hombre es capaz de decir no, y entrar con la cabeza alta en la cámara de gas». En todas las circunstancias dispone de más de una opción, incluso hallándose en un campo de concentración. Puede progresar en distintos sentidos; el progreso humano (*gradus* significa paso y escalón) consiste en crecer, subir escalones interiores; el hombre puede «graduarse», pero también degradarse, bajar a un nivel inferior al de los animales. Ningún hombre es por naturaleza santo o depravado; tiene muchas opciones, unas le hacen crecer y otras le degradan. Es un ser «*sublime et trepidans*», «lo más maravilloso del mundo y lo más terrible». El asesinato de Diana Quer muestra lo más sublime, la capacidad de decir no, y a la vez la degradación suprema.

8. PACTO EDUCATIVO-DOCENTE

Es necesario un Pacto de Estado Educativo-Docente, no para evitar el cambio continuo de modelo, pues desde la aplicación de la LOE estuvo vigente el mismo modelo con pocas modificaciones —las propuestas del Partido Popular, la primera no entró en funcionamiento y la segunda está prácticamente derogada—, sino para dar sosiego a la sociedad, evitar el odio entre los partidarios de distintos modelos y lograr una exaltación del entusiasmo entre padres, profesores, alumnos y la sociedad entera en beneficio de la educación.

El Pacto de Estado debe determinar la imagen ideal del hombre, qué modelo de hombre trata de

formar y, por tanto, qué modelo de sociedad resultará de esa formación. Es necesario un pacto de Estado para un sistema educativo-docente que tenga en cuenta las dos cosmovisiones existentes en el mundo occidental: los que profesan un humanismo cristiano y creen que la vida del hombre es trascendente y esperan otra vida; y los que profesan un humanismo en el que la vida del hombre termina con la muerte.

Unos y otros tienen el ideal del hombre honesto que tiene como valores la razón, la medida y el dominio de sí mismo, pues el hombre puede expropiarse, dejar de ser dueño de sí mismo, dejarse llevar por las pasiones; unos y otros tienen conciencia, el maestro interior, el sentido moral para conocer el bien y el mal para enjuiciar los actos propios y los ajenos; unos y otros pueden ser solidarios y heroicos en algunas ocasiones. Los cristianos fundamentan su conducta en Dios, creador y destino del hombre. ¿En qué se fundamentan los que no creen para justificar su correcta conducta? Cada uno tendrá su respuesta. El pacto tiene que conciliar ambas posturas sin imponer ninguna de las dos.

¿Es posible un pacto educativo-docente que dé satisfacción a los ideales de los humanistas cristianos y de los humanistas paganos?

Es posible un pacto mediante el diálogo y la colaboración para encontrar un mínimo común: El reconocimiento de la dignidad de la persona humana y de los derechos y deberes derivados de dicho reconocimiento.

Ese difícil diálogo ya no es necesario, pues el reconocimiento de la dignidad de la persona está establecido en la Declaración Universal de Derechos Humanos de 1948 y en la Constitución Española de 1978, en las que los ideales de la religión judeocristiana y de la cultura grecorromana, recogidos en el humanismo cristiano, fueron los que promovieron la citada declaración. La educación tiene que aportar la posibilidad de que el hombre pueda buscar y encontrar una respuesta satisfactoria al sentido de su vida y comunicarla razonablemente a los demás.

9. PACTO POR RENDICIÓN

Pero el humanismo cristiano ha sido abandonado por quienes afirman inspirarse en él y comparten los mismos presupuestos deshumanizadores de los demás: El Partido Popular aprobó todas las leyes del partido socialista e, incluso, la llamada «ley del aborto» que había recurrido ante el Tribunal Constitucional la aprobó con una nimia reforma, lo que de facto supone un desistimiento del recurso presentado, una justificación para que el TC no dicte sentencia y la certificación del abandono de sus principios proclamados.

Sólo cabe un pacto por rendición. Todos los dirigentes de los distintos partidos profesan el mismo relativismo práctico que disuelve todos los principios y valores; sin convicciones el hombre vive en un mar de dudas, sin el suelo firme del que se nutre el territorio espiritual. Se habla de la «educación en valores», pero una cosa es hablar de un valor y otra cosa es vivirlo; es inútil hablar de valores, si no se viven en la familia y en la sociedad, donde se incorporan unos valores y se desechan otros; no tiene sentido vivir unos valores y quejarse de sus consecuencias. La pervivencia de la civilización occidental está en peligro.

10. LA LUZ DE LA RAZÓN

Los humanistas cristianos y los humanistas ateos tienen conductas moralmente admirables, a veces heroicas, independientemente de los motivos que les han convencido y pueden convencer a otros como creyentes razonablemente en sus creencias; los cristianos por su creencia en un Dios personal y los paganos tal vez por influencia del estoicismo o del cristianismo. El hombre, además de la razón, tiene otras antenas para percibir lo sublime, sagrado, misterioso de la realidad, la poesía, la música, el arte. Es un presaber¹, un saber vital, la verdad originaria que es el fundamento de todo saber: la luz del corazón, por lo que el hombre no carece de orientación y de sentido.

1. M. Berciano, «Pensamiento débil, posmodernidad y educación». *Magíster* n.º 13, 93-112.

Gonzalo Fontana

Profesor titular de filología latina de la Universidad de Zaragoza

SE QUESTO È UN PROLOGO

Querido Félix:

Estas páginas bien podrían comenzar así: «Es de suponer que quienes no decidan prescindir de este prólogo prescindible ya saben que la añosa retórica ya selló hace tiempo las fórmulas y el arte de componer proemios: con su mención al discreto lector, con su encomio a los méritos del grave autor o la loa al relieve e importancia de la materia tratada. Y no ha de ser el humilde prologuista quien enmiende sus dictados»¹. Hoy, sin embargo, no me siento con ánimo para un prólogo de circunstancias. Con todo, los clásicos nunca me han dejado tirado y lo cierto es que me resultan muy oportunos para trasladarme ahora al género epistolar, que permite más libertades. Así, me ha venido a la cabeza aquel párrafo de Tácito que juntos fatigamos ya hace tantos años: «Mas si la vida me lo permite, he reservado para mi vejez el relato del principado del divino Nerva y el gobierno de Trajano, materia más fértil y conocida; para ese escaso y dichoso instante de la vida cuando uno puede permitirse sentir lo que barrunta y decir lo que siente». Versado en los rencorosos zarpazos del poder, el viejo Cornelio sabía que la narración de los reinados más recientes era cosa aventurada: mejor posponer la empresa para el día en que, viejo, ya no temiera morir. Yo, que sé de naufragios y cíclopes —aunque sí he logrado hurtarme a la insidiosa hospitalidad del comedor de loto—, también ando libre, «con pocos pero doctos libros juntos». Me hallo en el sosiego de quien ni ha de mendigar la aprobación ajena, ni aspira ya a medrar en el sistema educativo español, indocta y torpe máquina que sólo genera papeles que ni sé, ni me importa, entender. Son sólo los farfuleos inconexos de un culto raro e ignoto que me es tan ajeno como incomprensible.

Bajo tu interrogante por la conservación de las lenguas clásicas en nuestra Enseñanza Media, late otro más amplio y relativo a la propia supervivencia de las maltrechas humanidades en el sistema educativo occidental. Nada nuevo descubro: la Filosofía, la Historia, la Literatura, nuestras Clásicas, todas ellas están en trance de desaparición de las aulas (también de las universitarias) y de ser sustituidas, a cambio, por sucedáneos descafeinados y homeopáticos (esto es, por meras falacias) que no son sino los miserables despojos que el sistema, con sus trampas arteras, nos otorga para que peleemos por ellos tratando de conservar una triste plaza en cada centro.

Las viejas humanidades fenecen —o más bien ya han fenecido— porque el hombre que ha alumbrado nuestra época, el que ha de poblar el mundo, ya es otro. Y para sacarlo del barro, el demiurgo pedagógico ha tenido que abolir los principios racionales que fraguaron en la vieja Ilustración, hundida hoy entre el olvido, la incomprensión general y el escarnio de los bramanes que nuestros días han alzado como amos. Aquel generoso proyecto aspiraba a crear individuos que, en su momento, pudieran llegar a decir «yo». Un «yo», entendido como el fundamento último que permite que el hombre se afirme en términos éticos, estéticos, espirituales e intelectuales. Y este ha muerto, al menos como horizonte general al que los individuos pueden aspirar. Ese era, pues, el proyecto de la escuela ilustrada. De ella sólo quedan muros por los que nadie compondrá un soneto.

A ver, Félix, hablaba de la Ilustración buena. Porque también hay otra Ilustración, malísima, que es, a la postre, la que ha triunfado entre nosotros y nos arrastra cautivos tras su carro. Si el bellaco de Rousseau levantara la cabeza, se retorcería de gusto al contemplar su victoria. Él, que se casó con una analfa-

1. El autor hace referencia al libro de Félix Gay Sánchez, *Pervivencia de la cultura clásica: el latín y el griego en los I.E.S.*, Huesca, 2018.

beta para que no lo importunara, él, que abandonó a sus hijos en un orfanato purulento, vería con cínica complacencia el rumbo de nuestros hospicios iletrados. Mesías de una nueva creación, profeta de la gracia recobrada, quiso alumbrar al Hombre Nuevo: una criatura devuelta al paraíso infantil del que había sido expulsada por la civilización; un ser libre ya del lastre de la cultura, de la responsabilidad individual y, a la postre, del diálogo maduro con la vida. Había que volver a ser niños para retornar al Paraíso. Ya se ve que el mensaje no era precisamente novedoso. Y si consideramos las consecuencias concretas que, en ocasiones, este benévolo pensamiento ha provocado —pensemos en la Revolución Cultural china, tan amiga de exaltar lo nuevo y la energía adolescente—, el juicio histórico que merece resulta demoledor. No me detendré a evaluar los costes de su materialización en las últimas generaciones.

Ser adulto y autónomo no está de moda: conlleva demasiada angustia y responsabilidad. Perderse en el esfuerzo reposado de engolfar el alma en libros largos y complejos es una tortura propia de un masoquismo condenable. Cuánto mejor ser un niño feliz, gobernado sólo por el capricho, el deseo fácil y la aspiración de *consumir productos* que suministren una ensañación consoladora, una realidad confortable de la que no sea deseable salir. Las esclavas ahorcadas por Odiseo, el fin del cabrero Melantio, han de ser relegados al olvido. Una nueva y siniestra censura moral, destinada a preservar la infantil inocencia, se ha apoderado de un mundo decidido a salvarnos de nuestra propia condición. No sea que Medea nos turbe el sueño.

Y todo ello bendecido por el aval de quienes cifran la felicidad y la autonomía humana en la liberación de los viejos paradigmas que sostenían la razón, la excelencia y la tradición, la cual, obviamente, no es una cárcel destinada a constreñir el pensamiento, sino el fondo insustituible con el que dialogar críticamente para saber algo de nosotros mismos. Mas, ¿qué diálogo, qué reflexión necesita quien pasa su vida opinando a golpe de *like* y de *tweet*? ¿Qué precisa quien afronta la vida en función de impulsos emocionales primarios? Tal individuo no podrá soportar asistir a la elección de Antígona, ni menos aún saber del destino de Sócrates. La facilidad de obviar cuan-

to suene a incómodo y, sobre todo, la inmediatez que suministra la inmensidad de los supuestos conocimientos que ofrece internet ha ahogado el proceso de reflexión crítica (y autocrítica) que precede a la configuración del entramado de ideas que permiten un pensamiento autónomo real. Decía Ortega —cito de memoria— que «la universidad [esto es igualmente válido para la Enseñanza Media] no es el lugar en el que uno aprende lo que no sabe, sino el lugar en el que uno oye lo que nunca querría haber oído». Qué lejos andamos ya de Ortega. Hoy, nuestras instituciones educativas son guarderías en las que adolescentes y jóvenes son cuidadosamente preservados de cualquier reto o estímulo moral e intelectual. Todo por su bien.

A cambio, los burócratas de la educación, administradores de la idiocia redentora, han llenado de ordenadores nuestras aulas y embarrado con sus jergas los planes de estudios. Nosotros, acólitos necesarios de la monstruosa liturgia, reiterada sin cesar, pasamos la vida sometidos a sus designios con la esperanza de lograr algún mísero alivio para nuestra pesadumbre cotidiana. Ni siquiera aspiran a que los creamos, les basta nuestra sumisión a los dictados que cada nueva innovación pedagógica, que cada ocurrencia ministerial, exige en su altar insaciable y del que los alumnos son sus principales e ignaras víctimas.

En el fondo, desprecian a los alumnos tanto como ignoran el valor del auténtico saber, que desde luego no se adquiere en internet. Todavía nadie ha logrado dar con la *página web* que permita discernir entre los contenidos serios que ofrece la red y las mamarrachadas que la inundan. En rigor, la escuela debería ser un espacio libre de internet, en el que el alumno debería hacerse con una panoplia de criterios sólidos para discernir y jerarquizar los contenidos que internet le suministrará a lo largo de su vida. Esta ha de ser la auténtica labor del profesor de nuestros días.

Y para ello, nada mejor que alejarse del mundo. Cuando éramos niños, aprendimos que los enemigos del hombre eran el mundo, el demonio y la carne. Lo del demonio ya ha pasado de moda, sobre todo porque no lo necesitamos: ya somos bastante malos sin ayuda ajena; la carne no es materia de esta carta y cada cual se la gobierna como puede; sin embargo, el asunto del mundo merece cierta atención por

lo difícil y engañoso que es. Y es que el «mundo» no es sino el conjunto de reglas no escritas, distintas en cada época, que nos envilecen y nos arrastran a traicionar nuestra propia condición humana. Sobre todo porque nos enseñan a orillar cuanto no sea realmente «útil» para alcanzar una vida que, cuanto más brutal y alienada es, más exitosa parece. En esto nuestro de la enseñanza, y precisamente contra todo lo que predicán los nuevos profetas, los hijos malos del malo Rousseau, nuestra misión es lograr que nuestros alumnos salgan de ese tráfigo y puedan contemplar la realidad —y también a sí mismos— con un poco de distancia. Sólo así podrán hacerse con alguna idea cabal sobre el significado del universo y el sentido de sus propias vidas. Perderán inocencia, mas ganarán sabiduría.

Y para ello nada mejor que aceptar la invitación que nos brindan las humanidades, con su llamada al recuerdo y su promesa de descubrimos a nosotros

mismos. Frente a la inmediatez, la lectura reposada; frente a las opiniones, argumentos; frente al capricho, la conciencia de las repercusiones de nuestros actos; frente al producto audiovisual, de consumo pasivo y asequible, la posibilidad de encimarse a las cumbres estéticas e intelectuales más altas. ¿Y qué decir del placer de desentrañar la infinita y sutil ironía que inhabita la gran literatura? Mas no nos engañemos: pocos, muy pocos, serán quienes quieran detenerse en el lento meandro que alimenta nuestro prado. Qué sabio fue el que vio que el *locus amœnus* era, en realidad, un *hortus conclusus* de acceso arduo y puerta estrecha. Con todo, lograr que un alma joven alcance a hallar algún reposo en él, será salvarla un poco, porque ella dará vida a un hombre dueño, al fin, de un «yo». Ni nuevo, ni viejo: solo un ser humano. Y quien salva a un hombre salva a la humanidad entera, como bien sabía el rabino del *Talmud*. Esa es nuestra esperanza.

Javier Barraca Mairal

Profesor de Filosofía, Universidad Rey Juan Carlos.
Miembro de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación

EL JUICIO DEL DERECHO Y LA MISERICORDIA: UNA HERMENÉUTICA JURÍDICA DESDE LA FRAGILIDAD HUMANA

(...) la verdadera justicia es la lucha por la justicia, que es interminable, y que está precedida por el amor a la justicia, y éste por el amor a aquellos a quienes se quiere hacer justicia.

LUIS FERREIRO, «JUSTICIA Y AMOR»,
en: *Acontecimiento*, n.º 122, p. 47.

MISERICORDIA, JUSTICIA Y DERECHO

En un sentido radical y metafísico, se afirma que la misericordia fundamenta y precede a la mera justicia. Esto, pues lo menos sigue a lo más, en lo fontal. Según E. Lévinas, en efecto, es de la Bondad y su limitación de donde surge la justicia, y no a la inversa¹. Cierta lenguaje de la teodicea enuncia asimismo cómo en la divinidad no hay oposición entre la justicia y la misericordia, pues Dios es —al tiempo y sin contradicción— infinitamente justo e infinitamente misericordioso. ¿Cómo se armonizan, en el seno de la divinidad, dos principios que muchos comprenden como divergentes? Acaso, ello sucede según lo indicado en la máxima que afirma que «Dios es más que justo, pero nunca injusto». Mas se trata aquí, al cabo, de un misterio, como lo es también la relación entre la misericordia infinita revelada en la encarnación y el juicio postrero².

En un artículo precedente abordamos los vínculos entre el Derecho y la bondad, el amor, la misericordia³. Para ello, se recurrió a ciertas nociones de

la filosofía pertinentes a este respecto, tales como el otro, el rostro, el compromiso, el testimonio, la unicidad personal, etc. Entre los autores, se acudió fundamentalmente a Emmanuel Lévinas y Carlos Díaz⁴. El propósito de este nuevo texto radica ahora, como culminación y cierre de lo allí anunciado, en examinar no ya el marco general de este tema, sino una cuestión mucho más precisa, que involucra claramente el discernimiento propiamente jurídico. Se trata del análisis acerca de cómo esta relación, entre el Derecho y las categorías ligadas al bien y al amor, se proyecta en la práctica sobre el asunto del juicio del Derecho acerca de lo justo concreto, la situación o el caso particular. Nos parece de interés el completar esta investigación con esta segunda consideración, pues la interpretación o hermenéutica jurídica traduce a hechos, decisiones y acciones, contundentes y necesarios, los hondos y hermosos vínculos teóricos, antes postulados.

HERMENÉUTICA JURÍDICA Y ANTROPOLOGÍA

Respecto a lo precedente, conviene advertir que el lazo entre misericordia y justicia comienza por inspirar una actitud hermenéutica o interpretativa del Derecho muy peculiar. Ésta consiste en atemperar con la bondad o misericordia la severidad o el rigor de la justicia. Ahora bien, para operar esto con rectitud, sin fusionar confusamente ambas dimensiones

1. Cf. E. Lévinas, *Totalidad e infinito*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1993.

2. «Dijo Jesús a Nicodemo: «(...) Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mudo, sino para que el mundo se salve por él (...) Este es el juicio: (...)», Jn 3, 14-21.

3. J. Barraca Mairal, «Una tentativa de aplicación de cierta filosofía de la persona al Derecho», en *Acontecimiento*, n.º 124 (2017), pp. 19-21.

4. Idem, pp. 19 y 20.

o aspectos, ha de alcanzarse una interpretación o hermenéutica jurídica profunda. Esto reclama el que parta de una fértil antropología, de una filosofía de lo humano abierta al valor único e inmarcesible de la persona. Ello implica, a su vez, una inteligencia cordial de la realidad humana, en tanto ésta se muestra como naturalmente frágil, menesterosa y limitada.

Para todo lo anterior, conviene que la hermenéutica jurídica postulada sepa respetar siempre determinadas claves básicas en su comprensión más fecunda del Derecho, claves sin duda estrechamente ligadas a la antropología. Estas claves implican captar y armonizar, integradoramente, un conjunto de valores aquí decisivos: el valor de la simetría o proporcionalidad, el de la persona en su unicidad y, por último, el del humanismo al que está llamado el Derecho y que comporta a su vez todo un plexo axiológico inspirador⁵.

Desde luego, como se verá, articular las relaciones entre justicia y misericordia —o su contrapunto humano en forma de compasión, etc.— resulta harto complejo. Vamos a intentar esbozar algunas pautas que pueden colaborar a desarrollar la capacidad de armonizar hermenéuticamente los valores expuestos.

ALGUNAS PAUTAS PARA INTEGRAR JUSTICIA Y MISERICORDIA, EN EL MARCO DE LO JURÍDICO

Una pauta práctica crucial, en esta articulación de lo jurídico y la bondad, estriba probablemente en evitar el mezclar sendas esferas o confundirlas demasiado apresuradamente, en el primer momento de nuestra actividad de discernimiento (algo vital en el orden de lo jurisdiccional).

Así, en un principio, hay que procurar centrarse en hacer justicia o dar a cada uno lo suyo, tal como reclama el núcleo de lo jurídico. Lévinas explica que los humanos nos vemos obligados a encauzar lo infinito de nuestra deuda de solicitud ante el Otro y los otros, a causa de que convivimos en sociedades, comunidades⁶. En ellas, además de este deber in-

commensurable e inagotable con el otro, se encuentra siempre el tercero, quien es otro del otro y ante el que asimismo debemos responder. De esta manera, junto a la benevolencia, necesitamos de la justicia, pues no podemos perjudicar a los demás, a aquellos —los terceros— que configuran con nosotros y con el otro una relación social o comunitaria. Por eso, junto a una benevolencia sin límites originaria, precisamos de inmediato, en la convivencia comunitaria, del arte de la proporción y de la simetría. Nuestro deber y vocación comunitarios nos empujan desde lo ilimitado a lo delimitado, desde lo desproporcionado a lo proporcionado, desde lo desmedido a la obligación de medir y de calibrar. He aquí el origen mismo de la justicia, que nace de la benevolencia y del amor, pero que nos reclama a la par la exigente tarea de discernir lo justo y lo equitativo. Por esto, sólo después de realizar este denodado esfuerzo por saber y dar a cada cual lo que le corresponde en justicia, dentro del grupo, cabe enriquecer el juicio distributivo de bienes y deberes con otras claves. Esto, para poder ser más que simplemente justos o equitativos, nunca injustos, por medio de la benevolencia, la generosidad, la indulgencia, etc. Ello, dado que, si lo hacemos inicialmente sin el cuidado de todos y de todo, corremos el riesgo de disolver lo justo mismo en una inmediata compasión con el otro singular.

Los expertos o peritos del Derecho Romano advertían frente a esto que el objeto del Derecho no es otro que lo justo concreto y dar a cada cual lo que en justicia le corresponde. Así, afirmaron: *Juris praecepta sunt haec: honeste vivere, neminem laedere, suum ius quique tribuere*. También, añadían exigentes: *Fiat justitia et pereat mundus!* Sin duda, en fin, la justicia y la equidad poseen un valor en sí, capital para la vida humana en sociedad, y el Derecho comienza precisamente por saber ser sensible a este valor característico.

Una segunda pauta radica en recuperar, luego, como segundo momento interno de la actividad jurídica, la benevolencia, de la que ésta partió. Ello, ya sea como generosidad o donación, misericordia, compa-

5. Para dilucidar ese conjunto armónico de valores, cf. Díaz, C. (2000): *El libro de los valores personalistas comunitarios*, Madrid, Ed. Mounier.

6. Este autor y su lectura del asunto mencionado alientan, en parte, nuestro trabajo: *Pensar el Derecho*, Javier Barraca Mairal, Ed. Palabra, Madrid., 2015.

sión, condonación —«per-dón»—, etc. Esto, sin embargo, sin quebrar lo primero, pues ello ha de hacerse sin fusionar ambas fases o etapas y actitudes, en la labor del discernimiento jurídico. Tiene que operarse, aquí, una integración extremadamente cuidadosa y respetuosa. Esta integración no ha de extrañar a nadie, y menos a los característicamente justicieros, ni a los rigurosos profesionales o especialistas en lo jurídico, pues ya los juristas romanos afirmaron la insoluble unidad que existe entre el Derecho y el bien: *Ius est ars bonum et æqui*, reza la célebre definición de Celso de la propia esencia de lo jurídico⁷.

OTRAS CONSIDERACIONES PARA ARTICULAR LO JUSTO Y LO BUENO

Existen muchas otras consideraciones que nos parecen procedentes, para esta posible integración armónica. Vamos a enunciar, a modo ilustrativo, algunas de ellas, a continuación.

- Hay que captar cómo el conocido precepto de la ley del talión —«ojo por ojo y diente por diente»— supone ya un cierto efecto de la bondad o generosidad en lo justo, tal como hemos reivindicado. Esto, pues el humano vulnerado o agraviado por naturaleza tiende en su vindicación y auto-tutela a excederse y vengarse, aumentando en su respuesta el mal recibido por el otro, quien le dañó primero. Ya el código de Hammurabi se atiene, por esto, a esta regla de proporcionalidad y de mesura o limitación. Por otra parte, el «dar a cada uno lo suyo» requiere ya un cierto «dar», frente a la tendencia de retener o apropiarse uno mismo todo, para sí o para los propios.
- Si desde el inicio nos compadecemos, en lugar de examinar y juzgar la situación real, perjudicamos siempre a los terceros, pues ellos no están obligados a asumir o pagar nuestra generosidad ni a ver menoscabados sus derechos, lo que forzosamente termina sucediendo cuando los bienes

que hay para repartir en el grupo o comunidad resultan limitados. Debido a esto, el Estado debe hacer, primero y antes de nada, justicia, cuando sus representantes juzgan en Derecho. Si un profesor al evaluar califica siempre de modo idéntico a todos, sin atender en modo alguno a lo realizado o al esfuerzo, mezclando error y acierto, con indiferencia absoluta, disolviendo la verdad en la falsedad, lo bueno en lo malo, termina por incentivar la pereza y la desidia, al mostrarse injusto con quien ha progresado en su saber —quien ha aprendido— o se ha esforzado. El magistrado que, arrastrado por su propia compasión, en su acto directo de juzgar, corrige y altera siempre la equilibrada y verdadera evaluación, aplicando sin más el aforismo «por encima de la ley, está el corazón», termina por enojar a todos al final, como expone lúcido al relatar cierto simbólico hecho el magistrado A. del Moral⁸. A la postre, quien así obra, en cuanto juez, ha de abandonar pronto su labor, pues todos invocarán ese corazón superior a las normas, derechos y deberes, negándose al cabo unos a otros tales derechos y excusando el cumplimiento de sus respectivas responsabilidades u obligaciones jurídicas. De aquí, las siguientes reflexiones del magistrado citado: «No. Por encima de la ley no está el corazón. Pero tampoco ley y corazón son adversarios o contrincentes. No tienen por qué serlo. También en la ley, en su aplicación, se pueden encontrar rasgos de sentimiento y de misericordia que pueden responder a algunas exigencias del corazón. La ley nunca debe ser algo frío, deshumanizado. La justicia ha de participar de todo lo humano porque va dirigida a hombres y no a desnudos «delincuentes». Los «delincuentes», las «víctimas», los «jueces» son, antes que delincuentes, víctimas o jueces, y, sobre todo, hombres⁹.

Dado que la caridad no es exigible u obligatoria en Derecho, para todos y en cualquier sentido, lo justo

7. Celso, *Digesto*, I-1.

8. A. del Moral, Prólogo, en *Por una nueva Ley de Indulto*, de J. López-Medel Báscones, Ediciones de Librería Estudio, Santander, 2017.

9. *Ibidem*.

no puede preterirse de forma sistemática o automática frente a lo bueno, en el contexto específico de lo jurídico, a pesar de su superioridad ética (ni siquiera en la ética, cabe hacer forzoso y obligado lo mejor u óptimo en cualquier situación). Además, el alegato incesante de excepciones a lo justo termina por convertir en impracticable cualquier tarea honesta e imparcial de juzgar.

- Se debe interpretar la norma flexiblemente, con técnicas como la equidad jurídica, la analogía favorable o valores como el sentido común, la tópica jurídica, etc. También, ha de atenderse a principios y reglas muy diversos, dictados por la prevención, que iluminan lo positivamente preceptuado, como *in dubio pro reo*, «la presunción de inocencia», etc. Esto, ya que la justicia humana nunca es perfecta e incluye siempre algún grado de injusticia. Por esto, se dice que más vale el que un culpable se vea libre que castigar a un inocente. Pues —*summum ius, summa injuria*— una interpretación excesivamente rigurosa cae en injusticia con frecuencia y facilidad, dado que los juicios humanos nunca son justos del todo ni absolutamente. Por esto, hay que prevenir este hecho, y realizar una interpretación integradora, no literalizante, sino orientada al todo implicado, a su sentido o finalidad y a los diferentes elementos implicados por la captación de su significado más pleno¹⁰.
- Se debe «PERSONALIZAR» la actividad de juzgar, en cuanto debemos adaptarnos al sujeto, a la situación o caso y a los contextos concretos. Los propios seres humanos son ya únicos e incomparables. Hay que distinguir, por tanto, cuanto sea preciso, pues la igualdad jurídica no es la de lo idéntico ni la uniformidad, sino precisamente consiste en «la igualdad de los iguales», en hacer las distinciones justas según el caso específico. De aquí, la necesidad de conocer realmente la verdad de lo sucedido, así como la de entender —que

no siempre justificar, aprobar o excusar— a los actores, y la de comprender los contextos y situaciones, a fin de juzgar mejor y con más hondura. Esto conecta con una de las claves de la hermenéutica jurídica: la necesidad para toda interpretación fecunda de adentrarse en la historia de los sujetos, situaciones, casos, derechos y obligaciones. La hermenéutica advierte y exige que la comprensión se desarrolle desde el carácter y sentido profundamente históricos de lo humano, desde nuestra radical dimensión temporal (H. G. Gadamer)¹¹ y narrativa (P. Ricœur)¹². En definitiva, conviene conocer las diferentes historias de aquellos a los que va a comprometer nuestro juicio o evaluación.

- Ahora bien, también resulta necesario saber el que, después de discernir lo justo con respecto a las personas y los casos o situaciones concretas, y de dictaminarlo con fineza y delicada prudencia, cabe suavizar o aminorar el rigor de lo justo estricto. Esto es, tras alcanzar lo justo concreto, debemos abrirnos a criterios, valores y posibilidades que enriquecen el Derecho sin excluirlo. Ejemplos de ello se hallan en prácticas jurídicas tan arraigadas como suponen la revisión de los juicios y casos, el indulto apropiado, la condonación, la redención de penas, los beneficios penitenciarios, etc. En concreto, sobre el perdón y el valor de su papel en la justicia y el Derecho, considérense las siguientes palabras del mencionado A. del Moral: «El perdón es también una herramienta del Derecho Penal. Con ella nos acercamos también a la justicia. El perdón está también presente en la concepción popular de la justicia según ha demostrado algún penalista, porque el perdón (saber perdonar; saber ser perdonado) es elemento esencial de toda vida humana. Sin el perdón la convivencia es menos convivencia; porque el hombre se hace menos hombre. Por eso no comparto la oposición tajante entre perdón y misericordia —elementos que

10. Código Civil, art. 3.

11. Gadamer, H.-G.: *Verdad y Método* (I), Sígueme, Salamanca, 1977.

12. AA.VV., *Los fundamentos filosóficos de los Derechos Humanos*, coord. de P. Ricœur, Ed. Serbal, UNESCO, París, 1985.

solo tendrían sentido en el ámbito de la moral personal o colectiva— y justicia legal que tendría que permanecer absolutamente impermeable a esos conceptos para no contaminarse con ingredientes ajenos a las exigencias de la justicia. El perdón ha de jugar un papel en el derecho penal; un papel exigido por la naturaleza humana a la que sirven las leyes penales»¹³.

Para iluminar esta forma de proceder, Lévinas¹⁴ explica que todo juez humano ha de juzgar primero con los ojos vendados, mas luego —tras su inicial valoración— ha de dejar caer la cinta de sus ojos y mirar a los ojos del justiciable. Así cabe entender casos arduos, como el del hoy anciano que cometió, en su pasado, execrables crímenes contra los Derechos Humanos de otros, en realidad inextinguibles e imprescriptibles. Pues bien, también él debe ser juzgado y condenado en Derecho, aun hoy, pues sus víctimas y la sociedad misma merecen obtener justicia. Sin embargo, esto no implica el que no quepa, al tiempo, el tratarlo también, durante y tras el proceso, benevolentemente, en atención a su estado concreto, e incluso el que incluso condenado no proceda su reclusión o que no se le aplique finalmente la pena merecida, a causa de medidas humanitarias, de benevolencia y clemencia, por determinados motivos siempre proporcionados (como una extrema ancianidad o debilidad o enfermedad grave, etc.) También se dice que el juez que condena justamente al

verdadero deudor a pagar, puede luego como particular auxiliarle o ayudarle. Pero esto no comporta, necesariamente, avalar cualquier alteración benéfica para alguien al discernir lo justo (pensemos en los perjuicios que ha planteado la extrapolación o ampliación generalizada y sistemática del recurso a las cuotas de discriminación inversa o favorable, en ciertas ocasiones, etc.).

A MODO DE CONCLUSIÓN

En síntesis, es la fragilidad que palpita siempre en nuestro ser lo que ha de inspirarnos el integrar, humildemente, en cada esforzado juicio jurídico o del Derecho, el valor apaciguador y compasivo de la misericordia. Debido a esto, estamos llamados a articular, con prudencia y delicadeza, la justicia y la misericordia, de la que la primera al cabo procede. A ello cabe, seguramente, sumar un motivo final muy hondo, para procurar esta conjugación entre el ámbito de lo equitativo y el de la bondad o el amor: el que también con nosotros, desde lo más alto, se ha tenido y tiene misericordia en el juicio. Luego igualmente nosotros «debemos» esta misma benevolencia, de algún modo, a nuestros congéneres. ¿O es que, acaso, incurriremos en el infame rigor de quien, tras verse perdonado en su deuda, enorme e inmensa, oprime luego en cambio, implacable, a su propio deudor, a causa de otra, exigua, mínima y ridícula?¹⁵

13. A. del Moral, cit.

14. Cf. «Una distinción levinasiana capital para los Derechos Humanos: los derechos del otro y el tercero», *revista Prisma jurídico*, J. Barraca Mairal, vol. 12, n.º1, Sao Paulo, UNINOVE, Brasil, (enero-junio) 2013, pp. 201-223.

15. *Mt* 18, 21-35.

La colección LINCE-O y Padua, la ciudad de los prodigios

1. INTRODUCCIÓN

Un acontecimiento académico notable es la aparición de esta colección de libros, destinada a marcar un hito en el mundo del pensamiento. Antes de describir su origen y fundamentos, considero necesario referirme al lugar donde nace: la ciudad de Padua, en el norte de Italia, próxima a Venecia, y la aureola que la envuelve por una sucesión de prodigios que crea en ella un clima propicio a la excelencia.

La ciudad de Padua (Padova, en italiano), dice la leyenda que fue fundada por Antenor, refugiado de Troya, antes del 300 a. C., y ya resulta extraordinario que en una de las calles céntricas de la ciudad exista sobre cuatro columnas un sarcófago con los restos de esta leyenda.

Desde este siglo IV a. C. la llamada entonces Patavium era una de las ciudades más prósperas del Imperio Romano. Fue destruida por los longobardos.

Renace como una comuna libre que en el siglo XV se vincula a la República de Venecia.

2. PRIMER PRODIGIO

Esa red de prodigios que le imprimen una atmósfera especial se inicia tal vez con la llegada de aquel fraile franciscano, nacido en Lisboa en 1195 y que tomará el nombre de Antonio de Padua para morir en esta

ciudad y alcanzar de forma relampagueante la santidad y el título de doctor evangélico.

El encuentro entre Antonio y Francisco en Asís (1221) —los futuros santos admirables— es otro acontecimiento crucial. A partir de entonces Antonio deslumbra a las muchedumbres por la elocuencia de sus predicaciones que conmueven a las gentes como no se había visto y oído hasta entonces. Este franciscano denuncia especialmente la avaricia y la usura, promueve la justicia y conmueve con su palabra a los pueblos. El futuro santo vive episodios místicos, como la bilocación que supone ser entendido por los peces, a los que predica, cuando algunas gentes desprecian sus sermones.

Muere a los 35 años, el 13 de junio de 1231, a las puertas de Padua, con fama de santo universal, famoso por sus milagros y sus predicas conmovedoras.

La ciudad de Padua va a construir en su honor una notable Basílica gótica, con cúpulas de estilo bizantino, de una extraordinaria belleza exterior e interior, donde se conserva el sepulcro del santo, objeto de peregrinaciones hasta nuestros días y una capilla de sus reliquias —y las de otros santos—, entre las que destaca la lengua incorrupta de San Antonio, tal como se descubrió al abrir su sepulcro años después de su muerte. Esta aureola franciscana envuelve a la ciudad y es uno de sus primeros prodigios.

Oficio de escribir



3. SEGUNDO PRODIGIO

Es necesario recurrir a otro signo de excepción en esta sucesión de prodigios. Me refiero a la Capilla de los Scrovegni o también llamada capilla de la Arena, mandada construir por Enrico Scrovegni, por los pecados de su padre, un destacado usurero. Los frescos que cubren completamente el interior de esta capilla los pintó entre 1305 y 1306 Giotto, y van a suponer el salto desde la pintura medieval al inicio del Renacimiento y de la pintura del mundo moderno. Los 36 cuadros que recubren las paredes representan la vida de San Joaquín, de Santa Ana y de la Virgen, así como de la vida de Cristo, y por debajo, alegorías de las pasiones, de los vicios y las virtudes, con figuras tridimensionales que tienen gestos y expresiones de personas en crisis o bajo presión, que manifiestan las diferentes pasiones como no se había pintado ni visto hasta entonces. Al fondo, una prodigiosa representación del Juicio Final, al que están destinados tanto los portadores de virtudes como de vicios, y donde aparecen figuras humanas y de bestias tan sobrecogedoras que nos hacen pensar que el Bosco debió inspirarse en algunas de ellas para su Jardín de las Delicias.

Esta capilla de la Arena o de los Scrovegni es otro de los prodigios de Padua, que le da una posición única en la historia del arte.

4. TERCER PRODIGIO

En este triángulo mágico de los prodigios de Padua, hemos de referirnos, finalmente, al nacimiento de su Universidad en 1222. La historia nos cuenta que pocos años después de que se creara la Universidad de Bolonia, estudiantes y profesores de ésta, disgustados por la falta de libertad y la opresión de ideas, la abandonaron —la cual cerró unos años— y se trasladaron a Padua, en donde se les permitió crear una nueva como un espacio de respiración libre, de libertad de conciencia y de pensamiento y también de responsabilidad porque fue gobernada por los propios estudiantes, los que reconocían y respetaban

la valía de los mejores maestros, a la vez que exaltaban la verdad y libertad de pensamiento.

En medio del oscurantismo de la época, de tantas formas de fanatismo y las hogueras que quemaron a no pocos mártires de esa libertad de conciencia y pensamiento, Padua se convierte en un faro de atracción al que acuden, ansiosos tanto de esa libertad como de la calidad de la enseñanza y la investigación, alumnos de toda Europa. En la Sala dei Quaranta se representa este número de los más destacados alumnos de las diferentes naciones que allí acudieron. En esta Sala se muestra también la cátedra de madera que los estudiantes construyeron para oír las lecciones de unos de sus maestros más egregios, Galileo Galilei, que dijo que allí vivió los 18 años más felices de su vida y pudo explicar e investigar sin trabas sus revolucionarias ideas sobre la teoría del Sol como centro alrededor del cual giraban los planetas y, entre ellos, la Tierra. Le había precedido, años antes, como alumno, Nicolás Copérnico, que fue un precursor de estas ideas.

Otro dato excepcional en el mundo de los portentos de esta universidad es que allí se doctoró la primera mujer en la historia universal. La veneciana Elena Lucrezia Cornaro, nacida en 1646, realizó en Padua estudios de matemáticas, gramática, filosofía y teología, y el 25 de junio de 1678 defendió su tesis de doctorado en un discurso en latín clásico sobre las ideas de la física en Aristóteles, siendo aclamada por su brillantez como la primera mujer doctora en la historia universitaria, en el mundo. Fue profesora en distintas universidades europeas para retornar a enseñar matemáticas en su Universidad de Padua y en esta ciudad fue enterrada, porque era su deseo, en el Monasterio de Santa Giustina.

Y los prodigios de esta universidad continúan al ser forjadora del pensamiento médico científico moderno, a partir del siglo XVI, con figuras como Vesalio, Colombo o Harvey. Se creó allí el famoso Teatro Anatómico —Aula de Anatomía—, en 1594, y florecen técnicas médicas de todo tipo y conocimientos destacados. Recordemos la figura

Oficio de escribir

de su alumno, el inglés Harvey y sus estudios sobre la circulación de la sangre. La Escuela Médica de la Universidad de Padua sigue siendo un centro propulsor de ideas innovadoras hasta nuestros días.

5. LOS PRODIGIOS Y LAS COLECCIONES RECIÉN CREADAS

El entrecruzamiento de todos estos prodigios crea una atmosfera creativa peculiar y ello da razón, entre otros acontecimientos, de la aparición, a finales de 2017 de esta notable colección LINCE-O. Es de justicia reconocer el papel impulsor de su creadora y directora, la Profesora Antonella Cancellier que, desde su cátedra de Lengua y Traducción (Lengua Española) de esta Universidad de Padova, y como especialista en lingüística y semiótica en el campo de la lengua española, así como del análisis crítico de la literatura hispanoamericana, ha dado testimonio de un afán de perfeccionamiento y rigor en sus investigaciones que ahora culmina con estos proyectos hechos realidad. En la dirección le acompañan el profesor Vincenzo Milanesi, catedrático de Filosofía Moral, ex Rector de la Universidad de Padova y el profesor Telmo Pievani, catedrático de Filosofía de las Ciencias Biológicas y delegado del Rector de la Universidad de Padova para la comunicación científica.

Tal vez habría que recordar aquí aquella idea del filósofo Benedetto Croce, «solo la plenitud del pensar puede dar sentido a la vida». Ciertamente también la sensibilidad y realizar —como el título de otra obra suya— «La historia como hazaña de la libertad».

Tenemos necesariamente que hacer referencia a un antecedente próximo, también del 2017: la creación de otra colección precursora, «Las Nubes de Magallanes, colección de estudios transatlánticos», creada por la profesora Cancellier (Viterbo, Sette Città), y dirigida por ella y la profesora Marisa Martínez Pérsico. Este título nace de una constelación formada por dos galaxias, de pequeñas dimensiones, conectadas con un puente luminoso, y visibles desde el hemisferio austral. Fueron descritas por primera vez por Antonio Pigafetta, nacido en la ciudad de

Vicenza, próxima a Padua y participe en aquella expedición, que duró tres años, 1519-1522, que inició Magallanes y culminó Juan Sebastián Elcano y supuso el primer viaje alrededor del globo terrestre. Es decir, otro prodigio que iba a cambiar la concepción de nuestro mundo.

Pigafetta, primero en su diario, y luego en la *Relación del primer viaje alrededor del mundo* (Venecia, 1536), dio testimonio de este acontecimiento excepcional.

Las dos galaxias que inspiran el nombre de la Colección, metafóricamente también lo hacen a los contenidos de la misma, cuya principal propuesta radica en la circulación de ideas y pensamientos, el discurso interdisciplinar y el sentido de la complejidad, así como las relaciones entre Europa y América.

En esta narración de excepciones que pareciera exagerada, hay que decir que el primer número de esta Colección, ya publicado, supone una reedición de la versión bilingüe, español e italiano, de la obra de José Enrique Rodó, *Ariel*. Traducción cuya primera versión al italiano ya realizó en 1999 la doctora Cancellier, ahora renovada en sus notas actualizadas, cuenta con la nueva presentación de otro gran maestro, el doctor José Luis Abellán.

En 2017 se cumplía el centenario de la muerte de Rodó en Palermo, Sicilia, y el *Ariel*, escrito en 1900, y dedicado a la juventud de América, es otro prodigio a destacar, tanto por su estilo y riqueza lingüística, como por el reclamo de la lucha por la identidad iberoamericana, inspirada en los valores del mundo clásico.

6. LA COLECCIÓN LINCE-O

Llegamos ya a nuestra colección LINCE-O. Su nombre evoca también la figura de ese animal de prodigios, el lince, que en la Península Ibérica está encontrando uno de sus últimos refugios.

La colección, según la profesora Cancellier, su directora y creadora, se propone interrelacionar la ciencia con el arte, la literatura y las múltiples formas

Oficio de escribir

de la cultura. No se queda ello en un enunciado teórico, sino que su mejor testimonio son los tres primeros libros que acaba de publicar.

Los dos primeros son los poemas de una autora excepcional, Clara Janés, enamorada de Padua y fascinada por Galileo y verdadera adelantada, como poetisa en lengua española, de la evocación poética en la naturaleza y en la ciencia, de los elementos materiales y orgánicos que la componen y de sus restos originarios, en dos libros extraordinarios de poemas titulados *Lapidario* y *Fósiles*, cuya traducción y edición son realizados también por la profesora Antonella Cancellier.

El tercer volumen de la Colección, con más de 600 páginas, pero que aparece en simultáneo a los dos primeros, se titula *El Corazón es Centro*, que es un verso de María Zambrano, y que dio también título al Coloquio Internacional e Interdisciplinario celebrado en Padua del 6 al 8 de octubre de 2016, organizado y presidido por la profesora Cancellier en torno a las narraciones, representaciones y metáforas del corazón en el mundo hispánico. Se recogen en él, pues, trabajos (la gran mayoría en español) tanto en el campo de la medicina como de la política, de la lingüística, de la literatura, de las artes visuales, de la filosofía y de la antropología cultural del mundo hispánico. Prestándose atención a las emociones, las pasiones y los sentimientos del corazón que tanto se han evocado en el mundo creativo de la ciencia y también de la literatura.

Ahora bien, si esta es la atmosfera que como una emanación natural da nacimiento a estas dos colecciones y en especial a la de LINCE-O, no quiero terminar de evocar este mundo prodigioso sin exponer las claves, orígenes y fundamentos que para mí tiene este título.

7. CLAVES Y FUENTES DE LINCE-O

Hay dos fuentes inspiradoras de esta Colección: una, antigua, en la mitología griega. Allí se encuentra la figura de Linceo, hijo de Afareo, rey de Mesenia, que junto a su hermano Idas, participó en la expedi-

ción de los Argonautas, a la búsqueda del «vellocino de oro».

Apolonio de Rodas (295 a. C.-215 a. C.), autor del poema épico *El viaje de los Argonautas*, escribe (Libro I, 157-155):

Venían desde Arena (...) Linceo y el orgulloso Idas (...). Linceo sobresalía sobre todo por su agudísima vista, si es verdad la noticia que decía que el héroe podía ver con toda facilidad, incluso debajo de la tierra.

Esa mirada prodigiosa, que atravesaba los objetos, puede ser la de la ciencia y el arte, una forma de leer el mundo.

La finura de la estampa felina del linco, realizada por la brillantez de sus ojos, es nuestra enseña.

La otra fuente más próxima, es la de la Accademia Nazionale dei Lincei, fundada en 1603 por el noble Federico Cesi, y otros tres amigos, en Roma. Abierta a todos los saberes —primero las ciencias naturales y más tarde las sociales y humanas—, defensora del espíritu innovador e indagador. La Accademia adoptó el linco de la cubierta del libro *Magia Naturalis* (1558), de Giambattista della Porta, a la vez que integraba al autor de esta notable obra.

En aquella época (Venecia, 1610) Galileo había publicado su obra *Sidereus Nuncius* (*El Mensajero Sideral*), donde ya enunciaba la revolución heliocéntrica. Este gran científico y profesor de la Universidad de Padova, es incorporado al año siguiente, como quinto miembro de la Accademia Nazionale dei Lincei, que lo apoyó y defendió contra todas las acechanzas y persecuciones. Allí publicó su extraordinario libro *Il Saggiatore* (1623). Desde su integración firmó como Galileo Galilei Linceo.

La aguda visión del linco simboliza la destreza para la observación de la realidad y de sí mismo, requerida para la ciencia, el arte y toda la cultura.

Creo que todas las ciencias y las artes suponen una tarea cooperativa y de apoyo mutuo. Incluso los grandes solitarios escriben en la añoranza de los otros, y de mejorarse en su comunicación.

Oficio de escribir

Artistas, científicos, literatos, en prosa o en verso, reciben información del mundo y sus gentes y de las experiencias de su entorno. La agudeza de su perceptividad de los estímulos, los saberes, las vivencias y sensibilidades de los demás, es clave de su obra creativa.

La vista del lince supone, por tanto, un entendimiento sagaz y perspicaz. Agilidad física y mental. Tal vez más necesaria en esa especie de los lince, de frágil naturaleza, y por ello, gran vulnerabilidad, y riesgo de supervivencia. En ello existe una indudable analogía con la especie humana, perseguida por tantos peligros, en un entorno autodestructivo.

Habrà, pues, que acoger aquì, en esta notable colección, todas aquellas miradas penetrantes que indaguen sobre los caminos de salvación y superación de nuestra especie, que deberán aferrarse a asideros de ayuda mutua.

Sólo así descubriremos esa nueva estrella que nos ilumine, como faro inextinguible, en ese mestizaje de ética, conocimiento y belleza.

Tal como fue la nueva estrella de la cual la Accademia Nazionale dei Lincei, dio noticia en su primera publicación (1605).

Ningún valor humano nos es ajeno.

Nota: Para más información sobre los Comités Editoriales y Comités Científicos Internacionales, normas de publicación y de aceptación de originales en estas Colecciones, se pueden dirigir a su directora (antonellacanceller@yahoo.it).



Quinario Santo

XXX

Lucas XIX, 28-40

Es Domingo de Ramos. Por las calles
¡quién celebrara el eco de tus pasos,
dos mil años después! O los detalles
de tu voz, Raboní. O con los pedazos

de los peces y el pan, la Eucaristía.
Somos gentes del Libro, ¡ah, Jesús!, pero
más lo somos de Ti: de tu Epifanía
y tu Resurrección, Dios verdadero.

Es Domingo de Ramos, mes de abril.
Un grupo de cristianos —atardece—
rendimos homenaje a Iqbal Mashib.

Señor, la romería Te enaltece,
¡si lo sé!, solo que la esclavitud infantil,
¡sí, el drama!, cuatrocientos millones... Anochece

sobre el mundo una noche rota de paz
y de cristales.

XXXI

Juan XII, 1-11

Lunes Santo. Seis días antes de ir a la Pascua
Jesús va hacia Betania, lugar donde su amado
Lázaro lo invitara a comer. Marta, de un lado
al otro de la casa; María, que es un ascua

de amor por su Rabí, con buen perfume de nardo
le ama los pies. María quiere la mejor dote:
ungir al Nazareno; mas Judas Iscariote,
sin duda la peor. Reparando así en su fardo:

Vendería el perfume por trescientos denarios...

Rabí, ¿te vendería también, yo como Judas,
a traición, o sería la María enamorada?
¿Sería Marta y sus quehaceres varios?
¿Las muchedumbres de judíos rudas?
¿Los fariseos de la ley jurada?

XXXII

Juan XIII, 21-33. 36-38

Martes Santo. Jesús, de compungido
por la traición de Judas Iscariote,
repara en sus discípulos: Simón el Zelote,
Santiago, Pedro, Juan, Andrés... Son sus doce
[amigos.

Si no fuera por ellos ¿estarían a la mesa?
Pero ¿y por Judas y por su traición?
Sin el gesto de Judas, ¿la Pasión
no habría sido? Judas, en pos de la promesa

para la Redención ¿se autoinmoló?
Autoinmolado Judas, ¿fue la culpa
sólo tuya o es que todo estaba escrito?

Quién lo hubiera... Yo siento que tu culpa,
Judas, fue la avaricia. Si Él te amó
también entre los suyos, ¿te hiciste tú el maldito?

XXXIII

Juan XVI, 14-25

Miércoles Santo. Judas Iscariote,
¡signarás con un beso tu traición!
Así, de cualquier beso harás que brote,
siglo tras siglo, sombra de traición.

Por el precio de compra de un esclavo,
tienes tasado ya al Hijo del hombre.
¡Hazlo pronto, traidor, sin menoscabo
de esa ambición ruin tuya, y que ahora no te
[asombre!

Mas todos somos Judas: las traiciones
suceden en el curso de la vida:
traiciones, más traiciones, negaciones,

y un gallo cantará a la amanecida.
La sombra de la horca es alargada.
Señor, del Malo líbranos, líbranos, Señor,
dale de tu agua eterna a mi fatiga,
que Tú eres el camino, la verdad y la vida.

TRIDUO PASCUAL

Juan XIII, 1-15. Juan XVIII, 1-19, 1-42. Juan XX, 1-9

Fraternidad que se hace Eucaristía,
la instituiste en tu Jueves de Pasión.
Dios, ¿por qué el desamor de cada día
prefiero y no el pan de tu comunión?

Es Viernes Santo de tu sepultura,
¡quiénes creyeran tu Resurrección!
Es tu Pascua florida. Y la amargura
¡quién la volviera flor del corazón!

Sábado Santo. El mundo se prepara
para la insurrección de los sentidos;
también a esa pasión yo me llegara...

Pero es Domingo en tu Resurrección:
¡triunfo sobre la muerte y los olvidos!,
¡triunfo sobre el pecado y los sentidos!

■ Análisis



Soledad

PRESENTACIÓN

En enero del presente año la primera ministra del Reino Unido sorprendía al país con la decisión de crear un Ministerio de la Soledad. La noticia tuvo un eco inmediato en toda Europa. La nación del *Brexit*, que se aísla del resto de Europa es una sociedad infectada de aislamiento en el interior de sus fronteras. Theresa May reconocía un problema social arraigado en las sociedades que han sido presas del individualismo rampante de la modernidad, y que se ha ido ahondando desenfrenadamente.

«Para demasiadas personas la soledad es la triste realidad de la vida moderna», decía, añadiendo detalles que ponían en evidencia la miseria inconfesable de esa vida: más de 9 millones de personas se sienten solas siempre o con mucha frecuencia, 200.000 personas mayores confiesan no haber tenido una conversación con un amigo o familiar durante más de un año, uno de cada 10 británicos vive solo, el 6% de la población no tiene a nadie a quien pedir ayuda en caso de necesidad, hay sectores de la población especialmente vulnerables a la soledad como son los ancianos, los discapacitados, pero también preocupa que los jóvenes entre 18 y 24 años cada vez se sienten más solos.

En España la situación no es mejor. El 8% de la población vive aislada, ya sea por decisión propia o involuntariamente. Cuatro millones de españoles dicen sentirse solos.

Esta imagen de la sociedad moderna produce escalofríos. Podemos cuestionar que el desarrollo de políticas frente a la soledad sea el mejor remedio para restaurar las costuras íntimas que han saltado en el tejido social, pero al menos la decisión ha tenido el efecto benéfico de reconocer un mal social que no se ha mirado cara a cara y cuyos daños son inmensos.

Dejando a un lado esa especie de soledad virtuosa, buscada, aceptada y querida, que hace crecer a la persona, hay que enfocar la mirada en esa otra soledad destructiva que no sólo es un mal personal, sino que ya se ha transformado en un mal social, que ha intoxicado silenciosamente a la sociedad causando una fragmentación galopante de las relaciones sociales hasta los niveles más íntimos.

¿Por qué hemos llegado a este estado? ¿Hasta dónde pueden llegar nuestras sociedades y que viabilidad tienen si la tendencia actual sigue avanzando? ¿Qué hay que hacer para salir de ese estado y superar las consecuencias, si es que realmente queremos superarlo?

LUIS FERREIRO
Director de *Acontecimiento*

El problema de la soledad destructiva debe ser examinado a fondo para ver en qué consiste, cuál es su origen, cuáles sus consecuencias para las personas —se reconoce que es perjudicial para la salud física y psíquica—, y para la sociedad en su conjunto.

La soledad nunca se da sola, está encuadrada en una constelación de problemas que la califican y le dan una figura más o menos amenazante, con consecuencias muy diversas. Dos vertientes destacan, una es la soledad física, objetiva, que se puede describir como la ausencia o la pobreza de relaciones humanas, que puede traer consigo la inseguridad, la falta de apoyos, la incomunicación, etc. La otra es soledad psíquica o sentimiento de soledad que invade a personas solas o, lo que es paradójico, a personas que tienen compañía, lo cual refleja una situación existencial de privación de algún nutriente de humanidad que el entorno humano no da o que la persona no sabe o no puede hallar.

Privación de la presencia del otro, privación de la comunión con el otro en seres humanos que anhelan, lo sepan o no, ser nutridos y queridos por otro. Privación en la que se cae por descuido, o porque se ha reprimido ese deseo del otro, o porque se ha fomentado la desviación del deseo hacia fuentes que satisfacen superficialmente pero no apagan la sed de alteridad.

Afrontar el mal de la soledad contemporánea obliga a revisar toda la deriva de la modernidad como consecuencia de la invención del individuo. Cinco siglos sembrando individualismo han dado lugar a la fragmentación social, de la cual no puede obtenerse otra cosecha que la funesta soledad que crece en el corazón de las masas.

La profusión de medios de comunicación, de extensión de las redes sociales, acaso denota la herida profunda de la soledad interior, que impulsa a tantas gentes hacia una comunicación superficial, constante, múltiple e indiscriminada. Vano intento de superación que embota aún más, falso remedio que sólo lleva a una ilusión de compañía, al aire de lo agradable —no estás solo, porque... «me gusta»—, que se desvanecerá al soplo del primer disgusto.

No caben remedios fáciles, salir de la soledad pasa por recuperar la hondura de lo humano y la solidaridad: el cultivo de la amistad, la promesa compartida, el compromiso indisoluble, la fidelidad renovada, la atención a los pobres, enfermos, solitarios... Remedios no tanto políticos, sino comunitarios, en una sociedad que debe ser transformada por el espíritu de comunidad. 

ALGUNOS SOLITARISMOS

CARLOS DÍAZ

Miembro del Instituto E. Mounier



Por definición, cuando más me siento en soledad es cuando menos existo en realidad.

Por reduplicación, cuando me siento en grosera soledad ni siquiera me siento.

Por contraposición, quien más sólo está es quien menos existe.

Por relacionalidad, la soledad es siempre cosa de dos: entonces uno de ellos o ambos andan perdidos y demediados sin el otro.

Por convicción, no puedo afirmar que de mis soledades voy y a mis soledades vengo, ya que —sin ninguna relación con nadie— nadie es nadie, ni siquiera la soledad.

Por derivación, cuando me siento en soledad es porque estoy en mala compañía, a saber, la mala compañía de no tener compañía, ni buena ni mala.

Por petulancia, el hombre que dice «estoy solo» es el mismo que dice «sólo sé que no sé nada»: lo primero es demasiado yo quejándose de la poquedad de su yo, lo segundo demasiada sabiduría lamentándose de su poca sabiduría. Dos formas de una misma inmodestia.

Por naufragio, el solitario ofrece su mano demasiado rápidamente al primero que llega.

Por desesperación, el solitario ahoga la mano salvadora que pretendía rescatarle.

Por memez, no pocos narcisistas (y llamamos el nombre de uno muy afamado entre ellos) aseguran que la soledad es la gran talladora del espíritu. Pobre talla y pobre talle.

Por higiene, la mancha de la soledad, no siendo la mancha de la mora, no se quita con otra soledad más grande y profunda.

Por desgracia, demasiadas sociedades no pasan de ser colectivos apanicados por el miedo a la soledad personal. Allí casi todos son casi nadie.

Por extensión, demasiadas intimidades no pasan de ser refugios mórbidos por desconfianza de la comunión interpersonal. ¡Cuánto miedo!

Por constitución, cien años de soledad no hay mente que los aguante ni cuerpo que los resista, aunque sí autor que los escriba y describa.

Dudo que pueda alcanzar la máxima soledad posible quien no se interese por la máxima compañía posible, por igual motivo dudo que pueda alcanzar la máxima compañía posible quien no se interese por la máxima soledad posible.

La soledad es también un problema deportivo: o te pasas o no llegas, y en consecuencia una manifestación rigurosa de la insuficiencia y limitación de los espíritus, incluso de los más arriesgados.

Sólo el máximo ser —el único Dios— sería capaz de ser al mismo tiempo el máximo solitario, el único solitario. Pero aquí hablaríamos ya de una unisoleidad polipresencial cuya sola mención excede de los límites de la mera razón humana. Esa podría ser la raíz del misterio de Dios en la coincidencia de los opuestos. Quién sabe.

De la soledad no cabe afirmar que cuando ella está yo no estoy, ni lo contrario. Lo malo de la soledad es que ella está para quien no está, e incluso también para quien no está del todo. Demasiados celulares. ¿Estamos?

La muerte conllevaría la muerte de la soledad, pero no su solución sino su agravación por desesperanza.

La muerte no sería la solución si en ella no hubiera algún tipo de vida; tampoco la vida evitaría la soledad si en ella no reconociésemos la presencia en ella de un poco de muerte.

La máxima muerte coincidiría con la máxima soledad, esto es, con el desgarró, la oclusión y el destierro.

Tú me matas cuando me desgarras y abandonas ocluyendo nuestra relación interpersonal. Yo te mato cuando te desgarró y abandono ocluyendo nuestra relación interpersonal.

¿Y qué pasa cuando tú a mí y yo a ti nos hacemos sentirnos más solos?

Dos soledades unidas por una mano: mano a mano con la soledad.

Una soledad más otra soledad no hacen soledad común. Una mala compañía más otra mala compañía no hacen compañía alguna. Ni sólo, ni mal acompañado.

Hay que hacerse una sana soledad para lograr una sana compañía. Dependencias no, gracias.

Existe una soledad preconventional que incapacita para decir tú; está otra soledad convencional que sólo capacita para el compadreo utilitario; finalmente hace acto de presencia una soledad posconventional que socializando la soledad socializa la comunidad. Estas últimas son las más capaces de grandes amistades.

Recétate tiempo para tu soledad de altura. Esta es la razón por la cual el secreto de una buena vejez es un pacto honrado con la soledad honrada, no con cualquier soledad erizada, es decir, a la defensiva y con púas.

Yo lucho contra la tentación de esa soledad desesperada que —a modo de remordimiento— absorbe mi alma sana y la degrada generando un monstruo verde y viscoso que ya sólo sabe despreciar. Y lo siento. 

LOS ESPAÑOLES ANTE LA SOLEDAD

ENCARNA AYUSO

Enfermera. Miembro del Instituto E. Mounier, Madrid

INTRODUCCIÓN

La soledad aumenta progresivamente en nuestras sociedades desarrolladas y envejecidas, comienza a ser un fenómeno preocupante en la actualidad, tanto que ya forma parte de la agenda política de algún gobierno europeo; a comienzos del año presente nos sorprendía la noticia de que en el Reino Unido la soledad afecta a nueve millones de personas, el 13,7% de la población total, lo que ha obligado a la primera ministra británica Theresa May a tomar cartas en el asunto, creando el Ministerio de la Soledad. Se estima que en ese país la mitad de los ancianos de más 75 años viven solos, unos dos millones de personas. Muchos de ellos pasan días, incluso semanas, sin ningún tipo de interacción social (www.bbc.com/mundo/noticias-42723066).

¿Los europeos se sienten solos? Bajo este epígrafe aparecieron unos datos publicados en 2015 por Eurostat (<http://ec.europa.eu/eurostat/web/products-eurostat-news/-/DDN-20170628-1>) en los que se revelaba que el 6% de la población mayor de 16 años de la UE «no tiene a nadie para pedir ayuda si la necesita». Este porcentaje se disparaba en Italia y Luxemburgo, alcanzando el 13%. La situación se ve mejor en la República Checa, Finlandia, Eslovaquia y Suecia, donde solo el 2% de la población dijo que no tenían a nadie a quien pedir ayuda si fuera necesario. Cerca encontramos a España, alcanzando el 2,3%.

El mismo porcentaje de la Unión Europea, un 6%, «no tiene a nadie con quien pueda discutir sus asuntos personales».

Aquí las cifras más altas se registraron en Francia e Italia (12%) y las más bajas en Chipre, España, Eslovaquia, la República Checa y Hungría (2%).

El estudio de Eurostat precisa que la mayoría de los solitarios viven en grandes ciudades, entre el 6,4% y el 6,1%. El perfil más común de personas aisladas es el de hombres solteros y de edad avanzada que viven solos.

La desigualdad de ingresos parece tener un efecto sobre el aislamiento social, ya que esta tasa fue más del doble entre los europeos con los ingresos más bajos que entre los que tenían los ingresos más altos.

No existen muchos estudios que hayan investigado el fenómeno de la soledad a fondo, pues es este un tema complejo, con muchas aristas, y un concepto difícil de definir y sobre todo difícil de medir.

En lo que sigue haré referencia a un estudio pionero sobre la soledad en España, publicado en 2015, por iniciativa de la Fundación ONCE y la Fundación AXA. Se trata de una investigación sobre el fenómeno de la soledad realizada por Juan Díez Nicolás¹ y María Moreno Páez². Una investigación sólida, con una amplia muestra poblacional, cuyo objeto de estudio es conocer el grado de soledad de los españoles, sus causas y sus consecuencias. Conocer su incidencia y los principales factores que la explican, y analizar sus consecuencias en la sociedad española, en particular en las personas con discapacidad, puesto que se considera que conforman un colectivo especialmente vulnerable. Así mismo investiga acerca de los instrumentos necesarios que permitan mitigar o combatir los sentimientos de soledad y aislamiento; qué agentes deberían intervenir y cuál es el papel de la sociedad civil. Un estudio complejo y que sin duda será referencia para muchos otros estudios.

No me detendré tanto en los datos, muy profusos, como cabe esperar de un estudio sociológico, cuanto en señalar los puntos más importantes que configuran

1. Catedrático Emérito de Sociología, Universidad Complutense de Madrid. Fundador de Análisis Sociológicos, Económicos y Políticos, S.A., (ASEP).

2. Socióloga.

esta investigación y que son muy esclarecedores respecto a lo que se entiende por soledad.

CONCEPTO DE SOLEDAD

La soledad es entendida como un sentimiento complejo, ligado a múltiples aspectos, causas y significados, que han ido variando en el espacio, tiempo e incluso en diferentes contextos en los que se ha podido manifestar.

Es un fenómeno con una variedad conceptual amplia, pero en lo que las distintas disciplinas convergen con respecto a la soledad es en la ausencia o el déficit de relaciones interpersonales. Generalmente ha tendido a mostrarse como un elemento negativo, a la vez que perjudicial para el individuo cuando además se asocia con el aislamiento o la falta de sentido. La presencia de dolor, sufrimiento, angustia, ansiedad ante pérdida de contacto con los demás formarían parte de la vivencia de la soledad, «una de las peores sensaciones que puede tener el ser humano». Otros autores apuntan a que la soledad es un fenómeno asociado a la calidad de las relaciones interpersonales. A diferencia de la emocional, la soledad social se encontraría más ligada a la cantidad y calidad de las relaciones sociales, y alude más bien a la falta de sentido de pertenencia o integración a una comunidad o red social.

Ambas dimensiones de la soledad son tomadas en cuenta por los investigadores, para los que la soledad tendría como elementos: la falta de interacción social desde el punto de vista cuantitativo (cantidad) o cualitativo (calidad); la percepción subjetiva que el individuo tiene de las relaciones o de las redes de las que dispone; y la experiencia de ser un fenómeno emocionalmente negativo. Así mismo la definición de soledad que adoptan en esta investigación es la de «un fenómeno multidimensional psicológico potencialmente estresante; resultado de carencias afectivas, sociales y/o físicas, reales o percibidas, que tiene un impacto diferencial sobre la salud psicológica y física de la persona» (Montero, López y Sánchez Sosa, 2001). A la hora de medir la soledad toman como referencia la clasificación elaborada por Ramona Rubio y Manuel Aleixandre. Esta concepción diferencia dos dimensiones, que son la base del desarrollo de la investigación: la soledad objetiva, que hace referencia a la inexistencia de compañía, bien sea temporal o permanente, pero desde el punto de vista de la elección, búsqueda o deseo del propio individuo, y la soledad subjetiva, que se refiere a la soledad sentida.

SOLEDAD OBJETIVA Y SOLEDAD SUBJETIVA

Este doble sentido de la soledad se deja ver en el discurso de los expertos entrevistados. Describen la soledad objetiva como el hecho de estar solo, incluso aislado; algunos piensan que esta soledad cuando se vive desde el «querer» puede ser muy positiva, incluso enriquecedora para la persona. No obstante, desde otra perspectiva también podría entenderse como la soledad física, la falta de compañía medida en términos de número de relaciones en la vida del individuo, bien sean familiares, sociales, personales, laborales u otras. Por lo tanto, dentro de la soledad objetiva hay una doble tipología: *la soledad buscada* o por elección propia, que hace referencia a la soledad de las personas que no tienen relaciones sociales porque así lo desean, y la soledad *no deseada*, que es la que carece de relaciones sociales, a pesar de desearlas. Esta desembocaría en una soledad más subjetiva, y en una sensación profunda de aislamiento.

La soledad subjetiva no es una situación buscada, sino que es una situación obligada por circunstancias personales de quienes la sufren. Es sentirse solo a pesar de convivir, relacionarse o estar acompañado de otras personas, bien por la propia manera de ser del individuo, porque hay déficit de comunicación o por la situación económica, social o circunstancias. Está catalogada como la soledad más demoledora, además de preocupante, porque este tipo de soledad se vive de manera impuesta, en contra de la voluntad del individuo, y se sufre en términos de carencias. Existe un déficit en la autopercepción y valoración de uno mismo.

La soledad objetiva es más conocida, está más controlada y se sabe que se concentra en determinados grupos de población, como es el caso de los mayores o las familias monoparentales. La soledad que realmente está aumentando en mayor proporción es la subjetiva, más difícil de medir y localizar.

«ESTAR SOLO», «ESTAR AISLADO» Y «SENTIR SOLEDAD»

Desde la perspectiva de los dos rostros de la soledad el significado de «estar solo» implicaría el aislamiento social, la falta de compañía, la carencia de redes sociales, que no siempre se vive como una experiencia desagradable, sino que puede también darse desde la búsqueda personal como algo enriquecedor. Sin embargo, el sentimiento que realmente se asocia a la soledad más perjudicial y negativa es el «sentirse solo», al representar un sentimiento no buscado y que puede darse incluso cuando se dispone de una

red social. Soledad que se experimenta en la compañía de los otros.

También se remarca que la soledad es una experiencia diferente al aislamiento, si bien igual de desagradable para el individuo. El aislamiento social hace referencia a la ausencia *involuntaria* de contactos sociales; desde una perspectiva más subjetiva, la soledad alude a la manera de experimentar interiormente esa falta de interacciones sociales.

«Estar solo», «estar aislado» y «sentir soledad» son estados diferentes, aunque se encuentran íntimamente relacionados. El individuo puede estar solo y no experimentar sentimientos de soledad, y aunque esta visión está muy relacionada con el aislamiento, se concibe como algo que se hace de manera voluntaria. El aislamiento social, sin embargo, está motivado por la necesidad o la pretensión del individuo de poseer vínculos con otras personas sin éxito. El aislamiento desde la elección sería «estar solo» y desde la obligación favorecería la aparición de la soledad, entendida como sentimiento negativo de vacío interior.

Demostrar esta diferencia constituye una de las principales hipótesis de este trabajo: Soledad no necesariamente es equivalente a aislamiento social. Vivir solo no significa vivir con carencia de relaciones (soledad voluntaria). Igualmente, vivir acompañado no significa tener muchas relaciones, se puede convivir con alguien y experimentar soledad (soledad impuesta).

En este punto el estudio concluye respecto a los que viven solos:

Un 19,5% de los españoles vive solo y un 80,1% acompañado, mientras que las respectivas proporciones entre las personas con alguna discapacidad son 18,4% y 79,7%. Y de los que viven solos, un 59,5% dice que lo hace porque quiere, voluntariamente, y esa proporción es del 57,6% en la muestra de personas con alguna discapacidad. En este sentido, se podría decir que solo un 7,9% de la muestra global de los españoles mayores de 18 años se puede considerar como realmente aislado, en cuanto que vive solo por obligación y no por voluntad propia. Este porcentaje es casi idéntico entre las personas con discapacidad (7,8%).

Y con respecto a los que viven acompañados:

En este punto el estudio concluye que un 52% de los españoles que viven acompañados afirma haber sentido la soledad en algún momento y un 27,5% de los españoles que viven solos afirman no sentir soledad en absoluto.

Entre las personas con discapacidad, un 9,2% de los que viven solos no ha sentido ninguna soledad y un 87,6% de los que viven acompañados ha sentido soledad alguna vez.

El aislamiento social depende de variables tales como la situación laboral, el nivel educativo, el lugar de residencia y los ingresos económicos.

La sociabilidad (no estar aislado socialmente) se basa sobre todo en las relaciones interpersonales cara a cara, pero también puede lograrse a través de las nuevas tecnologías (redes sociales), internet y el uso de los medios de transporte.

Sin embargo, se da la paradoja respecto a las tecnologías que, creadas para comunicarnos e informarnos en nuestra realidad cotidiana, nos aíslan y a veces fomentan el desarrollo de sentimientos depresivos y solitarios.

En el estudio se constata que la frecuencia de relaciones (familia, amigos, vecinos) es mayor entre las personas que viven acompañadas que entre las que viven solas, y en estas es mayor entre los que viven solos por decisión (solos voluntarios) que entre los que viven solos por obligación (solos obligados).

El consumo de medios de comunicación es algo mayor entre los que viven acompañados que entre los que viven solos. Por el contrario, el uso de redes sociales se da en mayor proporción entre los que viven solos que entre los que viven acompañados.

Los «solos voluntarios» no solo no están aislados, sino que parecen ser los más relacionados y los más sociables, mientras que los «solos obligados» son los menos sociables y los menos relacionados.

FACTORES Y CAUSAS QUE FAVORECEN LA SOLEDAD

Las variables que mejor explican tanto la sociabilidad como el aislamiento social son las variables individuales y sociodemográficas, como el sexo, la edad, el nivel educativo, la situación laboral, los ingresos, etc., y no otras variables que podrían denominarse como actitudinales (aunque sean propiedades del individuo y no del contexto social).

Según los investigadores, factores como el descenso de la natalidad o el aumento de la esperanza de vida han provocado el aumento de las personas mayores en la pirámide poblacional y son causa de aparición de la soledad. Según datos del INE, el 40% de los hogares unipersonales en España está formado por una persona mayor de 65 años.

Otros de los condicionantes de la soledad es el éxodo rural. Los avances tecnológicos también contribuyen fomentando una «comunicación menos intensa, fluida y profunda», abocando a un tipo de sociedad individualista.

Otros indicadores relacionados con el auge de la soledad son el aumento de suicidios en España, así co-

mo el incremento de enfermedades mentales, ya que en el origen de muchas de ellas estarían estados solitarios previos.

La soledad la puede experimentar cualquier persona de cualquier edad, la diferencia reside en sus causas. Los expertos apuntan a que la soledad correlaciona con la edad, la vejez, el género, el estado civil, el nivel de salud, con la situación económica, con los diferentes momentos vitales, el medio en el que el individuo se rodea o incluso a determinadas minorías sociales.

Las conclusiones del estudio en este punto son las siguientes:

- A igualdad en otras variables, las mujeres son más proclives a la soledad que los hombres. El perfil de persona que más sufre la soledad es el de una mujer, sin pareja y sin trabajo. El número de mujeres mayores de 65 años que viven solas dobla al de los hombres, según datos del INE.
- En relación con el estado civil, los casados o con pareja que viven solos por «obligación» son más proclives a sentir la soledad que los solteros o que los separados, divorciados o viudos.
- Los que están laboralmente ocupados tienden a sentir menos la soledad que los que no tienen ocupación o están poco ocupados laboralmente.
- Las personas con discapacidad sienten la soledad con mayor intensidad que la población en general, son las personas con discapacidad psicosocial las que más sufrirían estos sentimientos, seguidos por las personas con algún tipo de discapacidad intelectual.
- Las personas con discapacidad valoran en mayor proporción que el resto de la población a las asociaciones o grupos en los que participan.

CONSECUENCIAS DE LA SOLEDAD

La familia (que incluye a la pareja en sentido formal o informal) sigue siendo el soporte principal ante la solicitud de ayuda (necesitan consejo, pedir dinero, se sienten mal o solos). Ninguna otra institución pública o privada puede sustituir a la familia en este ámbito. Los españoles cuando necesitan ayuda acuden principalmente a padres e hijos, aunque también a amigos, pero sólo los que viven con cónyuge o pareja acuden a ellos, y nadie parece acudir a instituciones para resolver estos problemas personales. Cabe destacar que una de cada cuatro personas que viven solas por decisión propia (solos voluntarios) afirma que no acudiría a nadie. La familia sigue siendo la principal fuente de apoyo para los españoles, algo que se pone de manifiesto en todas las investigaciones que se llevan a cabo en España desde hace décadas. Destaca el bajo índice de asociacionismo en todos los tipos de convivencia.

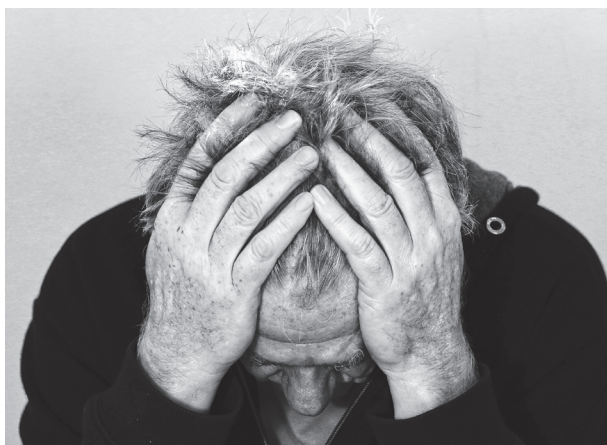
Cuando se pregunta a los españoles más directamente sobre quién debería ocuparse principalmente de las personas que se sienten solas, la respuesta espontánea y unánime es «la familia», y sólo en proporción muy inferior se refieren a los servicios de asistencia social y a otros servicios públicos o privados. Pero parece haber un gran consenso en que la soledad es un problema social y opinan que son el Estado y la familia quienes deberían ocuparse de las personas que sufren soledad, si bien con instrumentos y estrategias diferentes. 

SOLEDAD, SENTIMIENTO DE DOBLE ROSTRO

¿Sufrimiento devastador o potencial creativo?

MARÍA MARTÍN

Psicóloga, especialista en duelo y soledad



I. EL PROBLEMA DE LA SOLEDAD

El problema de la soledad es seguramente uno de los asuntos más cruciales para el ser humano. Ricos y pobres, sabios e ignorantes, llenos de fe y agnósticos, sanos y enfermos, han tenido que enfrentarse y luchar con la potencialidad paralizadora de este hecho. No hay inmunidad para nadie porque la soledad es una de las experiencias más profundas y más universales que podemos tener. Aunque la persona sea relativamente feliz, se relacione fácilmente con los demás y tenga muchos amigos cercanos, probablemente se ha sentido solo más de una vez y si es muy sensible, ese tipo de ser humano que siente las cosas profundamente es posible que, en cierto grado, se sienta solo continuamente. Ser humano no es asunto sencillo.

No obstante, nos resistimos a admitir nuestra soledad aun frente a nosotros mismos, porque al identificarla con las que consideramos personas marginadas, como los ancianos, los que calificamos de indeseables, los alienados, los no amados y con todos los que por una razón u otra vemos separados de la corriente de la vida, nunca imaginamos ni por un momento que también nosotros podemos padecer un intenso sentimiento de soledad; admitiéndolo, en un último extremo, solo con vergüenza, pensando que algo no funciona en nuestra personalidad y pagando un precio muy alto por no admitirla, por no enfrentarnos con ella directamente y mirarla con franqueza.

Más... la realidad es terca, a pesar de nuestras negaciones, su evidencia, su cara escondida, está en todas partes. No se requiere una penetración profesional ni demasiada documentación para comprobar que en el mundo occidental se consumen millones de kilos de tranquilizantes y barbitúricos cada año. Cada año aumenta el número de personas que acuden a los psicólogos porque sufren enfermedades nerviosas o desórdenes mentales; que buscan participar en encuentros de grupos o prácticas religiosas desconocidas, pero en boga; nuevas formas de vida común y

matrimonial y aun promiscuidad sexual. No todas estas realidades son necesariamente índices de soledad; hay otros factores también presentes, pero sin duda éste es uno de los que más peso tiene y acompaña al resto.

Se pueden ver además fenómenos concomitantes en otras áreas que nos hablan de esa cara escondida; el arte, la filosofía, la literatura, la psicología; el pensamiento religioso y sociológico, la música moderna, el cine, las revistas populares han fijado la atención en la soledad como uno de sus temas más interesantes y centrales. La preponderancia y popularidad de este tema en el pensamiento y el arte de hoy sugiere que el ser humano tiende a hacer eco rápidamente cuando oye hablar de ella, pero también es cierto que aunque no hubiera poetas, artistas o animadores profesionales para señalárnoslo, nosotros nos daríamos cuenta, aun sin confesarlo abiertamente, de cuantas veces nos sentimos solos; la voz de nuestro corazón que se hace a menudo oír a través del dolor, del miedo, del absurdo, es más que suficiente para demostrárnoslo.

La mayor parte de las veces ese dolor es tolerable y quizá cuando nos hiere más lloremos un poco, pero permanecemos en silencio sin comprender que el corazón de los otros habla nuestro mismo lenguaje, y que ese sentimiento no es un fenómeno curioso y raro, sino que está en el centro de la vida de cada persona.

Fue Carl Rogers el que con cierta sorpresa confesó:

Descubrí que aquellos sentimientos que me parecían íntimos y personales, y en consecuencia más incomprensibles para los demás, lograban hallar resonancia en muchas otras personas. Por esta razón creo que, si es expresado y compartido, lo más personal y singular de cada uno de nosotros puede llegar más profundamente a los demás.

Por supuesto, el sentimiento de soledad no es un problema nuevo o exclusivo de nuestra época, pero son muchos los que creen que hoy en el mundo occidental lo experimentamos con más intensidad que antes por varias razones que se relacionan entre sí.

En primer lugar, nuestra civilización actual, libre de la necesidad de luchar para sobrevivir físicamente, nos ha enfrentado también a nosotros mismos y nos ha forzado a buscar un sentido más profundo interpersonal y espiritual. A esta realidad se añade el hecho, bien analizado por los sociólogos, de la fragmentación de nuestra sociedad; antes el hombre vivía en una comunidad que se caracterizaba por una familia extensa (abuelos, tíos...) con poca movilidad geográfi-

ca o social. Hoy, sin embargo, vivimos en un ambiente que se caracteriza por la familia nuclear, con gran movilidad; en ciudades grandes entre millones de personas, buscando nuestra vida privada y nuestra libertad con un celo exagerado y padeciendo lo que Alvin Toffler ha analizado con agudeza, y que se conoce comúnmente con la expresión el «shock del futuro». El futuro invade el presente; la gente, los lugares, los objetos, organizaciones y conocimientos pasan por nuestras vidas de un modo tan rápido que lo que hoy está aquí mañana ya ha desaparecido. Y todo ello, unido a la influencia de los medios de comunicación modernos cargados de propaganda y anuncios, enciende la llama de nuestra soledad hasta llegar a convertirla en ocasiones en un volcán.

II. TIPOS DE SOLEDAD

Pero en definitiva ¿qué es la soledad? La respuesta no es fácil, es inútil intentar definirla como lo haría un diccionario. No puede haber una definición simple de ella porque no es un fenómeno monolítico, sino que existen distintas formas, que proceden de distintas causas, tienen distintos significados y requieren distintas formas de afrontamiento.

Por este motivo, diferentes autores han elegido distintas clasificaciones, cada una con su utilidad particular. Por ejemplo, desde una perspectiva fenomenológica, Ruben Gotesky realiza un acertado estudio sobre la soledad, distinguiendo entre lo que él llama **aislamiento, soledad y «solitud»**. Generalmente nosotros aplicamos el mismo término, soledad, a los tres, lo que encierra una equivocación. Para este autor, **el aislamiento** es la simple separación espacial de otros que nos son indiferentes y por tanto no es necesariamente agradable ni doloroso. Define, por oposición, **la soledad** como la experiencia dolorosa, resultado de estar separados de los demás involuntariamente con fuertes sentimientos de exclusión y rechazo. Por último, en la **solitud** Gotesky encuadra a las personas capaces de aceptar su soledad con serenidad y paz.

Existen otros tipos de análisis y clasificaciones destacando entre ellos, por su profundidad, el realizado por Ronald Rolheiser, autor prácticamente desconocido en nuestro país. Él, divide la soledad en cinco tipos denominándolos: «alienación-soledad», «inquietud-soledad», «fantasía-soledad», «desarraigo-soledad» y «melancolía-soledad».

El problema que presenta la tipificación realizada por Rolheiser es que la soledad se analiza en base a tipos ideales que no siempre se distinguen los unos de los otros. A veces se sobreponen, no obstante, podemos

llegar a diferenciarlos desde los vértices ya señalados: causa, significado y afrontamiento.

Alineación-soledad

Es el tipo más fácil de entender. Es lo que mucha gente quiere decir cuando usa la palabra soledad y se refiere a la experiencia o sentimiento de sentirse extraño a los demás. Es lo que sentimos cuando no somos capaces de amar y comprender y/o de ser amados y comprendidos como seres humanos que somos, como seres sociales, hechos para vivir en el amor y la intimidad con otros. Aquello que nuestra naturaleza exige. Cuando no podemos alcanzar esto, echamos de menos algo dentro de nosotros mismos y nos sentimos extraños y alienados.

Muchos son los factores que causan estos sentimientos: miedo, vergüenza, falta de autoestima, paranoia, diferencias ideológicas, defectos físicos, ancianidad, factores culturales... y muchos son también los ejemplos: el sordomudo que se tiene que esforzar para comunicarse a veces sin éxito, el chico maltratado que crece con amargura y resentimiento incapaz de amar, la chica poco atractiva que no consigue una cita y está herida por una autoimagen negativa y una vergüenza que le quita libertad, la persona anciana abandonada y dejada morir en un asilo, la persona asustada emocionalmente que vive dentro de una capa protectora incapaz de correr el riesgo de abrirse, el extranjero objeto de prejuicios sociales que lucha por ser aceptado, el chico gordo al que todos toman el pelo y se meten con él en el campo de deportes... Sin embargo, la «alienación soledad» no sólo se da en estos casos, sino que más o menos nos afecta a todos en diferentes grados y espacios de tiempo como consecuencia del dolor y la frustración que nos causa lo inadecuado de nuestras relaciones personales.

Inquietud-soledad

«Inquietud-soledad» es otro tipo de soledad que no afecta sólo a las personas que tienen especiales problemas de relación, sino que se caracteriza por una constante insatisfacción dentro de nosotros mismos que nos mantiene en estado de inquietud. Este tipo de soledad se refiere a que los seres humanos estamos hechos de tal forma que siempre experimentamos cierta insaciabilidad, deseando siempre más de todo. A lo largo de la historia se dan diferentes nombres a esta inquietud: los pensadores religiosos la han llamado «la luz de lo divino en nosotros»; los filósofos se han referido a ella como «el deseo de la parte a retornar al todo»; los griegos la llamaron *nostos*, cierta morriña permanente dentro del corazón humano; los vikingos la llamaban *wanderlust* o urgen-

cia constante por explorar más allá de los horizontes conocidos; Agustín de Hipona la explica en referencia a Dios: «Nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti»... Pero sea cual sea el nombre que le demos, la experiencia es universal. En el centro de nuestro ser hay una llama que nos empuja hacia fuera para perseguir algo desconocido, no sujeto al tiempo, infinito y con exigencias de totalidad.

No es un secreto que muchos de los mejores artistas del mundo, poetas, músicos, filósofos, escritores y gente creativa y sensible sufre este mal. El filósofo francés Albert Camus lo expresa de este modo: «Yo me encontraba a gusto con todo, pero al mismo tiempo no estaba satisfecho con nada. Así iba de fiesta en fiesta. A veces, ya tarde, en esas noches de baile, una leve borrachera, mi propio entusiasmo salvaje, cualquier violencia sin freno, me deslumbraba como una ráfaga en el hastío y me parecía —al borde de la fatiga y durante un segundo— que entendía por fin el secreto de las criaturas y del mundo. Pero mi fatiga desaparecía al día siguiente y con ella el secreto».

Fantasía-soledad

Fantasía-soledad, el tercer tipo de la clasificación, es la causa de que no estemos completamente en contacto con la verdad, con la realidad en sí misma.

Los filósofos escolásticos definen la verdad como la correspondencia entre lo que está en la mente y la realidad exterior. Por tanto, cuando hay discrepancias entre los dos, mente y realidad, sufrimos una ilusión, fantasía o error. Un ejemplo sencillo es el caso de las personas que sufren un espejismo y pueden creer sinceramente que están viendo un lago a distancia, pero es evidente que están en un error porque no hay correspondencia entre sus pensamientos y la realidad. Por el contrario, si creen que los árboles tienen las raíces en la tierra, aunque no las estén viendo están en la verdad porque la idea que hay en su mente si corresponde a la realidad.

La fantasía-soledad, puede explicarse mejor a partir de sus formas extremas, por ejemplo, una persona psicótica puede estar tan alejada de la realidad que se imagina ser otra persona: Julio César, Napoleón... Un joven lleno de drogas puede sinceramente sentir que está experimentando una experiencia mística profunda e importante. En ambos casos, así como en otros menos extremados existe una discrepancia entre las fantasías de sí mismo y su realidad ontológica.

Pero la mayoría de nosotros, en cierto grado y más o menos conscientes de ello, vivimos en fantasía o ilusión y no del todo sintonizados con la realidad. Convivimos con ciertas fantasías e ilusiones acerca de quie-



nes somos, y en nuestras mentes nos vemos como intelectuales, místicos, investigadores, poetas, ejecutivos insustituibles, como personas simpáticas, generosas... Hay cierto grado de verdad en ello y en realidad poseemos algunas de las cualidades que vemos en nuestro ideal. Sin embargo, hay también una discrepancia a veces dolorosamente obvia para los demás, entre nuestras fantasías sobre nosotros mismos y nuestro verdadero ser. Un caso muy frecuente es el del llamado «intelectual», que es en realidad superficial y pelma; el «pseudo-místico» que realmente sabe muy poco de Dios y de la oración y es un purgatorio para todos los que están a su alrededor; el «simpático» de estilo muy personal que es amable con todo el mundo menos con la gente con quién vive y a quién debería prodigar sus afectos...

En cada caso el resultado es la soledad, la pérdida de contacto con los demás, con Dios y con la realidad y un encerrarse más en la prisión, dentro de los solitarios confines de nuestra propia mente.

Desarraigo-soledad

Esta soledad es distinta de los otros tipos descritos. Con éste, nos encontramos ante un dolor solitario, no tanto por el sentimiento de alienación de los demás (alienación-soledad), o dirigidos hacia dentro por una perpetua inquietud (inquietud-soledad), no porque las fantasías sobre nosotros mismos nos mantengan alejados de la realidad (fantasía-soledad), sino más bien por nuestra falta de raíces.

Nuestro mundo parece estar siempre cambiando. Hay en esto una soledad real y como el sufrimiento de que te coja la tormenta sin una cueva en la que protegerse. Podemos disfrutar de una tormenta dentro de un refugio seguro, podemos verla desde él, e incluso aventurarnos a entrar y salir a nuestro antojo. Pero si la tormenta nos encuentra sin refugio y sin la ropa adecuada, puede ser una experiencia muy dolorosa. La tormenta de la vida no es muy distinta. Si, por lo menos, pudiéramos refugiarnos en algún tipo de cueva y enraizarnos en ciertas cosas que nos protegieran contra el choque total, tal vez pudiéramos soportarla, pero sin ser capaces de encontrarla, la tormenta sólo es una fría experiencia solitaria.

Por eso hoy, al tiempo que todas nuestras raíces están siendo cortadas y nos estamos convirtiendo en barcos sin ancla, a la deriva, a merced de los vientos, buscando algo en que apoyarnos sin encontrarlo, sin tradición, sin institución en la que podamos confiar, sin un imperativo moral absoluto, sin algo sagrado, sin ni siquiera un universo físico, ni unas matemáticas positivas que no sean también relativas. ¡Estamos desarraigados! Somos incapaces de relacionarnos plenamente con los demás, de ser verdaderamente amigos, porque no encontramos un espacio real que no sea en último término relativo o esté amenazado y que, por tanto, nos ofrezca la seguridad de que en un momento dado no se convierta en humo.

Este tipo de soledad se muestra frecuentemente en los jóvenes que se quejan de que sus padres les han dado de todo menos algo en que creer. Una persona que dice esto es una persona que se encuentra perdida y sola, una persona que no encuentra, una «cueva en medio de la tormenta».

Melancolía-soledad

Este último tipo se distingue de los otros esencialmente en un aspecto, en que es una experiencia transitoria, ya que la mayor parte de las personas que la

padecen en algún momento de su vida la afrontan con éxito o incluso, simplemente, dejando pasar algún tiempo. Los otros tipos de soledad son, para los que la sufren una preocupación constante, la melancolía, sin embargo, es algo que experimentamos normalmente de un modo puntual. Ordinariamente consiste en una combinación de factores, de mayor o menor grado de relevancia, con un añadido de nostalgia o «morriña»; estos factores son más frecuentes en determinadas épocas del año o de la vida y en el grado más benigno nos referimos a la melancolía-soledad como «fiebre de primavera», «las nostalgias de fin de curso», «niebla de otoño» «días de lluvia». Puede venir de diferentes causas, el deseo imposible de repetir bellas experiencias vividas en el pasado, la pérdida de un ideal, un desengaño amoroso, el matrimonio de un hijo, el equilibrio químico de nuestro organismo, el cambio de edad... pero a menudo resultan imposibles de señalar con exactitud y de reconocer los sentimientos que se mezclan. Este tipo de soledad no suele constituir un gran problema, a excepción de la que deriva de acontecimientos, como la muerte o enfermedad de un ser querido, crisis familiares y/o laborales desestabilizadoras, pérdida de la salud o cualquier otro tipo de pérdidas importantes que nos dejan particularmente vulnerables con duelos de difícil elaboración. En estos casos, para algunas personas, con tendencia a la depresión puede constituir una gran amenaza.

III. POTENCIA DE LA SOLEDAD

La palabra china que significa crisis está compuesta por dos caracteres: uno significa peligro y el otro oportunidad o beneficios escondidos. Pocas analogías habrá más adecuadas que ésta para describir la influencia potencial de la soledad en nuestras vidas. Como todas las crisis, viene envuelta en peligros, pero la soledad es más peligrosa cuando no se la reconoce, no se la acepta y no se la vive correctamente. Karl Jaspers en su Filosofía de la existencia afirmaba: «Ante las adversidades de la vida podemos reaccionar ofuscándonos, desesperándonos o volviendo a nacer».

También la soledad nos ofrece el camino de un nuevo nacimiento a la vida; si la oímos correctamente puede llevarnos continuamente hacia una mayor profundidad en el compromiso de darnos a causas mayores que nosotros mismos; quizá más que ninguna otra fuerza puede contribuir a hacernos madurar y volvernos más generosos.

La soledad puede también empujarnos a nuevas alturas de creatividad. Por ejemplo, Soren Kierkegaard, filósofo inteligente y prolífico, siempre vivió su propia

soledad como un dolor creativo, algo casi a cultivar deliberadamente. Por esta razón, entre otras, renunció a casarse, aunque estuvo profundamente enamorado. Muchos de sus trabajos procedían de ese sentimiento suyo y por ello ofrece palabras de ayuda a muchas personas que lo leen; no porque ellas contengan grandes verdades desconocidas hasta entonces, sino porque provienen de las profundidades de un corazón solitario y, por tanto, hablan a las profundidades de otros corazones.

Ahora bien, saber que la soledad puede ser de varias clases y que es potencialmente una fuerza creativa en nuestras vidas es ya, en sí mismo, algo valioso. Sin embargo, éste es sólo el primer paso, manejarla creativamente requiere más que esto. Lo que se necesita va más allá de la comprensión intelectual de esta fuerza con todos sus diversos significados y sus peligros y ventajas; requiere cierto estilo de vida. Tenemos que desarrollar en nuestras vidas por medio del esfuerzo y la paciencia ciertos estilos de vivir que nos ayuden a manejar el dolor y la soledad y a transformar su fuerza paralizante en una fuerza creativa. Lo que se necesita es **una espiritualidad de la soledad** que distinga entre los distintos tipos de soledad y nos ofrezca ciertas direcciones en las que debemos movernos para transformarla de sentimiento devastador en fuerza creativa.

Lo que sigue es un intento, aunque tosco y rudimentario, de señalar la dirección en que podemos hallar semejante espiritualidad

Fácil de entender sí, pero pocas cosas son tan dolorosas como la «alienación-soledad», ya que por ella nos vemos frustrados en mayor o menor grado por nuestra falta de intimidad con los demás. Pero una de las fuerzas mayores que nos mantienen aislados de los demás es el miedo. El temor de ser rechazados es tan grande en nosotros que no nos atrevemos a presentar nuestro amor honesto y abiertamente ante el riesgo de ser rechazados. Preferimos más vivir en soledad que arriesgarnos a ser heridos. Es verdad que a veces nos engañamos a nosotros mismos, y que en ocasiones nos rechazan y nos hieren. Sin embargo, la mayoría de las veces nuestra sinceridad y vulnerabilidad encontrarán aceptación, gratitud y una amistad más profunda con una intimidad más gratificante si somos capaces de correr ese riesgo.

La menos comprendida, pues, aunque hayamos superado gran parte de nuestra «alienación-soledad», aún sufrimos **«inquietud-soledad»**, la que menos se reconoce y menos se comprende, pero particularmente peligrosa, porque a menudo paraliza nuestras energías creativas o nos empuja hacia fuera en una actividad frenética. Manejarla requiere, antes de na-

da, que reconozcamos que este tipo de soledad no podrá ser plenamente superado en esta vida. Tenemos que empezar por aceptar el hecho de que somos peregrinos en esta tierra, destinados a estar parcialmente inquietos y parcialmente realizados viviendo en un mundo en que todas las sinfonías están incompletas. Tratar de aquietar la «inquietud-soledad» aumentando nuestra actividad impulsivamente y en cualquier terreno es lo mismo que arrojar gasolina al fuego. El afrontamiento no está en salir hacia afuera; descansa justamente en la dirección opuesta: cada uno de nosotros tiene que volverse hacia dentro para encontrarse a sí mismo y reconocer el amor infinito y las riquezas de Dios, que habitan dentro de nuestro ser. Especialmente cuando sentimos la inquietud más agudamente, porque será una lucha que dure toda la vida; la jornada hacia el interior nunca se alcanza plenamente, nunca se termina de hacer. Como dice Henri Nowen, «el mundo no se divide entre personas que se sienten solas y personas que poseen la soledad» sino que más bien vamos fluctuando a lo largo de la vida entre las dos realidades opuestas y de un modo distinto de hora en hora, de semana en semana, de año en año.

A la búsqueda de la verdad. Ya vimos que la «fantasía-soledad» era causada por el hecho de vivir en un mundo propio de fantasía que tiende a modificar la realidad. Nos encontraremos menos solos cuando reduzcamos la discrepancia que existe entre esas fantasías que tenemos y el mundo real tal y como es. Este movimiento hacia una vivencia más verdadera de nosotros mismos es, como todos los otros movimientos que nos sacan de la soledad, una tarea de toda la vida. No hay fórmulas instantáneas, solamente se consigue con largas horas, días y años de paciencia y de lucha para volvernos más verdaderos, más sabios y menos solitarios.

Desde el «desarraigo-soledad» a la calma. Gran parte de nuestro «desarraigo-soledad» puede ser su-

perado corriendo el riesgo de comprometernos con personas, valores, cosas y proyectos y esforzándonos a ser fieles a estos compromisos al margen del relativismo por el que la sociedad a la que pertenecemos pueda estar navegando. Muchos de nuestros desarraigos tienen su origen en la falta de nuestro propio compromiso e infidelidad. El filósofo científico Pierre Teilhard de Chardin, no fue comprendido y a veces hasta abiertamente perseguido por su propia familia religiosa; instigado por sus amigos a abandonar su compromiso con ella, respondía con esta simple frase «No puedo dejarla, di mi palabra». Y en el mismo sentido Tomás Moro declaró: «Cuando un hombre presta un juramento es como si tuviera su propio ser entre las manos, como agua... Si entonces entreabre sus dedos, no volverá jamás a encontrarse a sí mismo». Así, si cortamos las raíces que podemos crear nosotros mismos con promesas rotas y con la falta de lealtad, no deberíamos sorprendernos de encontrar difícil volver a asegurar nuestras anclas.

Una solución para cada caso. Al contrario de otras formas de soledad que pueden ser manejadas creativamente al dirigir las en una dirección definida, el afrontamiento de la «melancolía-soledad» descansa en una variedad de acciones que dependen, naturalmente, de lo que la causa y de su intensidad. A veces lo que se necesita es dejar pasar el tiempo pacientemente para que el malestar disminuya, compartir con un familiar o un buen amigo que sepa escuchar y acoger sin reproches los sentimientos amenazantes o la insidiosa apatía, leer libros que nos proporcionen una más profunda comprensión de nosotros mismos... En los casos que derivan hacia la depresión por sentirse la persona afectada sin recursos para afrontar su estado anímico, recurrir al campo de la psiquiatría o la psicología.

Y siempre, y en todos los casos, seguir el sabio consejo de una de las glorias de la literatura, William Shakespeare: «Dad palabras al dolor, el dolor que no habla gime en el corazón hasta que lo rompe». 

ESAS SOLEDADES QUE NOS ACOMPAÑAN

CARMEN GALLEGO ARANDA

Profesora de Secundaria

El tema de la soledad está presente en la literatura desde la antigüedad, pero no se trata de manera independiente hasta la ilustración. Resulta difícil de enfrentar porque es evidente que no se puede desligar de otras preocupaciones y experiencias humanas: el dolor, la muerte, el amor y las relaciones sociales. No resulta fácil abordar la soledad de un personaje, como tampoco la de cualquier ser humano. Son muchos los peligros de acometer de modo superficial y frívolo una de las más hondas e íntimas experiencias humanas. En la película *Tierras de penumbra* hay una escena en la que un alumno de C. S. Lewis le explica por qué prefiere aislarse para leer antes que acudir a sus clases: «leemos para saber que no estamos solos» le dice, dejando al profesor por primera vez sorprendido y descolocado. El sabio que había pasado toda su vida entre libros aún no había descubierto la soledad del otro. Un sentimiento tan duro y devastador que solo puede soportarse en compañía de los que lo han padecido.

Pero vale la pena hacer el esfuerzo y retener, aunque solo sea por un instante, la mirada a estas pobres criaturas, que no nos mienten con la sonrisa hipócrita del vecino o la precaución del compañero de trabajo, y a los que nosotros tampoco podemos engañar. Desde su nebulosa, caminan con nosotros, libran la batalla de su soledad, alentando e intercediendo por la nuestra. Porque uno no elige su soledad, como no elige venir a este mundo. No puede difuminarla sin difuminarse, ocultarse o desaparecer. Solo al otro le corresponde la tarea de darnos forma, de concedernos una porción de realidad y de sentido. Solo el otro puede sacarnos de la ficción y situarnos en el lugar exacto del mundo que nos pertenece. Y cuando creemos estar en él, tenemos que comenzar de nuevo el recorrido. La soledad tiene muchos recorridos.

Resulta casi imposible clasificar la soledad de estos personajes basándonos solo en problemáticas psicológicas, realidades sociales o incluso en la misma condición existencial. Todos ellos están inmersos en un

mundo casi tan complejo como el nuestro. Pero hay rasgos de una obra que pueden ser más interesantes y más visibles en un aspecto que en otro y así los vamos a presentar.

1. EL DESARRAIGO SOCIAL

De todas las novelas de mujeres de finales del siglo XIX no hay ninguna más ácida y cruel que *La Regenta*. Emma Bovary tiene una hija y Ana Karenina un amante que la quiere, pero Ana Ozores está condenada desde el principio. Ha tenido una infancia horrible con un padre siempre ausente, la han criado unas mujeres extrañas sin cariño alguno, se ha casado por salvar su reputación con un hombre mucho mayor que ella. No tiene vínculos afectivos en una ciudad donde todos son rumores y cotilleos. En su juventud se refugia en la literatura y en el fervor religioso, pero cuando se transforma en mujer comienza a darse cuenta de sus carencias, empieza a sentir una enorme frustración, la monotonía la invade y se siente perdida: «Aquel año la tristeza había aparecido a la hora de siempre. Sobre la mesa quedaban la taza y la copa en que había tomado café y anís don Víctor, que ya estaba en el casino jugando al ajedrez. Sobre el platillo de la taza yacía medio puro apagado cuya ceniza formaba repugnante amasijo con el café frío derramado. Todo esto miraba la Regenta como si fueran las ruinas del mundo. La insignificancia de aquellos objetos que contemplaba le partía el alma, se figuraba que era así, ceniza, frialdad, un cigarro abandonado por el hastío del fumador. Además, pensaba en el marido, incapaz de fumar un puro y de querer por entero a una mujer». A esta mujer sensible y soñadora la rígida sociedad burguesa la oprime, le suprime la imaginación y la libertad. Se da cuenta de que en su círculo social todos están solos, pero ella no se resigna. Busca refugio en la religión, su única relación personal se establece con el Magistral de Vetusta, pero pasa constantemente del misticis-

mo angélico a la más estricta exigencia moral. Pronto se dará cuenta de que el magistral no es un santo con verdadera devoción, sino un hombre consciente de su poder que maneja las voluntades a su antojo.

Su soledad se le hace insoportable, la realidad invivible, el delirio el único lugar donde puede refugiarse sin ser molestada: «Cerraba los ojos, y dejaba de sentirse por fuera y por dentro, a veces se le escapaba la conciencia de su unidad, empezaba a verse repartida en mil y solo el horror dominándola producía una reacción de energía para devolverla a su yo». Incluso se siente más pobre que las mujeres de los barrios obreros de Vetusta, cuando oye el estruendo y las voces de los niños con sus madres, se siente la mujer más desgraciada del mundo.

Así que cuando D. Álvaro Mesía se propone conquistarla no encuentra demasiada resistencia. Ana resiste al principio, pero después se rinde: «El placer que sentía era el más intenso que había sentido en su vida. ¡Y había sentido tan poco! Al sentir cerca a D. Álvaro dejaba su espíritu en una somnolencia moral que la tenía bajo los efectos del opio». Pronto se establece un triángulo amoroso en un cruce de fuerzas del que ella solo puede salir perjudicada: Ana está enamorada de D. Álvaro, el Magistral de Ana y D. Álvaro de su propia vanidad. El conflicto no tiene fácil solución en una sociedad hipócrita como la suya donde todos juzgan las normas morales de los demás pero nadie las cumple. Cuando el Magistral le niega el perdón de Dios y la sociedad que le ha hecho caer la rechaza, Ana cree despertar rasgando los velos del delirio. Parece que por fin ha asumido que está sola para siempre.

2. LA INCOMUNICACIÓN

En la novela de Álvaro Pombo *El metro de platino iridiado* se plantean muchas cuestiones referidas a la soledad que produce la dificultad del diálogo en las relaciones humanas. El lenguaje tan perfecto que nos distingue de las otras especies no llega ni a la superficie de lo que desborda el corazón, y es difícil aprender a manejar la llave que nos abre las infranqueables puertas del otro. «El infierno son los otros» dice Sartre. Pero es en este proceso de comunicación y en la libertad de convertir nuestra palabra en acción donde el hombre se juega su existencia e incluso su felicidad.

María es una mujer alegre, sencilla y confiada. Le basta una palabra para disfrutar de una conversación, una mirada para que su compasión se despierte. Parece como si todas las cosas que a los demás les supone tanto esfuerzo a ella le salieran de dentro con la naturalidad de un pájaro. No necesita afirmar su exis-

tencia constantemente, le basta con amar y ser amada. Así que cuando conoce a Martín apenas puede creer que sea la protagonista de su vida, delante de él se hace pequeña, se estira como un metro que tiene que ser digna de su amor. Para los demás, Martín es profesor de filosofía y aspirante a escritor, un hombre difícil y encerrado en sí mismo; para ella es la fuente de toda luz. Toda su vida le parece perfecta, inalterable. Pero el hogar que parecía el paraíso se va derrumbando poco a poco, surgen otros diálogos paralelos y otras circunstancias que exigen atención y que interrumpen el diálogo amoroso: el hermano atormentado por su homosexualidad, la madre anciana, las exigencias del hijo. La casa modélica va transformándose en un lugar de desencuentros e incomunicación: «el lenguaje parecía ser un aderezo, una cáscara ociosa que no añade nada nuevo y que, al contrario, vela y desfigura la figura limpia de la realidad enamorada». Martín confunde constantemente la realidad de los libros con la vida, Gonzalo es un ser fracasado que huye de su propio proyecto de vida en casa de su hermana. Solo a veces habla con ella, pero no para establecer una verdadera comunicación sino como soporte del desahogo: «No soy feliz, eso querías saber, tú no oyes el ruido que yo hago cuando tú te callas. Los alaridos de mi alma». María tiene que batallar con la fragilidad de la melancolía de su hermano y la prepotencia intelectual de su marido. Y pronto llega Virginia, su excéntrica y visible amiga de toda la vida, que tampoco tiene donde refugiarse y que vive permanentemente en la superficie de las cosas, pendiente de ropas, peluquerías, conversaciones banales y divertidas. María los quiere en la más absoluta inocencia, hasta que no puede evitar ver la evidencia: Martín y Virginia son amantes.

La mentira supone la ruptura de toda relación. El diálogo como revelación del yo se suprime por la vacuidad de presentar como verídico lo falso. El secreto obliga a recurrir constantemente a la falsedad, incluso a la maldad para conservarlo. Pero María no acusa, no quiere enterarse de las escabrosidades que podrían hacerle convertir el rostro de los que ama en una imagen. Su silencio es muy elocuente, casi acusador. La pareja pronto se da cuenta de lo fácil que es destruir el amor en un momento, ella los dignificaba, los hacía reales, su amor valía mucho más que la sensualidad de un instante: «María era el valor oro, el metro de platino iridiado que medía todos los otros metros, las irregularidades de todas las demás identidades». Han confundido el amor con la lujuria, deseaban al otro, pero no lo han considerado independientemente de su deseo, no lo han valorado, no han establecido una verdadera comunión. María sí reanuda la comunicación perdonándolos, convirtiéndolos en un valor ab-

soluta por encima de sus actos, porque es capaz de devolverles la dignidad como personas. Ella los hace reales, los saca a la luz. Cuando su hijo le pide que le lea un libro elige a San Francisco de Asís y le explica cómo el santo pasaba muchas horas en silencio a solas con la belleza simple de las cosas.

El problema existencial de Gonzalo se agudiza. Ver a su sobrino convertido en un adolescente despierta sus instintos reprimidos. Un día mientras está con un amigo en el bordillo de la piscina se acerca a él y movido por los celos lo empuja y se pelean. Su sobrino resbala y cae a la piscina vacía. Su muerte es instantánea. No ha sabido controlar un momento de ira, de desesperación, no ha pensado más que en sí mismo y su violencia interior ha producido la desgracia. Martín echa la culpa a María de la tragedia.

Ahora ya sí que no puede más y se marcha. Se refugia en una casa perdida en una llanura sin ningún encanto. Allí simplemente se entrega al peso insoportable de la vida, a la necesidad de enfrentarse con su destino. Todos han huido del dolor de un modo u otro: Martín en los libros, Gonzalo en la culpa, la abuela en las lágrimas de la vejez. Está sola. Nadie puede ayudarla. Y después de un tiempo sucede, el corazón que ya no aguantaba se transfigura. María decide volver. Cuando el amigo que la visita le pregunta qué va a hacer le responde: «Marcharme sería negarlos. Sería negar lo que han sido».

Y vuelve. Se da cuenta de que a pesar de todas las carencias de su relación su amor es mucho más fuerte que la soledad en la que vive.

3. LA SOLEDAD DEL HÉROE

Una de las cuestiones más recurrentes en la literatura hispanoamericana es la soledad del poder. La novela de García Márquez *El general en su laberinto* es especialmente interesante porque además presenta un personaje que oscila entre su consideración como dictador o como héroe. El relato comienza con la aventura de Simón Bolívar en los días finales de la derrota, agobiado ya por la enfermedad y las huellas del dolor del fracaso en el alma. Ha pasado de ser un ídolo a ser un hombre decrepito. En la soledad en la que se encuentra pretende entrar en el laberinto que justifique y humanice toda su vida, que es también parte de otra gran soledad: la del proyecto fracasado de la unidad de América. Cuando parte de Santa Fe a Santa Marta para llegar finalmente al viejo continente recuerda retrospectivamente su vida: le han acusado de ser el promotor oculto de la desobediencia militar, de estar fingiendo un viaje al exterior, su nombre figura

en pasquines llenos de injurias hacia él, sus partidarios más notorios están encerrados en sus casas. Renuncia a ser el presidente de la Gran Colombia, las tierras que liberó se han vuelto contra él: «El general Simón Bolívar se iba para siempre. Había arrebatado al dominio español un imperio cien mil veces más vasto que las Europas, pero a la hora de irse no llevaba siquiera el consuelo de que le creyeran». No puede creer que los demás no se den cuenta de que toda su existencia, con sus errores y sus aciertos, la ha dedicado al sueño de que el territorio americano fuera un país independiente. Le resulta tremendamente doloroso que en la ciudad que había elegido para la gloria ahora le traten como a un forastero.

Este es el pensamiento de un hombre singular que en su especificidad ha dedicado la vida a un sueño y que es impulsado por el desarrollo de la historia a cumplirlo. Pero lo que García Márquez presenta al final es un hombre común, enfermo, condenado a un destino de soledad y fracaso. Durante su viaje comienza a tener serios padecimientos físicos. Solo tiene una relación de confianza con una mujer que años antes descubrió un complot y le salvó de la muerte y a la que encuentra por sorpresa en Honda. Cuando llega a Mompox cruzando el río Magdalena la policía ni lo reconoce. Le niega la salida si no aparece su pasaporte. Finalmente, su pasaporte llega y sigue su camino, se entera de las continuas maquinaciones políticas que hay en Colombia, su amigo el general Antonio José de Sucre ha sido asesinado, se desmorona: «Su sueño comenzó a desmoronarse el mismo día que se realizó». Nunca llegará a Europa, muere en Santa Marta, como la sombra de un hombre que liberó a un continente.

Sin embargo; La enfermedad y vejez lo humanizan, empieza a descubrir su verdadero rostro tras la máscara del héroe, cada vez más se siente alejado de palabras grandes como patrias, revoluciones o guerras. Empieza a darse cuenta de que para conocer a los pueblos es necesario verlos de cerca, saber cómo viven, cómo sueñan, qué son en realidad las personas que se esconden detrás de esas palabras grandilocuentes. Muere solo con la dignidad de su valor. La realidad se impone a los sueños.

4. LA AUSENCIA DEL OTRO

Una de las soledades más hondas y profundas que puede experimentar el ser humano es la de la incapacidad para establecer una relación amorosa con una persona concreta y real. Hay algunos rasgos en ciertos caracteres que les impiden compartir su vida con

otra persona, que incluso pueden llegar a ser patológicos. La novela de Stefan Zweig *Carta de una desconocida* es la historia de dos soledades que no se han querido o sabido reconocer. Un escritor de fama recibe la carta de una mujer en la que le cuenta que su hijo acaba de morir. La carta es en realidad un pretexto para relatarle su vida y confesar el amor que ha sentido por él toda la vida, y que este ignora. Solo un acontecimiento tan desgraciado y terrible ha podido lograr que la protagonista comparta su secreto. Ya desde pequeña, pasa los días espiando al joven que vive enfrente de su casa, lee sus libros, vuelca toda su imaginación de niña tímida y solitaria en el sueño de amor que ha inventado y que tiene como protagonista a un hombre que la ignora completamente. Ni siquiera el traslado a otra ciudad consigue hacerle olvidar a su amado. Esta obsesión morbosa se convierte en una voluntad férrea, consigue un trabajo en Viena y vuelve a vivir a su ciudad para poder verle. A menudo está rodeado de mujeres que entran y salen de su casa. Verle con otras le produce un dolor incluso físico, el amor idealizado produce un dolor real.

Cuando finalmente tienen una relación física no existe verdadera comunicación: él no la reconoce, ella no se atreve a confesarle sus sentimientos. Así es como ella se lo explica en su carta: «Porque a ti ciertamente, solo te gustan las cosas fáciles, juguetonas, nada pesadas, tienes miedo de inmiscuirte en un destino ajeno. Lo que quieres es entregarte al mundo a todos, no quieres ninguna víctima». No es el don Juan narcisista incapaz de amar a las mujeres, las corresponde de manera natural y disfruta del momento, pero no se compromete con ellas. Huye de su soledad de un modo distinto que ella: «ni me mentiste, ni me sedujiste. Fui yo quien te busco, quien se lanzó a tus brazos, y se precipitó en su destino». Es perfectamente consciente de que ha elegido entregar su vida a un fantasma, le envía flores anónimas, le da un apartado de correos en lugar de su nombre; en medio de la gente vive en una inmensa soledad, y se ha hecho un refugio en un ideal puro, tal vez necesario para vivir, aunque irrealizable. Solo cuando tiene a su hijo se ve liberada de la angustia, como si por fin tuviera algo real y suyo que le perteneciese. Por eso tener otros amantes ya no le supone un inconveniente, no entrega su corazón a ninguno. Es coherente con su sentimiento secreto, no le exige nada, ni siquiera para su hijo. Y otra vez tiene la oportunidad de estar con él, pero nuevamente se oculta y él la trata como a una prostituta. Ella misma reconoce su cobardía: «Tan tímida, tan cobarde, tan servicial y débil delante de ti». Solo será capaz de confesar su secreto después de la tragedia y ya es demasiado tarde. El escritor no logra acordarse

de ella: «Sintió a la muerte y sintió a un amor inmortal y pensó en aquella mujer invisible, etérea y apasionada como el recuerdo de una melodía lejana».

5. EL DUELO

Pocas páginas de la literatura reproducen tan perfectamente el sentimiento del duelo como *Memorias de Adriano* de Marguerite Yourcenar.

El emperador Adriano viaja al Coloso de Memnón con la esperanza de escuchar el misterioso sonido que brota de la piedra, su mujer había pensado que la superstición se cumpliría mejor si él estaba presente y así podrían presenciar el prodigio. Desembarcan y van a visitar los templos, se detiene en los jeroglíficos y las colosales imágenes de los reyes que no le dicen nada. Ante esos bloques de piedra que recuerdan a los muertos piensa que no hay nada de lo que constituye de verdad la vida, ni el dolor, ni la voluptuosidad, ni el movimiento del cuerpo, ni la reflexión de una mente con la cabeza inclinada. Para él no son más que una sucesión de nombres en el tiempo, una marca dejada por los hombres en la sucesión de los siglos. Pero de repente, se acuerda, de haber vivido Antínoo hubiera tenido ese día veinte años.

La herida que parecía cerrada se ha abierto. Comienza a llorar, necesita ponerle palabras a la agonía: «Reconstruía la curvatura de la pasarela bajo los pies presurosos, el ribazo árido, el enlosado plano, el cuchillo que corta un bucle contra la sien; después el cuerpo que se inclina, la pierna replegada para que la mano pueda desatar la sandalia... Trataba de imaginar esa revolución por la que todos habremos de pasar, el corazón que renuncia, el cerebro que se nubla, los pulmones que cesan de aspirar la vida. Yo sufriré una convulsión análoga: un día moriré. Pero cada agonía es diferente; mis esfuerzos por imaginar la suya culminaban en una fabricación si valor; él había muerto solo».

Se da cuenta de que los honores dedicados al muerto nos son más que una excusa para que los vivos continúen la vida, cuando consigue experimentar algún pequeño placer se siente culpable, como si estuviera cometiendo una infidelidad a su memoria, piensa constantemente en el suicidio del joven efebo y no logra comprender por qué le ha privado de su presencia. Constantemente le surgen sentimientos contradictorios: sabe que el muerto le ha entregado su muerte y que debe convertir su vida en una bendición que hay que aprovechar, en un destino que hay que cumplir y que da sentido a su sacrificio, pero no puede evitar seguir viendo la muerte en todas partes: en la fru-

ta decrepita, en un rostro, en cualquier tragedia cercana como la del niño de un criado, que le despierta una tremenda compasión. No entiende que en el mundo todo continúe como estaba, que las gentes retiren la mirada cuando llora. Al mismo tiempo que el cuerpo se derrumba y el sentimiento se desboca, la razón no descansa, se suceden los argumentos en busca de un consuelo que no encuentra. La muerte puede ser un suceso inevitable que hay que asumir o un paso hacia la esperanza de la inmortalidad, pero ninguna de las dos opciones le convence ni le sacan de su tristeza. Todo le sigue pareciendo un sueño.

Pronto tiene que volver a asumir su responsabilidad pública, por primera vez contempla la tumba de Antinoo en su mausoleo, ya más resignado, con una cierta tranquilidad. Por fin comprende que tiene que dejarle solo, le da pena entregarlo al olvido, pero también siente un cierto alivio al salir a flote de la oscuridad. Ya no puede evitar que no pueda volver y tampoco que haya existido.

6. EL AISLAMIENTO

La soledad física soportada en situaciones extremas es una experiencia que no viven todas las personas pero que algo puede enseñarnos de nuestras resistencias ignoradas. Enseguida relacionamos este tipo de soledad con la guerra y los campos de concentración o con determinadas enfermedades, no se nos ocurre pensar que hasta nuestras comodidades más habituales han tenido sus mártires. En su libro *Tierra de hombres* Antoine de Saint-Exupéry reflexiona sobre los primeros tiempos de la aviación y sobre la relación de la tecnología con la vida humana de una forma tan tierna y coloquial que emociona. Una de estas historias cuenta la aventura de un amigo aviador que sobrevivió solo una semana en los Andes.

Guillaumet se encuentra con una tormenta durante un vuelo de rutina entre Chile y Argentina, lleva el correo que le ha confiado la empresa para la que trabaja y que tiene que llegar a su hora. Tiene que realizar un aterrizaje forzoso cerca de la Laguna Diamante, a muchos kilómetros de cualquier rastro de civilización. Durante los primeros días se queda en el avión, pero cuando empieza a darse cuenta de que nadie va a venir a buscarlo decide salir dejando una nota escrita en el fuselaje: «parto hacia el este». Mientras Henri comienza a caminar empezando a sentir un frío espantoso por todo el cuerpo, en la oficina de Aerolíneas ya saben la noticia: ¡Guillaumet se ha perdido en los Andes! Todos callan pero saben muy bien lo que eso significa; hay una frase de los lugareños muy revelado-

ra, los Andes no devuelven a los hombres. Pero Antoine no se resigna, no quiere imaginarlo rendido bajo una catedral de nieve, sino caminando, siempre hacia delante. Piensa en lo que su amigo le ha dicho tantas veces en la camaradería del trabajo: «cuando te veas impotente piensa en que si otros lo han hecho tú también serás capaz de hacerlo».

Solo que esta vez no cree que nadie lo haya hecho, no tiene referente alguno. Sale a buscarlo desesperadamente y sin éxito. Ha aprendido de él a apuntar todo en el mapa, hasta lo más insignificante: una pequeña granja, un riachuelo, una casita. Pero cómo buscar a un hombre solo en esa inmensidad de paisaje, sabe que es inútil, aunque no se rinde.

Henri sigue caminando, no se para, en una hora ha recorrido solo unos metros, tiene frío y le duelen las articulaciones, pero siente algo extraño, como una llamada, si su mujer y sus amigos esperan que siga adelante tiene que caminar. Sabe que cada paso que da lo salva y que siempre es el mismo paso; su cuerpo es su servidor, su corazón el motor de su avión. Pero pronto a su cuerpo le cuesta cada vez más seguir la llamada de los suyos, y ya no es que no quiera pensar, es que no puede. Los pies ya no resisten, las ampollas han reventado y tiene que pararse para abrir un agujero en las botas. Lucha contra la tentación de abandonarse en la nieve, sabe que el frío es tan dulce como la morfina. Al cabo de unas horas, cuando logra alzar la vista hacia arriba comprueba la dura realidad, se ha equivocado al marcharse del avión, está en un callejón sin salida, al borde de una montaña escarpada. Ya no tiene fuerzas ni excusas contra la muerte. Puede descansar. Se siente aliviado.

Pero entonces le sacude una duda: ¿Va a poder cobrar Noelle el seguro de defunción si no aparece el cadáver? ¿Cómo va a vivir sin saber siquiera si está muerto? No sabe cómo, pero se levanta y se dispone a escalar la montaña para llegar a un lugar donde sea más fácil encontrarle. «El amor trasciende la persona física del ser amado» escribirá Víctor Frankl, ya no le importa sobrevivir, sino la dignidad de cada minuto de su existencia.

Y entonces, cuando va a anochecer y su cuerpo está a punto de reventar, ve una figura humana a lo lejos.

Cuenta Saint-Exupéry que lo que más le sorprendió de la convalecencia de Henri es que fuera capaz de bromear con el tema, que se riera y le contara anécdotas de su aventura. Solo una vez se puso serio y le hizo una confesión: «Lo que yo he hecho, te lo juro, no lo hubiera hecho ningún animal». Al escritor le impresionó mucho la nobleza de la sencillez de la frase. Su amigo no era ese bravucón del que hablaban los periódicos.

dicos que se había encarado con los Andes desafiando a la naturaleza y a la muerte. Era un hombre sencillo, que en el cumplimiento de su responsabilidad, se encontró solo ante la prueba y tuvo el valor de convertirla en su creación.

7. LA MUERTE

En la obra *La muerte de Iván Illich* de León Tolstoi hay unas palabras del protagonista que nos afectan directamente: «Le invadía tal sensación de sufrimiento que no podía creer que todos estuvieran condenados a sufrir ese miedo». Y es que, ante la proximidad de la muerte, todo hombre se encuentra en un abismo de soledad que ningún ser humano absorbo en las ocupaciones de la vida cotidiana puede comprender.

Iván es un juez de instrucción que ha recorrido muchas ciudades como funcionario y que se ha casado y formado una familia como tantos otros. Su vida no ha sido especialmente dura ni especialmente fácil: le han negado cargos, ha discutido frecuentemente con su mujer, ha tenido problemas económicos. Le gusta su casa y gastarse dinero en ella, como todas las personas de su clase ocupa mucho tiempo en salvaguardar las apariencias. Pero lleva tiempo soportando dolores abdominales y decide ir al médico. Lo que más le sorprende es ser considerado como un trámite que resolver, que le digan que no se preocupe de su asunto. En el fondo comprende bastante bien, el problema no es el intestino, es la muerte.

Se sienta en la cama nervioso, no puede dormir. Su estado oscila entre la calma y la desesperación. En el fondo de su alma lo sabe porque bien claro lo dice la lógica: «Cayo es hombre, los hombres son mortales, luego Cayo es mortal. Pero... ¿Acaso Cayo había besado la mano de su madre y había montado un motín en la escuela de jurisprudencia?». Empieza a vivir en una mentira doble; por un lado, cree que le están engañando, por otro que es él quien se engaña a sí mismo. Intenta refugiarse en su trabajo, pero los dolores le impiden realizar sus ocupaciones con normalidad. Sus compañeros lo ven como una sustitución inminente. En su casa parece que molestará su situación, su mujer siempre quejándose de que no duerme y su hija a punto de casarse con la alegría frustrada.

De repente, se queda solo pensando en su impotencia, en su soledad, en la crueldad de la vida. Se refugia en sus recuerdos, en los pocos momentos de su vida que han sido buenos para él: cuando se enamoró de su mujer, cuando disfrutó de bellos momentos con sus hijos: «Lo que más desea por mucho que le avergüence confesarlo es que lo traten con cariño, co-

mo si fuera un niño, que lo besen y que lloren con él». Cuando se siente solo le entra una angustia horrible y si llama a alguien y viene se siente peor todavía. En el centro de la ciudad llena de gente siente una soledad más intensa que si estuviera en el fondo del mar o en un lugar aislado de la tierra.

Poco a poco va asumiendo su realidad, empieza a preocuparle el hecho innegable de que su vida va a ser irreplicable, que no recuerda nada que haya hecho que haya valido la pena. Su vida la ha organizado como si fuera una propiedad; su trabajo, su familia. Empieza a sentir lástima por ellos. Ha pasado de sufrir por sí mismo a sufrir por los que ama; durante la agonía ve como le enjuagan la nariz, le limpian las mejillas. Busca el miedo a la muerte y no lo encuentra. «La muerte ya no existe» dice antes de expirar. Se acabó.

8. LA SOLEDAD EXISTENCIAL

Son curiosamente las obras de la soledad las que mejor expresan el espíritu de una época, las que sintonizan con los interrogantes sinceros de los hombres y nos abren las ventanas de la naturaleza; aquellas que nos ofrecen los seres que han luchado de verdad consigo mismos y con la sociedad en la que vivían. Esa soledad implica mostrar el horror, la burla, la nostalgia. Incluso la incredulidad. «La soledad es una categoría del ser no solo una propiedad de la psicología». Estas palabras de Lévinas pueden explicar por qué un ser humano puede destrozar su cuerpo y su mente para cruzar un puente que lleve más allá de las apariencias de la realidad y que, al volver de ella, se encuentre todavía más solo. Esa es la lucha de Kafka en *La metamorfosis*, ese despertar de Gregor en otro cuerpo, en la normalidad de su lecho cotidiano, es ese viaje a los suburbios del yo, la reclusión en la madriguera más cercana frente a la inmensidad del universo.

Nada puede saberse antes de la vida de Gregor Samsa antes de su transformación. Solo que después de una pesadilla se despertó por la mañana y se había convertido en un insecto. Es como si su situación no le sorprendiera del todo. Con frialdad de viajante de comercio comprueba que tiene un vientre convexo dividido por callosidades y un sinnúmero de patas que se mueven sin control sobre su cuerpo. Y vuelve a dormirse. Por primera vez en mucho tiempo, no sueña el despertador. Va a llegar tarde al trabajo. Lo que parece que le asusta en un principio pasa a ser muy divertido y placentero para él. Quedarse en esta cama caliente, ver como sus patitas sobresalen de la colcha, acostumbrarse a su nuevo cuerpo en su vieja habitación. Ciertamente es que con sus nuevas dimensiones no

puede asomarse a la ventana y ver la calle, pero se va acostumbrando a la idea. Sus problemas más acuciantes son ahora los más sencillos: darse la vuelta en la cama para encontrar la postura más confortable, pensar en cómo levantarse para abrir la puerta, modular su extraño tono de voz porque prácticamente no ve nada. Su primera pelea como animal es con la llave. Mientras la familia se asombra de que a estas horas aún no se haya levantado, él intenta por todos los medios que su presencia no les afecte demasiado, que nada se altere en esta mañana común. Que pueda ser un escarabajo sin que nadie se dé cuenta. Desde fuera le llaman, gritan, se asustan. A Gregor le molesta que le incomoden, pero dentro de sí casi siente como una liberación. Puede que se acostumbre a vivir como un insecto, incluso puede que llegue a ser un insecto modélico, un bicho repugnante por donde normalmente pueda circular la angustia dentro de un caparazón. Si pudiera quedarse en su cuarto tendría una ventaja, una posibilidad que antes no tenía. En la esquina del rincón de su cuarto puede refugiarse y dar rienda suelta a sus más ardientes aspiraciones. Los animales grandes y hermosos no pueden acceder a esa posibilidad: son demasiado parecidos al hombre, demasiado sublimes.

No obstante, su drama le da terror porque sucede en la más espantosa cotidianidad: hay que recibir al jefe, soportar el asco y la repugnancia que provoca en su propia familia. De todos ellos solo su hermana parece mostrar preocupación por él. Pero Gregor no puede hablarle ni agradecerle sus atenciones y ve como ella también trata de disimular lo doloroso de la situación. Comienza a verse como un extraño, ajeno a los otros, enclaustrado en un espacio desde el que no crece ni puede aspirar a la plenitud de la vida. Como nadie le entiende no se les ocurre pensar que pueda entender a los demás. Que necesite espiarlos ajeno a su mirada aterrorizada y compasiva. Él sabe que hay una presencia que le observa también, como la mirada de un dios que conoce su miseria y su podredumbre. El insecto es consciente de que sus posibilidades son limitadas, pero para el hombre todo es infinito e inasible. La relación con los otros se le hace tan difícil como la que mantiene con su cuerpo. Es como si nada le perteneciese. Ya no es un viajante, una máquina de

ganar dinero. Pero tampoco es un insecto que vive de acuerdo con su naturaleza. Al transformarse en bicho está en una zona indefinible, inexplicable.

Un día descubre por accidente que le gusta colgarse del techo y saltar. Su hermana pretende transformar el entorno para que él pueda disfrutar de su nuevo entretenimiento. Se pregunta entonces si desea ver realmente su confortable mobiliario familiar en una fría y desierta habitación, aunque esto le permita trepar libremente. En su cuarto sobrevive la monotonía, el recuerdo constante de su pesada condición humana.

Socialmente su desgracia es la peor que puede existir. La familia tiene que trabajar para sobrevivir, el padre trae el desayuno para los empleados del banco, la madre confecciona ropas y la hermana tiene que estar detrás de un mostrador. Están rozando una situación de pobreza. Sufre de un modo insostenible. La manzana que se le incrusta y que tanto le hace sufrir no le duele tanto como esto. Arrastra pelusas y está lleno de restos de polvo y comida, pero cuando se esconde para oír a su hermana tocar el violín se pregunta si es posible que un animal pueda sentir una impresión tan fuerte: «le parecía que delante de él se abría un camino que conducía a un alimento ardientemente anhelado».

Muy pronto la familia ya no puede soportarlo. Quiere librarse de él. Su madre dice: «hemos hecho todo lo humanamente posible». Gregor no juzga, no se angustia, incluso los compadece. Toma la decisión de inmolarse, de desaparecer. Es una decisión que le llena de la paz que no había sentido antes. Al día siguiente es echado a la basura como un insecto más y todo continúa como al principio.

El valor supremo para él ya no es volver a la condición humana sino la perpetuidad de la vida y la naturaleza. La muerte de un insecto no significa nada si todo lo demás continúa como siempre.

Y aquí terminamos el recorrido que hemos realizado con nuestros personajes, y que podríamos haber hecho interminable. Los dejamos para enfrentarnos con nuestra propia soledad, que tiene mucho de la suya, y para mirar de frente el rostro del otro. Y ojalá que así acompañados podamos construir nuestro relato. 

ESA SOLEDAD QUE NOS HABITA

CARMEN HERRANDO

Miembro Instituto E. Mounier. Zaragoza

«**A**me su soledad, soporte la pena que le crea, y que la queja que brote de ella sea hermosa». Estas palabras las escribe Rainer María Rilke en 1929, y pertenecen a sus conocidas y muy recomendables *Cartas a un joven poeta*. El poeta alemán llega a decir en más de una ocasión que las personas «somos soledad», pero ¿somos, en verdad, soledad? ¿O somos, simplemente, solos —que no es, desde luego, lo mismo? Sobre esta dimensión de la soledad quieren versar estas disertaciones que no tienen más pretensión que ser eso: unas consideraciones sencillas sobre esta dimensión central de la persona.

No somos soledad, pero ciertamente somos solos, y quizás por eso es tan importante contar con los demás y apoyarnos en ellos, pues bien se puede afirmar que son los demás quienes de alguna manera nos «salvan». Pero la seriedad de la vida se dirime en el hondón solitario del alma, que es donde decidimos, desde donde somos, desde donde tendríamos que vivir. Nada, sin embargo, nos insta, en los tiempos que corren, a cultivar ese pozo, esa cuevecilla interior de los adentros, pues vivimos momentos de «externidades», de solicitudes permanentes, de ruido en exceso. En aquel interesante siglo XVII que los franceses han dado en llamar *Grand siècle*, algo así como lo fue nuestro *Siglo de oro*, Jean Duvergier de Hauranne, abbe de Saint-Cyran, alguien a quien el entonces poderosísimo primer ministro de Francia, el cardenal Richelieu, temía más que a siete ejércitos, decía que hay seis pies de terreno en torno al alma de cada persona, en los que no debería gobernar, y ni siquiera husmear, «ni chancelier ni personne», es decir, nadie, absolutamente nadie. Este clérigo tan molesto para los poderosos de su tiempo se refería precisamente al espacio de libertad que es nuestro yo personal, y subrayaba que tal «lugar» interior no debía en ningún caso mancillarse con intromisiones externas, sobre todo si

se tratase de presiones ejercidas por cualquier tipo de poder. Destacaba así la importancia del yo personal en cada ser humano, esto es, su interior, sus adentros: su alma, en definitiva, algo cuya existencia se propuso recordar una y otra vez don Miguel de Cervantes —y así lo decía a sus lectores— para que le prestásemos atención, porque es necesario cultivar ese espacio interior resguardado por esos «seis pies de terreno» que preservan el alma de cada cual de todo tipo de inclemencias.

Mucho se ha venido haciendo en los últimos siglos en contra de este hondón resguardado por ese terreno que tendría que ser «intocable», infranqueable, blindado a quien uno no quiere que ahí se asome: desde los ataques a la persona, que comenzaron con las sombras gestadas por las luces de la Ilustración —y que hoy llegan a ser muy grandes—, hasta estas nuevas formas de control, de apariencia aséptica y cuidada, que tratan de camuflar en tantos casos un ingente trabajo de ingeniería social, a cuyas consecuencias asistimos con tanto desconcierto en nuestras sociedades idiotizadas. Pero no vamos a entrar aquí, sino que volvemos al hondón, al centro, a esa raíz del yo personal, que para Jaspers es claramente fuente de actividad, de unicidad, de permanencia en el tiempo —porque ese fondo permanece—, y un quicio interior, auténtica fuente de personalidad e identidad.

El ser humano, una síntesis y una paradoja. Así lo presenta Søren Kierkegaard, un solitario que tiene mucho que decir sobre nuestro tema. «El hombre es espíritu —escribe. Mas, ¿qué es el espíritu? El espíritu es el yo. Pero ¿qué es el yo? El yo es una relación que se relaciona consigo misma, o, dicho de otra manera: es lo que en la relación hace que ésta se relacione consigo misma. El yo no es la relación, sino el hecho de que la relación se relacione consigo misma. El hombre es una síntesis de infinitud y finitud, en lo temporal y lo eterno, de libertad y necesidad; en una

palabra: es una síntesis»¹. Partiendo de esta síntesis en que consiste el ser humano, que no deja de ser también tensión entre infinitud y finitud, es en el hondón interior de la persona donde dicha síntesis se tiene que realizar. Aunque tal síntesis o recapitulación, al proceder de dos términos opuestos, se presenta casi siempre como paradoja, como contradicción, como algo que genera desconcierto... Ahí, en ese puntual desorden en el que no puede de entrada reinar la armonía, se juegan las cartas de la soledad. «¡Qué sátira tan tremenda de los tiempos modernos —sigue diciendo Kierkegaard— es el ver que la única aplicación que se da a la soledad sea en calidad de castigo: la prisión! ¡Qué diferente de las épocas en que, aunque la vida terrenal fuera mundana, se creía en la soledad del claustro y se la honraba como lo más elevado, como a la determinación de lo eterno! Ahora se la aborrece, se la execra y se la emplea tan sólo como pena para los delincuentes. ¡Qué cambio!»². Se refiere Kierkegaard a la soledad necesaria que viene auspiciada por un silencio sanador, a la soledad buscada porque en ella terminan por aplacarse los ruidos y las confusiones, es verdad que con ayuda del tiempo y el por fin logrado acallamiento de mil solicitudes y tantos otros aprietos. Por otra parte, el filósofo danés reconoce que son los solitarios los que hacen «avanzar» el mundo porque llegan a ser capaces de entregarse por completo a un ideal, a una causa firme, a una razón vital: «Cada vez que la historia del mundo debe dar un paso adelante y superar un punto difícil, avanza al instante una formación de verdaderos caballos de tiro: los célibes, los solitarios, los que viven tan sólo para una idea»³. Un argumento cuestionable, como tantos otros, pero cierto en muchos casos.

«No es bueno que el hombre esté solo». También comenta Kierkegaard esta afirmación del libro del Génesis (Gen 2, 18) por la cual, para remediar la soledad del varón, Dios crea a la mujer para dársela como compañera. Pero inmediatamente reconoce el filósofo que no se trata, en realidad, de cuestiones de compañía, sino de la dimensión interior del ser humano que consiste principalmente en «estar «solos con Dios», tan solos literalmente que casi no existe hombre capaz de soportarlo; lo cual exige un esfuerzo tan tremendo que por lo mismo el hombre necesita com-

pañía»⁴. Para Kierkegaard, a Dios sólo podemos ir «de uno en uno», pero en esta *radical* soledad se guarece también la singularidad de cada ser humano y la maravilla de una vocación personal a la que todos y cada uno somos llamados. La soledad se precisa para este descubrimiento hecho a base de instantes y miradas, de conversaciones y silencios, y edificado a lo largo de la vida entera. La vida misma y la dimensión de la soledad en ella van desentrañando el porqué de cada existencia personal particular, y al final, Dios escribirá el verdadero nombre de cada persona en una piedrecilla blanca y nos revelará así quiénes somos, es decir, nuestra propia vocación, como figura en el libro del Apocalipsis: «...y le daré también una piedra blanca en la que hay escrito un nombre nuevo, que sólo quien lo reciba podrá descifrar» (Ap 2, 17).

La soledad es ardua pero imprescindible en la vida personal. A veces se nos presenta como «gravedad», pero a la larga se nos revela como don y como «gracias». «Fue el «espíritu del Mal» quien condujo a Cristo a la soledad para tentarlo» —sigue diciendo Kierkegaard en su *Diario íntimo*. Y añade:

De esto se podría deducir que siempre es el espíritu del Mal el que empuja a un hombre a la soledad. Algo de verdad hay en ello, pero es al mismo tiempo el camino para una verdadera relación con Dios... En la soledad se encuentra lo Absoluto y también el peligro absoluto. En la sociedad, la relatividad y el peligro relativo; pero también —¡atención!— el peligro más que relativo de no alcanzar lo Absoluto, de no descubrir la existencia, de que la propia vida no esté jamás determinada en este sentido, aunque uno esté muy lejos de serlo. Para un hombre es una presunción fantástica la de pretender ser lo Absoluto; pero la verdad está en comprender que ésa es la medida con la cual ha de medirse y para propia humillación e incitación; porque si bien es humillante descubrir cuán alejados estamos de ello, ha de estimularnos también para que tendamos hacia Él⁵.

Luces y sombras, pues, de la soledad, que nos remiten a la categoría kierkegardiana de la «seriedad» de la vida, así como a comprender, con el filósofo danés, que «la existencia misma, el acto de existir, es un esfuerzo, y el esfuerzo es infinito». En la soledad

1. Kierkegaard, S., *La enfermedad mortal*, Guadarrama, Madrid, 1969, p. 47.

2. Kierkegaard, S., *Diario íntimo*, Planeta, Barcelona, 1993, p. 172. Con introducción de José Luis L. Aranguren y traducción de María Angélica Bosco.

3. *Ibid.*, p. 173.

4. *Ibid.*, p. 235.

5. *Ibid.*, pp. 280-281.



nos jugamos la vida, porque en ella hemos de barajar las inquietudes más lacerantes y las más livianas, pero también las grandes preguntas, y los ecos, desconciertos o alegrías de encuentros y desencuentros. Y en soledad nos conmueve y nos anima la tendencia personal hacia el Absoluto, pero también un no saber situarnos, ni lograr medir ni atisbar la presencia del misterio. Con todo, no es menos cierto que «un hombre solo puede equivocarse, pero la multitud se equivoca siempre», como reza la famosa sentencia del pensador danés acerca del peligro de lo social, cuando lo social no se centra en lo personal y en lo comunitario.

«Nada hay más falso y enfermo que el corazón», dice el profeta Jeremías (Jer 17, 10) reconociendo la pobreza y las limitaciones de los seres humanos. Pero la experiencia de tantos hombres y mujeres a lo largo de los siglos muestra que Dios se entenece ante un corazón maltrecho, y que, como reza el salmo 50, no desprecia un corazón quebrantado y humillado. Era en la soledad de su corazón donde Edith Stein (santa Teresa Benedicta de la Cruz, la carmelita asesinada en Auschwitz) vivía lo que expresa con estas palabras tan

reales: «Me mantengo constantemente al borde de la nada y debo recibir al ser a cada momento». En cada conciencia humana que esté bien viva se produce esta sentencia colmada de lucidez y de responsabilidad. Y la vivencia a la que se refiere la discípula de Husserl —que se hizo carmelita porque halló la verdad en la vida de santa Teresa de Ávila— nos devuelve a la síntesis de Kierkegaard, a la tensión entre nuestra pobreza y el latido edificador de la vida con mayúsculas, al flujo permanente entre el ser y el no ser, donde siempre se juega lo más importante de la vida humana. San Agustín, otro santo filósofo, la interpretaba comprendiendo que el hombre es un ser que aspira a Dios en el drama de su soledad, que es *capax Dei*, capaz de Dios; lo veía con claridad meridiana. Por eso, cuando considera la soledad del ser humano, Agustín reconoce que el hombre no podría soportarla sin Dios, debido ante todo a que en el corazón humano mora un profundo anhelo, una imparable aspiración hacia lo eterno. Por eso necesitamos mucha misericordia hacia este corazón nuestro, a veces tan cansado. San Juan de la Cruz, gran conocedor de la soledad del corazón, decía que «es terrible es para las almas no saberse comprender», e instaba a quienes le pedían consejo a ser muy misericordiosos con ellos mismos y con los demás. Esta dimensión de la misericordia para con uno mismo es capital a la hora de afrontar la soledad. Y en este mismo sentido, las últimas palabras del *Diario de un cura rural* del novelista francés Georges Bernanos valen su peso en oro: «Odiarse es más fácil de lo que creemos. La gracia está en olvidarse de uno mismo. Pero si todo orgullo estuviese muerto en nosotros, la gracia de las gracias sería amarse humildemente a uno mismo, como a cualquier otro de los miembros sufrientes de Jesucristo»⁶. Es la conclusión a la que llega un joven sacerdote que está a punto de morir enfermo de tuberculosis y se halla viviendo su soledad entre gentes marginales y solitarias, tras muchos meses de desconcierto y oscuridad en la fe.

Porque la experiencia de la noche es inherente a toda persona que asume la dimensión de la soledad en su vida (y en quien no la asume, puede decirse que el caos llegará a ser total). Comentando a San Juan de la Cruz, escribe Jean Baruzi estas palabras iluminadoras sobre la noche, que en esta disertación pueden equivaler a esa parte más oscura de la soledad a la que, tarde o temprano, todos hemos de hacer frente en la vida: «¿No será la noche la compleja reunión, en un solo vocablo, de las cosas y los pensamientos abolidos, de la luz que no puedo comprender, de la mise-

6. Georges Bernanos, *Journal d'un curé de campagne*, Plon, París, 1987, 289.

ría que descubro en mí, cada vez más dentro?»⁷. Probablemente sea así. Y ante esa presencia de la noche, el autor del *Cántico espiritual* nos llama a perseverar en la espera y en la esperanza, a aceptar esa realidad que se expresa a veces en tantos estados de angustia y sinsentido como llegamos a vivir, y a aceptarlos con confianza plena. Confianza fundamental en Dios, en la vida, en los demás. Y, aunque parezca que el tema se esté afrontando aquí desde una concepción religiosa, la misma experiencia de soledad viven también quienes orientan su vida sin contar con Dios. La confianza de fondo a la que invita Juan de la Cruz es la misma. Y la voz de Dios, como decía Etty Hillesum por experiencia propia, apenas se distingue del silencio.

Hay dos cosas en nosotros: el amor y la soledad. Son como dos habitaciones comunicadas por una puerta estrecha»⁸ —escribe Christian Bobin. Y abunda en el tema identificando casi las palabras «amor» y «soledad» y las nociones y vivencias que ambas designan. No daremos más cumplimiento a nuestra muerte que a nuestra soledad —viene a decir Bobin—; y lo explica: «esto es lo que hace que amemos, y que así transcurra el tiempo: en la espera luminosa de quienes amamos, pues aun cuando están aquí, les seguimos esperando. Tocamos su hombro, leemos en sus ojos, y, sin embargo, la soledad permanece. Se hace más bella, más fuerte; pero sigue ahí»⁹. Como el amor, la soledad es el sino del ser humano, su realidad más honda. «Estamos solos en el día —escribe Bobin en su hermosa prosa poética. Necesitamos a alguien que nos lleve a la plena noche del día, como se lleva a un niño hasta las orillas centelleantes del sueño. Estamos solos en el día, pero seríamos incapaces de descubrir esta soledad si alguien no nos hiciera una ofrenda amorosa de ella. Revelándola, cuando pensaba abolirla. Haciéndola más grave, cuando creía colmarla. Esta soledad es el más hermoso presente que se nos puede hacer. Quema durante el día. Y se ilumina con nuestras ausencias»¹⁰.

En *El exilio y el reino*, Albert Camus juega con los términos «solitario» y «solidario», al definir a su personaje Jonás. Al mismo Camus lo calificará su hija Catherine de «solitario y solidario», y ese es el título que da a un libro sobre el premio Nobel de literatura. También a José Luis L. Aranguren le gustaba verse así: como un «solitario solidario». Es, quizás la fórmula más cercana al sentido del personalismo comunitario, en el que la persona es un ser eminentemente abierto. Esta apertura esencial no evita, sin embargo, la soledad, pero le da oxígeno, le comunica vida, la abre a la inmensidad de muchos horizontes. Por eso se habla en el personalismo de apertura también a los propios adentros, esto es, a nuestra intimidad, a nuestro hondón personal, a la soledad que nos regenera y recrea. Hemos, pues, de abrirnos a la propia soledad, descubriendo en ella lo más propio, pues en esa cuevecilla interior se va forjando la identidad que será escrita al final de los tiempos en la piedra blanca que nos entregará el Autor de la vida.

Pero ya que hablamos de hondura, de interioridades, de adentros, conviene recordar que, como decía Marco Aurelio, el emperador filósofo, en el hondón también se encuentra la alegría; la alegría está «en el fondo de todas las cosas, pero a cada uno le corresponde extraerla».

De don Miguel de Unamuno, otro gran conocedor de las entrañas humanas, es este poema que cierra estas reflexiones.

¡Soledad de soledades,
Soledad!
Me he perdido de mí mismo
La verdad!
¿Es que he muerto sin saberlo
Soledad?
¿Es que vivía viendo
Mi soñar?
Voz me llega de fuera
¿Quién la da?
¿Quién es el que así me llama?
Dios sabrá...

(Cancionero, 148) 

7. Jean Baruzi, *Saint Jean de la Croix et le problème de l'expérience mystique*, París, 1999³, p. 355

8. Christian Bobin, *Souveraineté du vide. Lettres d'or*, Gallimard, París, 1995, p. 59.

9. *Ibid.*, p. 60. Cada vez se traducen más obras de Bobin al español. Las están descubriendo pequeñas editoriales que nos las ofrecen en ediciones muy cuidadas: Ardora, Sibirana, El gallo de oro, La cama sol, Encuentro...

10. *Ibid.*

LA SOLEDAD, O EL ECO DE UN VOCATIVO

LUIS FERREIRO

Director de Acontecimiento

La soledad es un problema del hombre moderno que ha acompañado a la invención del individuo y a la ilusión de su soberanía. En el mundo antiguo la soledad era inconcebible como estado de vida y, menos aún, como ideal de vida. La soledad era un mal, incluso era el mal metafísico y, como tal, se puede considerar como la privación de un bien superior: la compañía o la comunidad.

LA SOLEDAD DE LOS ANTIGUOS

En la mentalidad griega no encontraremos elogio alguno de la soledad. Aristóteles presupone el ser comunal antes de todo ser individual, por eso es «es necesario que se emparejen los seres que no pueden subsistir el uno sin el otro». Además, «por naturaleza, la ciudad es anterior a la casa y a cada uno de nosotros». La aversión a la soledad del mundo griego aflora en su sospecha sobre el ser solitario: «el que no puede vivir en sociedad, o no necesita nada por su propia suficiencia, no es miembro de la ciudad, sino como una bestia o un dios»¹.

Otro tanto ocurre en el mundo hebreo. Desde el *Génesis* (2, 18) Yahvé declara que no es bueno que el hombre esté solo y por eso le crea y le dona una compañía que es carne de su carne. Para el pensamiento hebreo la soledad es una desgracia, un estado de precariedad angustiosa que abruma las vidas de los desamparados por excelencia: el huérfano, la viuda, el extranjero, el pobre. Todos ellos seres sin protección, necesitados de alguien que vele por ellos, porque han perdido a su prójimo más cercano. De ellos, Dios mismo se proclama valedor y establece que ante sus rostros se verifica la justicia y la misericordia de los demás. Por otro lado, hay una soledad maldita que es la del pecador que da la espalda a Dios y cierra su cora-

zón al prójimo, aunque haga fiestas y banquetes multitudinarios su corazón esta yerto, así en el hijo pródigo anida una soledad que se oculta, pero que termina por hacer estragos. Por último, aparece la soledad del profeta que clama por la justicia en medio de la indiferencia o de la persecución. Soledad inocente, tantas veces triste, que convoca en torno a sí la mirada del amor. Solitud culpable que se disipa en falsas alegrías que ocultan la nada. Soledad recia e insobornable que se mantiene enhiesta frente a la mentira, la injusticia y la violencia.

La soledad no es una sola, hay varias soledades en la soledad: la que viene del reconocimiento negado al prójimo, la del renegado que da la espalda a sus semejantes y la del justo abnegado que sufre en solitario la falta de respuesta a su llamada.

La soledad de los antiguos era concebida como algo tenebroso, cuyo significado se aproxima al de la muerte. Todavía en el siglo XIX Bécquer exclama (*Rima LXXIII*):

¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!

La muerte era la soledad definitiva, pero la soledad podría entenderse, entonces y hoy, como una muerte en vida. Más aún, la soledad sería una condena temporal, un castigo, incluso como una anticipación del castigo eterno. La soledad forzada, la condena a ser encerrado temporalmente o de por vida es la antesala del infierno. En cuanto a la soledad buscada, si no es a lo divino, es arriesgarse a jugar con un infierno que encierra, hiere y enloquece. Israel se siente como pueblo porque ha sido rescatado de la soledad original, de «una soledad poblada de aullidos» (*Dt 32, 10*).

1. Aristóteles, *Política*, libro I, cap. II (1251ª – 1252ª). Madrid, 1997 (Tr. C. García Gual y A. Pérez Jiménez).

LA SOLEDAD DE LOS MODERNOS

Frente a ese respeto y prevención, la soledad de los modernos es el resultado de una osadía y de un engaño. Sintiéndose adulto y emancipado, el sujeto moderno ha creído en la promesa del paraíso en la tierra, que vendría gracias a la dedicación devota al propio interés individual y de la exaltación de ese individuo como perspectiva privilegiada para alcanzar la verdad y obtener la felicidad.

La realidad ha sido muy otra. Las relaciones comunales han sido sustituidas por las relaciones mercantiles, la relación básica de las personas se ha decantado abrumadoramente hacia las cosas, la frustración por la felicidad ha sido compensada por satisfacción del disfrute de las cosas o de las personas cosificadas. La urbanización creciente ha concentrado multitudes como nunca habían existido, estrechando la proximidad de las personas que, sin embargo, nunca se han sentido más solas. Ese fenómeno fue detectado por David Riesman en 1950, en su libro *La muchedumbre solitaria*, donde explica que el carácter de las personas en esta sociedad ha cambiado, abandonando la idea de dirigirse por sí mismas (autonomía) en favor de la aceptación de ser dirigidos por otros (heteronomía).

Los maestros de la soledad lo han conseguido, aunque lejos de realizarse su ideal aristocrático de afirmación de sí mismos, el destino de sus discípulos ha sido una soledad gregaria: millones y millones de soledades juntas que no se encuentran entre sí y no dan ninguna compañía. Solitarios como Descartes o Espinoza recluyeron al ego en la celda del pensamiento. Otros como Schopenhauer, Nietzsche o Sartre culminarían la tarea comenzada trayendo la soledad a la vida.

Nadie se ha impuesto la soledad tanto como Nietzsche. Zaratustra, su alter ego, se retira durante diez años a la montaña, donde «podía gozar de su espíritu y su soledad»². Embriagado de su libertad, liberado de «mujer, hijo y amigos» hasta el colmo de una «libertad casi de amor y de odio», vive en una soledad que resiste al amor. Sin embargo, en sus cartas deja ver su necesidad insatisfecha de amor. En 1886 reconoce lo que hay en el fondo de su alma: «¡Si yo te pudiera dar una idea de mi sentimiento de soledad! Ni entre los vivos ni entre los muertos tengo a nadie con quien me sentiría afín. Esto es indescriptiblemente atroz». Un año después insistirá en que sus obras hay que entenderlas desde «la privación durante años en-

teros de un amor humano verdaderamente restaurador y curativo, el absurdo aislamiento»³. Y, sin embargo, con gran obstinación, el mundo moderno se entregó a construir y socializar la soledad.

Heidegger ve al hombre como un ser arrojado a la existencia, cuyo destino es la muerte, ante el cual sólo cabe vivir con autenticidad sin esperar nada o ignorarlo viviendo impersonalmente. Para Sartre, «el infierno son los otros». «La soledad se hace absoluta en la perspectiva Heidegger-Sartre», dice Mounier, pero «la soledad absoluta, ¿no es un pseudoconcepto, un concepto insostenible, que se nutre clandestinamente de lo otro que él niega, como el concepto de la nada absoluta? ¿Es pensable sin referencia a una presencia envolvente, de otra manera que transformándose en su contrario, la idea de la plenitud absoluta?»⁴. ¿No será más bien que la soledad es, solamente y nada menos que, soledad de ti -de María, de Juan, de seres concretos, de seres queridos-, y no soledad mía y nada más que mía, porque no veo más allá de mí mismo?

LA SOLEDAD COMO HERIDA DEL SER: EL YO DESGARRADO DEL TÚ

En medio de aquella afanosa fiebre constructiva de soledad, algunos pensadores comprendieron que ese camino llevaba a la destrucción y dieron la voz de alarma, así Feuerbach dirá: «La soledad es finitud y estrechez mientras que el espíritu comunitario es libertad e infinitud. El hombre para sí es hombre (en sentido corriente); el hombre con el hombre -la unidad de yo y tú- es Dios»⁵. A principios del siglo XX seguirá esta ruta el pensamiento dialógico.

La tendencia moderna a considerar todos los asuntos desde la subjetividad ha llevado a enfocar el problema en el sentimiento de la soledad y su solución podría estar en la psicología. Sin embargo, más allá de ser un estado físico o psicológico la soledad arraiga en la misma constitución del ser humano, en su más honda e íntima esencia. Carlos Díaz ha recalcado con insistencia que el acto primordial de la persona es la invocación, su menesterosidad e inacabamiento lo fuerzan al vocativo en espera de un acto dativo que confirme su ser en el amor. Ahí se muestra la apertura constitutiva al tú, el anhelo de encontrar su acogida amorosa, la espera de una palabra con sentido como

2. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, Barcelona, 1992, p. 23.

3. Manuel Cabada, *La vigencia del amor*, Madrid, 1994, p. 346.

4. Emmanuel Mounier, *O. C. III*, p. 121.

5. Citado por R. Safranski, *Schopenhauer y los años salvajes de la filosofía*, Barcelona, 2008, p. 402.

respuesta. Y ahí mismo es donde puede hacer acto de presencia la soledad, cuando en lugar de esa palabra el vacío responde con el eco de una ausencia.

El yo absoluto, ab-suelto, no es una realidad. Por eso, Ferdinand Ebner rechaza ese yo abstracto concebido como una reflexión enrocada sobre sí misma. Por el contrario, se pregunta «¿Cuál es entonces la índole propia del yo auténtico? La cosa es bien sencilla: su existencia no radica en su relación consigo mismo, sino... en su relación con el tú. Según eso no hay que absolutizar la soledad íntima del *Moi* pascaliano sino que hay que ver al yo como relativo al tú; no existe en absoluto ningún yo fuera de esa relación. *La soledad íntima no es algo original propio del yo sino el resultado de un acto intelectual sobre él, el acto de cerrarse frente al tú*»⁶.

Para Ebner, el yo y el tú son las realidades espirituales de la vida y la espiritualidad es algo que se realiza entre el yo y el tú, hasta el punto de que «en la forma de esa relación encuentra su expresión propia la relación del hombre con Dios». El hecho eminente de la vida espiritual es la palabra que constituye «no sólo la existencia sino también y ante todo la relación entre ambos»⁷. Palabra y compañía son indisolubles y hacen a la persona, en cambio, en el polo opuesto, silencio y soledad son impotentes para ello. Por eso, «el ser personal resulta impensable sin relación a la palabra y sin la posibilidad objetiva de la 'afirmación' de la propia existencia en el término yo de la frase 'yo soy', mediante la que se objetiva la autoconciencia; la posibilidad de ser persona 'hablante', pero también la otra posibilidad... de ser persona 'interpelada', de ser el tú. El tú es la 'interpelabilidad' en el otro y pertenece a la esencia del ser personal, tanto como la posibilidad de 'expresarse' en la que se da el yo»⁸.

La soledad es el naufragio del tú, ya sea en mí mismo o en el otro. Cuando no existe un tú a quien interpelar aparece la soledad. Cuando el otro existe, pero no quiere ejercer de tú, el yo queda asolado. Cuando el tú amado desaparece o muere, el yo queda desconsolado. Cuando el tú amado reniega, abandona o traiciona, el yo queda desolado.

Pero el dolor de la soledad sufrida en pasividad no debe ocultarnos la perversión de la soledad infligida a otros, en cuanto oponemos la sordera frente a la interpelación que nos dirige el prójimo. Con frecuencia, podemos también convertirnos en agentes de soledad, de asolación, de desconsuelo y de desolación.

Las consecuencias sociológicas y psicológicas de la soledad, por graves que sean, son síntomas de una enfermedad existencial más honda que dificulta el desarrollo integral de la persona. La pérdida del tú muestra sus consecuencias demoledoras en casos de niños criados fuera del ámbito de la palabra, la compañía y el amor de los seres humanos. Casos históricos como el de Víctor de Aveyron, perdido en los bosques de Francia y reincorporado a la sociedad tardíamente sin que llegara a adaptarse nunca, o el de Kaspar Hauser, cautivo hasta los 16 años sin contacto humano, muestran los estragos causados en el yo por la soledad, es decir, de la privación de un tú.

En cambio, personas aparentemente condenadas a un aislamiento perpetuo por sus privaciones sensitivas fueron encontradas por un tú que les regaló un yo. Así, Helen Keller (1880-1968), sorda y ciega a los dos años, incapaz de comunicarse en su infancia, fue rescatada de su naufragio por Anne Sullivan, una joven maestra que permaneció a su lado hasta el último día de su vida. Gracias a esta relación Helen se graduó en la universidad, fue una gran activista de causas sociales, escritora y conferenciante por todo el mundo. Otro caso, más grave aún, fue el Marie Heurtin (1885-1921), sordociega de nacimiento, de familia muy pobre, que hubiera sido destinada a vegetar en un manicomio; a los diez años a Marie la encontró alguien que quiso ser su tú, la hermana Margerite, cuyo amor y dedicación hizo nacer el yo de Marie. Rescatada de sus tinieblas, Marie respondió con generosidad y se convirtió en la maestra de otras niñas sordociegas.

Sin llegar a estos extremos, la soledad ha avanzado también en las relaciones más cotidianas. En este sentido, en su libro *La agonía del eros*⁹, Byung-Chun Han hace un análisis de la crisis del erotismo en la sociedad actual que tiene mucho que ver con la soledad. El sujeto autocéntrico del pensamiento ha devenido sujeto de autoexplotación que, encerrado en lo Mismo, sólo busca en el otro la afirmación de sí mismo. No tolera la Negatividad, que es la esencia del otro, en cuanto se resiste espontáneamente a ser reducido a lo Mismo. Por eso, siendo el *eros* salida de sí mismo, anhelo del otro y apertura primordial a él, queda ahogado en un sujeto centrado en el rendimiento de su ego, que no se deja sorprender y desbordar por el otro irreductible. De ahí el auge de la pornografía, es decir, de la sexualidad que anula la alteridad. Toda una

6. Ferdinand Ebner, *La palabra y las realidades espirituales*, Madrid, 1995, págs. 25-26 (subrayado nuestro).

7. *Ibid.* p. 30.

8. *Ibid.* p. 29.

9. Byung-Chun Han, *La agonía del Eros*. Barcelona, 2014.

patología que afecta al sentido del otro y hunde al yo en una soledad inexorable. Mientras la pornografía es profanación, exhibición, rendimiento, positividad que aturde y anestesia, en sus antípodas está el *eros*: el sujeto extasiado en el otro sale de sí mismo y se vuelca en la exaltación. Lejos de la reducción del otro a sí mismo el *eros* lleva a la rendición del sí mismo al otro, a la confesión íntima y al entusiasmo de vivir en los pronombres: a sí mismo en el tú y al tú en sí mismo.

Si es así, estaría en vías de extinción el entusiasmo exultante que hace que el ser del poeta se desborde hacia otro ser que le hace ser más que su solo ser:

Una querencia tengo por tu acento,
una apetencia por tu compañía
y una dolencia de melancolía
por la ausencia del aire de tu viento¹⁰.

LA SOLEDAD LIBERADORA

La soledad es un modo de ser, es el *ser-sin*, el ser despojado del tú, el residuo de ser que resta cuando se pierde el tú. Este modo de ser no se puede mantener de forma permanente, sin embargo, la soledad como prueba, como estado provisional, curte al ser y lo inmuniza contra el enclaustramiento.

Del mismo modo que la experiencia que nos es dado tener de la muerte nos sirve para amar más profundamente la vida, la vivencia de la soledad aviva el deseo de ser con otros y despierta el sentido del tú. Así, Ebner observa que «la soledad es algo del espíritu y en último término siempre es soledad de muerte. El hombre no advertiría la soledad interior de su vida si esta vida no reposara sobre algo espiritual, de forma que la soledad misma no es otra cosa que ese algo del espíritu. ¿Qué hombre no la padeció? El que no la padeciera no advertiría el espíritu en el fondo de su vida...»¹¹.

Cuando la soledad destructiva irrumpe en nuestra vida, no hay que esquivarla sino enfrentarse a ella y apurar la experiencia. Con eso basta. Pero hay una soledad constructiva y necesaria que sana y libera. Es una soledad en la que la persona se madura y se hace fuerte, que aprende y luego elige y práctica. Esa soledad nace con «el advenimiento de la conciencia del

yo», y con ella «se inicia también la toma de conciencia de la propia interioridad y de la profundidad de la individualidad personal». La «capacidad de soledad» ha sido identificada por los psicólogos «como infalible síntoma de madurez»¹², que va unido a la capacidad de independencia personal. Ocurre que, aunque los filósofos lo pasen por alto, el yo siempre tiene una madre y que, lejos del petulante *self-made-man*, esta soledad fuerte se aprende en la infancia en la experiencia de «estar solo en presencia de la madre», de modo que la capacidad de soledad «se basa en una paradoja: estar a solas cuando otra persona se haya presente»¹³.

No se trata de ser eremitas, pero sí de poseer algo de su virtud. Se adquiere así una reciedumbre en la soledad necesaria para afrontar la vida. El eremita vive en la soledumbre: «la existencia humana del hombre en alejamiento de sus prójimos, de la vida común, de la ciudad como forma común de realización del destino humano»¹⁴. La vida eremítica e incluso la cenobítica da miedo a muchos y produce hasta rechazo como algo inhumano, sin embargo, en el mundo del divertimento en el que vivimos, hoy más que nunca habría que tenerla presente en nuestras vidas, como propone Olegario González de Cardedal: «Nadie somos monjes de nacimiento, pero todos debemos ejercitar una mínima vocación monástica para saber quiénes somos, por qué anhelamos existir y qué estamos dispuestos a ser... Sin esa distancia material a las cosas; sin la experiencia del vacío y de nuestra diferencia frente a todo, sin el silencio y el reposo correspondientes, no llegaremos a saber quiénes somos, qué abismo de gloria y miseria albergamos, y lo que es peor: no nos crecerán la libertad y la alegría de ser hombres»¹⁵.

La soledad voluntaria no es un fin en sí misma, es un medio como lo es el ayuno contra una intoxicación. Llega un momento en que la saturación de relaciones, muchas de ellas banales, no nos deja el tiempo y reposo necesarios para restaurar, mantener o fortalecer la unidad interior de nuestro ser. Elegir la soledad del recogimiento es darnos una oportunidad para ello. Pero también damos una oportunidad a la alteridad, pues la legión de túes que llevamos es un tumulto en la gran algarabía del mundo, pero en la soledad serena cada uno tiene su luz propia; ocurre como cuan-

10. Miguel Hernández, *El rayo que no cesa*.

11. Ebner, o.c., p. 31.

12. Cabada, o.c., p. 332.

13. *Ibid.* P. 333.

14. Olegario González de Cardedal, *Jesucristo. Soledad y compañía*, p. 16.

15. *Ibid.*, p. 17.

do abandonamos la lujuriosa luminosidad de la ciudad y descubrimos en el firmamento las estrellas nítidamente distinguidas. En el desierto, como el agua que nos falta, se hace fuerte la ausencia de tal modo que aprendemos a desear la presencia y la figura.

Incluso, los muros del tiempo caen y, como para Quevedo en su destierro, reviven los muertos:

Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos, pero doctos libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos,
y escucho con mis ojos a los muertos.

LA SOLEDAD SONORA, UMBRAL DEL TÚ DIVINO

Los grandes místicos nunca han tenido como objetivo alcanzar la gran soledad y el gran silencio, ni mal dicen la ciudad, ni huyen del mundo, todos ellos han afirmado que no persiguen alejarse de los hombres, sino acercarse a Dios. Si han sido solitarios, no ha sido con el fin de separarse del mundo, sino con el de unirse con Dios; y, a veces, el *deus absconditus*, para dejarse encontrar pide el sacrificio de convertirse en *homo absconditus*, entonces la soledad es el umbral de la puerta estrecha que se abre a la comunión con el Tú divino. En esa soledad purificadora ofrece el místico una oportunidad a la gracia divina en espera de ser transfigurado por ella. «*Cupio dissolvi et esse tecum*, dice Juan de la Cruz a Cristo. Ser disuelto hasta los huesos y luego *ser*, pero en este modo superior de *ser con* un Ser a quien se le dice tú»¹⁶.

Pero no hace falta ser un místico, un eremita o un monje, la soledad es el test del hombre religioso. Según el matemático y filósofo inglés Alfred N. Whitehead «religión es lo que un individuo hace con su so-

ledad... La religión es, por consiguiente, soledad. Y si usted no está nunca en soledad, no será nunca religioso»¹⁷. Ciertamente, «la soledad es el quicio de la libertad. Pero a la vez la soledad es el quicio del encuentro con Dios, de su reconocimiento como Dios, de su diferenciación de todo lo mundano, de nuestra destinación a él y de su destinación a nosotros»¹⁸.

Sin momentos de una soledad de calidad, temporal pero concreta y frecuente, Dios desaparece ante nuestra vista cual nube en el horizonte. El hombre contemporáneo tiene un sentimiento creciente de soledad, al mismo tiempo que está sometido a un exceso de proximidad y de hiperconexión y, por tanto, sólo conoce una soledad incomunicada y muda. Es en ese ambiente donde se dan las condiciones más favorables para el ateísmo actual.

Pero si hay una soledad del ateo, tampoco el creyente está asegurado contra toda soledad. En la soledad de la fe muchas soledades pueden asaltarle y tentarle. La suya es una soledad como la del militante de una causa justa, que sabe que necesita muchos camaradas para su lucha, pero no los encuentra y, de los que tiene, muchos no perseveran. Es también como la soledad del adolescente, cuya invocación está proyectada hacia el futuro, a un tú que vendrá y al que aguarda. Aunque deberíamos ser como niños, todos somos siempre adolescentes ante Dios, que es también el Tú que vendrá y al que invocamos en espera y esperanza. Por eso, con frecuencia sentiremos que «nuestra soledad se extiende a medida que tratamos de ser más fieles»¹⁹, cuando la dolencia está al borde de superar a la querencia. Pero contra la melancolía ahí está el testimonio de Job, fiel contra todo dolor, esperando la última palabra de Yahvé, y el de Cristo esperando la última palabra del Padre más allá del Calvario. 

16. E. Mounier, *O. C. I*, p, 866.

17. Citado por O. González de Cardedal, *o.c.*, p. 21.

18. *Ibidem*.

19. E. Mounier, *O. C. III*, p, 40.

Jesucristo. Soledad y compañía

Olegario González de Cardedal
Ediciones Sígueme. Salamanca, 2016, 158 páginas

LUIS FERREIRO

Director de Acontecimiento

La reflexión sobre la soledad del hombre quedaría incompleta si no tendemos el límite al infinito, donde la veremos desvanecerse en la presencia de Dios, que es compañía por excelencia. Pero si no contentos con ello tendemos a cero nos toparemos con «la comparsa animal, en la que la luz de la conciencia aún no ha separado lo otro de lo propio» (p. 13). ¿Hacia dónde irá el hombre? «Traspasar los bordes de su existencia es su tentación original, y consentir en ella es su pecado original» (p. 14). Enfrentado el hombre a la alternativa entre una soledad altiva y dolorida, signo prometeico de un ser autosuficiente, y una compañía gregaria de muchas soledades consumadas, cabe todavía una opción superadora de ambas, la que pasa por confrontar esas soledades con la soledad-compañía de Jesucristo.

Esta es la propuesta de Olegario González de Cardedal. Todas las facetas verdaderamente humanas del hombre —estados, acciones, sentimientos...— encuentran un reflejo en Jesucristo, que ha asumido todas ellas en exhaustiva profundidad y en una pureza absoluta que excluye de raíz cuanto de inhumano contamina al hombre. También la soledad humana ha sido asumida por Cristo según este esquema. Soledad buscada que es expresión de amor al Padre, o preparación para los acontecimientos cruciales de su vida y la aceptación obediente de la misión encomendada.

La experiencia de soledad de Jesucristo comparte con el hombre lo que ella tiene de humana. Recordando la atrevida afirmación de san Pablo (2 Co 5, 21), podríamos parafrasearla diciendo que «a quien no conoció la soledad, le hizo soledad por nosotros, para que viniésemos a tener la compañía de Dios en Él». Sin embargo, la osadía tiene sus límites y no podemos afirmar una imposible «soledad metafísica» de Cristo (p. 64). El autor distingue tres formas posibles de la soledad: soledumbre, soledad y solitud.

La soledumbre es «la existencia humana del hombre en alejamiento de sus prójimos», practicada por los eremitas. Pero Jesús no vino a ser eremita, su alejamiento de los hombres es solamente esporádico y siempre cede cuando los hombres lo buscan. Si el anacoreta se aleja de los hombres para acercarse a Dios, ¿podemos decir que Cristo se aleja de Dios para acercarse al hombre? Tomar en serio el abajamiento (*Kénosis*) del Hijo de Dios, que no retuvo ávidamente su condición divina, no tiene que llevarnos, sin embargo, a responder afirmativamente, pues sería aceptar que la condición humana primigenia carece de la capacidad de religación a Dios. Por el contrario, el hombre Jesús es criatura humana de Dios y, por eso mismo, nace con la interna inclinación a su creador, que crece, se desarrolla y madura con la edad hasta llegar a su plenitud, según las leyes internas de perfección del ser humano, de las que Jesús no está eximido. En suma, la *Kénosis* no aniquila la indestructible relación del Hijo con el Padre.

En segundo lugar, Olegario describe la soledad como «el camino necesario para el encuentro con nosotros mismos». Necesario también para el hombre Jesús, pues «únicamente quien se ha descubierto a sí mismo en soledad y se ha sorprendido de su abismática condición, puede acoger al prójimo como un quién, con nombre y destino personales, con la cercanía necesaria para conocerlo y no menos la distancia necesaria para aceptarlo tal cual él se planta ante nosotros» (p. 18).

Por último, el autor entiende por solitud el efecto sobre el hombre de no atender al «rumor de Dios», cuando se recluye «considerándose a sí mismo como la realidad máxima, el centro supremo y el Absoluto soberano. Cuando lleva a cabo este cierre sobre su mundo exclusivo y responde a Dios con la distancia, la indiferencia o la negación explícita» (p. 19). Naturalmente, esta posibilidad es metafísicamente ajena a Jesucristo, cuya misión

comprende la liberación del hombre de esta condenación que se inflige a sí mismo.

Otra cuestión sería si la conciencia de Jesús respecto a su identidad y misión ha quedado velada en la encarnación, cuestión cristológica planteada en el último siglo, sobre la cual la Comisión Teológica Internacional ha afirmado que «la conciencia de Jesús participa de la singularidad de la índole misteriosa de su persona» (p. 52). Pero esa conciencia posee varios niveles, «de ser Hijo de Dios, de ser el Salvador del mundo, de suscitar una Iglesia, de estar enviado por el Padre y de morir en amorosa libertad para salvar a cada hombre», a partir de lo cual podemos contemplar la soledad de Jesús como:

- «1. *La soledad del hombre*, que encargado de una misión la vive y muere por ella, la goza y la sufre delante de Dios y en medio de los hombres».
- «2. *La soledad del Dios encarnado*, que inserto en nuestro mundo, aprende por el sufrimiento lo que es el humano vivir y morir. El sujeto primario de esa soledad es el Hijo; con él y por él, Dios mismo gusta de la soledad del mundo».
- «3. *La soledad del redentor*, que asume, conoce y padece lo que el pecado del mundo implica, ya que tiene que destruirlo desde dentro de él». En este sentido, Jesucristo toma la medida del espesor del pecado y de sus consecuencias, entre ellas la de haber creado el infierno de una soledad absoluta para el hombre, y lo hace «hasta el extremo de padecer lo que sería la ausencia absoluta de Dios, poniéndose en el lugar de quienes están sin Dios» (págs. 53-54).

A partir de aquí el autor rastrea la soledad de Jesús y sus fuentes a lo largo de los Evangelios (págs. 57-103). Aparecen en ellos diversas soledades: la soledad querida que busca la intimidad con el Padre; la soledad del Hijo encarnado y rechazado («vino a los suyos y los suyos no lo recibieron»); la soledad del hombre que tiene una misión especial; la soledad del que es tachado de traidor a su pueblo y blasfemo; «la soledad del Mesías Transvalorado» que no cabe en los moldes vigentes de la esperanza mesiánica de los grupos y facciones de su pueblo; «la soledad del decepcionado ante el rechazo», que habiendo frustrado las esperanzas de su pueblo, se siente decepcionado por él. La soledad de Jesús va *in crescendo* a medida que se acerca su hora en Jerusalén. Se adensa y se hace angustiosa en «la soledad del traicionado por los amigos», en «la soledad del redentor solitario y solidario», en «la soledad del agonizante», en «la soledad del muerto crucificado» y en «la soledad del que descendió al lugar de los muertos».

Son antológicas las páginas dedicadas a estas últimas soledades. Así, la reflexión sobre la redención trata el modo de inserción de Cristo en la esfera del pecado, teniendo en cuenta la perspectiva de la *solidaridad* (K. Rahner), según la cual Jesús hace suyo el destino de los pecadores, y la de la *sustitución* (Balthasar), por la que parece inclinarse

más. Esta tesis supone la *amartía* paulina como un poder de realidad (Zubiri) con energía de negación, de rechazo y de alejamiento de Dios, capaz de sumir y mantener a los hombres en estado de esclavitud. Si Cristo «fue contado entre los pecadores» por los hombres y por Dios, es porque la poderosa realidad del pecado lo rodeó, aceptando él la condición de esclavo bajo el pecado, «haciéndose él mismo maldición por nosotros». Ciertamente, «es un poder real de muerte (*amartía*) y sólo otro poder real superior puede anularlo y así rescatar (redimir) al hombre del apoderamiento de aquel. Ese nuevo poder de vida y redención es la existencia entera de Jesús, significado por la sangre, por su sangre» (págs. 74-82).

La agonía de Jesús en Getsemaní es la de quien «sufre la realidad objetiva del pecado como lejanía absoluta de Dios, que amenaza el ser, ciega la luz del espíritu y sume en la nada antidivina». Los apóstoles representan a esa humanidad ignorante, inconsciente de la seriedad del pecado. «Sólo Dios y Jesús son pacientes conocedores de este drama», y pocos entonces y después lo han sido, aunque el autor cita a un Pascal sensible a la soledad de Cristo: «Jesús está solo en la tierra, no solamente (porque no hay) quien sienta esta pena, sino quien la sepa: el cielo y él están solos en este conocimiento» (p. 85).

Pero finalmente la soledad de Jesús no era su destino último, ni una tendencia unilateral de su existencia. En su aventura histórica hay un abismo de soledad, pero no es la soledad lo que define a Jesús. Lo vemos siempre acompañado por su madre, por sus familiares, por los discípulos, por las multitudes, por los pobres, los enfermos, los endemoniados (solitarios a quienes saca de su desesperante soledad), por los pecadores, por los perseguidores... Y sobre todo goza de la compañía permanente del Padre: por eso puede decir: «me dejaréis solo. Pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo». Jesús acompaña y se deja acompañar. Tras la resurrección, los relatos de las apariciones reiteran la voluntad del Resucitado de no dejar solos a los suyos (págs. 105-120). Esa voluntad de acompañar a la Iglesia, y a través de ella a la humanidad entera, se manifiesta en cuatro mediaciones esenciales de su compañía: «Palabra, Espíritu, Eucaristía, Apóstol» (págs. 121-147). En Jesucristo, soledad y compañía son dos manifestaciones de un mismo amor a sus hermanos los hombres y al Padre.

No cabe más que elogiar esta hermosa obra, que condensa en pocas páginas toda la cristología del autor aplicada a una faceta de la existencia de Cristo, iluminando también el problema de la soledad del hombre. El resultado es un texto profundo y claro, en el que podemos encontrar sapiencia teológica, finura espiritual, arraigo en la tradición, profundo conocimiento de la cultura secular y apertura al diálogo con ella. Todo ello en un equilibrio muy logrado. Vaya desde aquí nuestro agradecimiento a D. Olegario González de Cardedal por este libro, pero también por su incansable y luminoso magisterio. 